
La Novia de Ganga
del Jeque
Diana Fraser

LA NOVIA DE GANGA DEL JEQUE

REYES DEL DESIERTO
LIBRO DOS

DIANA FRASER

La novia ganga del jeque
por Diana Fraser

2011 Diana Fraser
https://dianafraser.com

Zahir Al-Zaman, el jeque controlador por excelencia, está tan obsesionado con Anna Whitman, amante de la libertad, que la atrapa para que se case con él. Pero no la obligará a ir a su cama; tiene sus estrategias de seducción.

A pesar de una intensa atracción, Anna se niega a dejarse seducir porque no quiere una relación basada en mentiras. Pero, ¿cómo puede ella revelar secretos que destruirán las creencias que él más aprecia?

-Reyes del Desierto-
Se busca: Una esposa para el jeque
La novia de ganga del jeque
La amante perdida del jeque
Despertada por el jeque
Reclamada por el jeque
Se busca: Un bebé para el jeque

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es casual. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de datos, salvo en los casos permitidos por la Ley de Propiedad Intelectual de EE.UU. de 1976, sin permiso previo del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo

Postfacio
La amante perdida del jeque
Otras Obras de Diana Fraser

1

El jeque Zahir al-Zaman entrecerró los ojos contra el resplandor de las llanuras pedregosas blanqueadas por el sol y se concentró en la mancha oscura que se materializaba lentamente. En cuestión de minutos, el rítmico zumbido del helicóptero llenó el cielo nublado de primavera como una langosta furiosa dispuesta a devastar.

No había perdido el tiempo. Pero él se había asegurado de que no pudiera rechazar su invitación. Desterró un atisbo de incomodidad con práctica facilidad. A veces tienes que atraer a la presa hacia ti. A veces, de una manera que no era agradable.

Pero el fin siempre justificaba los medios. Ella sería suya y él estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para conseguirlo.

Vio cómo el helicóptero se posaba en una nube de polvo ante el palacio. El piloto sacó un pequeño maletín y empezó a abrir la puerta antes de que ésta fuera empujada bruscamente desde el interior y emergieran dos largas piernas vestidas de vaqueros. Una rubia alta bajó de un salto y echó un vistazo al palacio, girando la cabeza con impaciencia.

Había cambiado. Estaba más delgada, tenía el pelo más largo, su rostro ya no era bronceado, sino tan pálido como el desierto bajo la luz de la luna. Aun así, su cuerpo le respondía igual ahora que cuando le visitaba en sueños.

Había vivido con su obsesión por ella durante seis largos años: maldiciendo y alimentando la ira por su engaño y traición mientras seguía anhelando revivir la pasión de su única noche juntos. Pero la muerte de su hermano significaba que ya no tenía que vivir con la locura.

Entonces, con un imperceptible movimiento de cabeza, levantó la vista y lo vio. Zahir frunció el ceño y la respiración se le agarrotó inesperadamente en el pecho. Unos ojos azules como el hielo lo miraban fijamente, desafiándolo, exigiéndole una explicación. ¿Cómo podían unos ojos tan fríos y septentrionales encender tanto fuego? Se dio la vuelta de repente y cerró la puerta del helicóptero con una fuerza que desmentía su fragilidad. El choque metálico resonó en todo el palacio, destruyendo su paz y su orden.

Conseguiría lo que quería pero sabía, sin lugar a dudas, que no iba a ser fácil.

"Debes esperar aquí. El jeque está ocupado ahora, pero te verá cuando esté libre".

"¡No puede ser!" Anna tiró su bolso en la silla más cercana. "No me importa si está con el Presidente de los Estados Unidos. Dile que estoy aquí y dile *que* le veré inmediatamente".

El criado beduino se limitó a asentir y se retiró de la habitación.

Anna cruzó a grandes zancadas el amplio vestíbulo de piedra, abrió los postigos de madera de la ventana más cercana y miró hacia fuera, buscando señales de su hijo en el patio embaldosado. No había ninguna.

Dirigió la mirada hacia el alto techo, cuyos pilares y vigas ornamentalmente tallados estaban envueltos en sombras, y trató de contener la desesperación y la pena que la invadían.

Zahir, bastardo, ¿dónde está mi hijo?

Él sabía que ella había llegado. Le había visto observándola desde arriba. Tenía un sexto sentido cuando se trataba de él, cuando se trataba de cualquiera que la amenazara a ella o a su hijo.

Se recogió el pelo en una coleta y se alisó la camisa. Tanto para que sus manos temblorosas tuvieran algo que hacer como para prepararse para la reunión.

Pero sus manos seguían temblando mientras su cuerpo se preparaba para un enfrentamiento. Se sentó en la silla más cercana y acumuló su rabia. Había sido la ira lo que había impedido que el miedo se apoderara de ella. Y ahora la necesitaba.

Un mes con sólo llamadas de teléfono y Skype a su hijo y ahora tan cerca pero todavía no podía llegar a él. Podía gritar de frustración y algo más que intentaba ignorar. Se le erizaba la piel y se le revolvía el estómago. Dejó caer la cabeza entre las manos y respiró hondo para controlarlo. Pero a pesar de sus esfuerzos, no se dejaba vencer. El miedo era así. Y ahora tenía miedo. Miedo de perder a su hijo.

El suave deslizamiento de unas blandas sandalias de cuero la alertó del regreso del criado. Miró expectante el rostro curtido del viejo beduino.

"Por aquí, señora."

Sus pasos resonaban en los antiguos pasillos de piedra, desgastados por las pisadas de generaciones de la dinastía al-Zaman. Caminaron durante lo que pareció una eternidad por salas de bellas proporciones que se desplegaban unas sobre otras, por resonantes pasillos con columnatas que bordeaban magníficos jardines, por patios perfumados y misteriosos corredores que parecían desaparecer directamente en la ladera rocosa sobre la que estaba construido el palacio.

Por fin, el criado beduino abrió unas pesadas puertas de teca oscura.

"Puedes esperar aquí."

Entró en la habitación y miró a su alrededor, asombrada a su pesar.

Evidentemente, la sala formaba parte del ala menos formal del palacio. Aunque tenía las mismas marcas de antigüedad que el gran salón de recepciones, no poseía nada de su austeridad. Aquí, la luz de los altos ventanales calentaba la roca arenisca e impregnaba de un brillo mágico los colores ámbar y crema de las paredes de azulejos. Podía oír el chapoteo de una fuente procedente del patio más allá de las ventanas abiertas y podía oler el dulce jazmín.

También estaba amueblado para la comodidad, con sencillos sofás de ante de gran tamaño en tonos neutros agrupados en torno a una enorme mesa de madera, brillante con una pátina creada por años de cuidados.

Se sentó cansada y miró a su alrededor. Era una habitación diseñada para atraer los sentidos: una habitación seductora. Que Dios la ayudara.

Dejó caer su bolso y su mano acarició instintivamente la incrustación geométrica que bordeaba la mesa de madera. Era lisa, desgastada por generaciones de manos que buscaban su belleza. Pero mientras sus dedos buscaban el mismo contacto, sus ojos escudriñaban las sombras.

Una brisa fresca la alertó de una puerta que se abría en el otro extremo de la habitación, tras

un biombo de madera.

Al principio no lo vio, pero sabía que estaba allí. La mera sensación de su poderosa presencia cerca de ella puso en marcha algo en lo más profundo de su ser que había permanecido latente desde la última vez que lo vio. El corazón le latía con fuerza en el pecho y notaba cómo le subía por el cuerpo un calor que nada tenía que ver con la calidez de la tarde primaveral.

Entonces emergió, todo oscuridad y luz. Nunca había habido medias tintas con Zahir, ni física, ni intelectual, ni emocionalmente. Había sido parte de la atracción inicial estar con alguien tan *definido*, tan *seguro*. Ahora, el blanco de su túnica acentuaba la rica nuez moscada de su piel y las sombras que se acumulaban bajo las marcadas líneas de su rostro. Sus ojos también parecían absorber la luz. No tenían ninguna sutileza de expresión o color, sólo intensidad.

Sintió que esa intensidad conectaba con ella a un nivel elemental, igual que cuando se conocieron hacía casi seis años. Era igual que antes, excepto por el frío control que podía sentir en él y excepto por el hecho de que ahora era una madre con más que perder que ella misma.

Luego avanzó hacia la luz y la impresión se evaporó. Seguía siendo el poderoso y carismático jeque, pero civilizado. Mientras una sonrisa curvaba sus labios, sus ojos mostraban reserva, distancia.

"*Salamm w aleykum,* Anna." La saludó con la cabeza. "¿Qué tal el viaje? Espero que mi personal haya estado atento".

Se levantó de un salto. "¿Dónde está?"

"¿Seguramente esa no es forma de saludar a tu cuñado? Ni en mi país, ni en el tuyo, creo".

"Es la forma en que tratamos a las personas -familiares o no- que intentan quitarles a su hijo".

"Estoy de acuerdo, tales circunstancias no justifican las cortesías habituales. Sin embargo, estoy chapado a la antigua en estas cosas".

"Ahórreme el sermón de modales y dígame dónde puedo encontrar a mi hijo. Nos iremos en el próximo avión".

"Por favor, siéntese. Le he pedido té con menta. ¿Está satisfecho?"

"¿Dónde está?"

Sonrió y se sentó.

"Anna. Estoy siendo educado. Estoy haciendo preguntas que tú deberías, a tu vez, responder educadamente. ¿Tu madre no...? No. Por supuesto que no. Por lo poco que Abdullah me ha contado de ti, parece que tu educación en los "civilizados" Estados Unidos dista mucho de mi idea de civilización. Parece que lo único que conseguiste arrancarle a tu madre fue el deseo de riqueza". Le brillaron los ojos. "Y te las arreglaste bastante bien para conseguirlo, ¿verdad? Lograste embaucar a mi romántico hermano con bastante facilidad".

"Alto ahí. No he viajado casi siete mil millas para fingir que estamos en términos educados. Quiero a mi hijo. Dios sabe cuánto dinero te costó conseguir que el tribunal dictaminara que viniera aquí de vacaciones. Y cuánto más para mantenerlo aquí". Se pasó la mano por el pelo tirante. "¿Dónde está?"

Al pensar en su hijo, sintió que las lágrimas le punzaban los párpados y que el torbellino de emociones que se agitaba en su corazón amenazaba con salir a la superficie. Sin embargo, le sostuvo la mirada con determinación. Él *le* diría dónde encontrar a su hijo *y* ella no flaquearía.

Cuando el tribunal tomó la decisión, se vio obligada a aceptar que Matta pasara quince días de vacaciones en Qawaran sin ella. Sobreviviría. Y sabía que Matta disfrutaría del tiempo con la familia de su padre, a la que conocía bien por sus frecuentes visitas a Estados Unidos. Y tendría a su querida enfermera con él. Pero las semanas se habían alargado hasta convertirse en un mes y

se había visto obligada a solicitar un visado para venir a buscar a su hijo, aterrorizada de que nunca se lo devolvieran. Y ahora estaba aquí para asegurarse de que así fuera.

Se sentó y la miró despacio de arriba abajo, desde sus botas bien usadas hasta su pelo que no había visto un estilista en meses. Bueno, ¿y qué? Ella se irguió y le miró directamente. Podía haberse casado con un hombre rico, pero desde la muerte de su marido ya no lo era.

"Anna." Fue su tono suave el que lo hizo. Ella sintió que el dolor atravesaba la ira que la protegía. Se dio la vuelta, pero no antes de ver en su rostro la reacción a su angustia.

"Anna, mi sobrino está con Muma Yemena, descansando antes de la cena".

Ella asintió con la cabeza, tratando de controlar su salto de emoción al conseguir hablar con él. "¿Está bien?"

"Por supuesto. Ha estado bien cuidado. Muma Yemena ha sido su enfermera desde que nació".

"Sólo porque insististe. Con cinco años no necesita una enfermera".

"Es nuestra costumbre. Y también garantizaba que se mantuviera en contacto con su cultura".

Suspiró y se sentó, estudiando sus manos en el regazo, toda lucha desaparecida. Intentaba desesperadamente controlar el miedo a que su hijo ya no la necesitara.

"Quiero verle ahora". Su voz era tensa, nerviosa.

"Todavía no".

Se levantó de un salto. "Si no me llevas hasta él, lo encontraré yo misma".

Sacudió la cabeza. "Estarías perdido en cuestión de minutos".

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Pero antes de que pudiera abrirla, él estaba a su lado y le agarraba las muñecas.

"Anna. Tienes que calmarte antes de verlo. Tenemos que hablar primero".

"Tienes dos minutos y luego me voy."

Ella se quedó helada cuando él apretó con más fuerza su mano.

"Me tomaré todo el tiempo que quiera y *me* escucharás".

"¿Qué demonios tenemos que decirnos que no se haya dicho ya? ¿Qué más necesitas saber?"

"I? No necesito saber nada más. Pero tú sí".

Su voz era tranquila. "Te odio Zahir. Dejaste claro en el funeral de Abduallah que no descansarías hasta que pudieras traer a Matta a Qawaran. Y cumpliste tu palabra. Pero su visita ha terminado. Hoy vuelve a EEUU conmigo".

"Todavía no lo entiendes, ¿verdad? Matta está aquí porque vivirá conmigo a partir de ahora".

"¡No!" Ella sacudió la cabeza, pequeñas sacudidas que enviaron temblores a través de su cuerpo. "Nunca dejaré que Matta se quede aquí contigo. No tienes derechos legales".

"Yo soy su tío. Será mi heredero. Lo tendrá todo. Contigo, no tendrá nada. Apenas la madre cariñosa para privar a su hijo de tanto ".

"Un niño necesita a su madre. Por el amor de Dios. Debe haber alguna sombra de humanidad en ti. Piensa en tu propia madre. Piensa en ella".

"Mi madre murió cuando Abduallah era un bebé y cuando yo tenía diez años. Apenas la recuerdo. Un niño necesita aprender pronto para sobrevivir y Matta lo hará".

"¡No! No puedes llevártelo. Cualquier tribunal de cualquier país daría a la madre la custodia de su propio hijo".

"Depende de lo que se pueda probar contra la madre".

"Nada. *No* tienes *nada* contra mí. No he hecho *nada*".

El fino barniz de cortesía lo abandonó al instante. El aura seductora y suave como la seda del

mujeriego adinerado -cuyo patio de recreo no conocía fronteras ni límites- fue sustituida por la del poderoso jeque que había pasado su juventud en la guerra, donde no se aplicaban las reglas. El cambio estaba en sus ojos. Estaban desnudos, despojados del frío distanciamiento, desnudos y feroces.

"Lo has hecho todo. Abduallah está *muerto* por tu culpa y la de tu familia".

Negó con la cabeza. Pero no podía negar por completo la conexión entre su familia y la muerte de Abduallah. Si ella no le hubiera presentado a su hermano; si las drogas no hubieran estado tan al alcance de alguien con los contactos de su hermano y el dinero de Abduallah...

Pero no fue ella. Ella no podía ser considerada responsable. "No." Sacudió la cabeza con más fuerza.

"Afronta los hechos, Anna, no eres la viuda virtuosa. Se pueden obtener pruebas fácilmente".

"No lo harías".

"¿Qué? ¿Fabricar pruebas contra ti? No me hace falta. Es sorprendente la facilidad con la que la gente habla -dice lo que quieres que diga- cuando hay dinero de por medio. Sé que no consumes drogas, nunca lo has hecho, pero tus conexiones resultaron fatales para Abduallah. Y, créeme, haría cualquier cosa para asegurar el futuro de mi propia sangre".

Ella palideció ante sus palabras. ¿"Matta"?

"Por supuesto".

"Matta es *mi* hijo", repitió. "No te lo voy a dar: ni ahora, ni nunca. Moriría antes de que eso ocurriera".

Dio un paso hacia ella, observando su rostro. Ella no tenía adónde ir. Ya tenía la espalda pegada a la puerta. Le tocó la mejilla con el dedo, dibujando suavemente un rastro aterciopelado que terminaba en la mandíbula. Entrecerró los ojos al ver la humedad en la yema del dedo. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando.

La arruga de su entrecejo se hizo más profunda. Se giró como si fuera a apartar la mirada, como si quisiera enmascarar una lucha interior, pero se detuvo bruscamente y se volvió hacia ella. En silencio, sus ojos buscaron los suyos y ella vio que el escalofrío había desaparecido, sustituido por una compleja intensidad que la confundió.

"Entonces le quieres", dijo con dulzura.

"La palabra 'amor' suena extraña en tus labios, Zahir. Me sorprende que sepas lo que significa".

Dejó caer la mano que se cernía sobre la mejilla de ella, con su hermoso rostro repentinamente cansado. Abduallah le había hablado del sacrificio de Zahir: los años de guerra en el desierto, viviendo lejos de casa para proteger a su familia y a su país. ¿Cómo podía un hombre tan aislado, tan acostumbrado a la guerra, saber algo sobre el amor?

"Dime, Anna, ¿por qué te casaste con mi hermano?"

Su pregunta la pilló desprevenida. Dudó al recordar el breve noviazgo con su marido, tan diferente al de los demás hombres que había conocido.

"Era amable; me respetaba". Incluso al pronunciar esas palabras se dio cuenta de lo increíblemente pequeñas que debían sonar para quienes no habían tenido que luchar por todo lo que tenían. Pero, para ella, habían sido enormes, lo bastante grandes como para desviarla de su beca de Cornell, que tanto le había costado conseguir. Abduallah había querido que viajara con él. Él siempre estaba inquieto por descubrir cosas nuevas y ella había sido joven y se había dejado convencer con demasiada facilidad. No volvería a cometer ese error.

"¿Eso es todo? ¿Has hecho pasar a nuestra familia por un infierno porque necesitabas

respeto?".

"Me casé con él porque lo amaba".

Su mirada se detuvo brevemente. Se alejó y miró a través de una de las enormes ventanas abovedadas con vistas al desierto, a las lejanas colinas rojas.

"Amaba más su dinero. Debió parecer un milagro que alguien de su posición se interesara por alguien como tú".

Su tono amargo y la injusticia de todo aquello la afectaron. "¿Por qué? Tú lo hiciste", replicó ella.

Se mordió el labio. Hablar de su aventura de una noche no era muy inteligente en las circunstancias actuales.

Se volvió lentamente hacia ella. Los rayos horizontales del sol del atardecer iluminaban su rostro oscuro, pero no revelaban nada. Era como un libro cerrado mientras se acercaba a ella.

Cerrado y demasiado cerca.

Un músculo parpadeó en su mandíbula.

"Yo", le soltó la cinta que le sujetaba el pelo y observó atentamente cómo se colocaba en su sitio como una cortina de seda, "no sabía nada de ti aquella noche. Y mucho menos que estabas casada con mi hermano. Además, yo no soy mi hermano. Soy realista. No albergo ilusiones sentimentales sobre nada ni nadie. Te sugiero que lo recuerdes".

Le quitó la banda de la mano. "Y te sugiero que me muestres algo de respeto".

"Si lo que quieres es respeto, te sugiero que practiques la lealtad, que digas la verdad".

"Las cosas -dudó al rechazar las palabras de defensa que brotaron de sus labios- nunca son tan sencillas como parecen". No tenía sentido extenderse. Dijera lo que dijera, estaba condenada a sus ojos.

"Era *exactamente* así de sencillo".

Sintió el poder latente de su puño, que chocó brevemente contra el marco de la puerta antes de que él se diera la vuelta.

No temía por sí misma. Sabía instintivamente que él nunca le haría daño físico. Era lo que podía hacerle emocionalmente lo que la asustaba.

"Sólo hay un hecho simple aquí y es que Matta es *mi* hijo y *no* va a vivir aquí con ustedes".

Se giró para mirarla, con todos los signos de su ira enmascarados una vez más. Sacudió la cabeza. "El niño se queda". Sus labios esbozaron una sonrisa escalofriante.

El escalofrío se convirtió en hielo y destruyó toda esperanza.

"No puedes alejarlo de mí. No puedes". Dio un paso hacia él y se agarró a su brazo con desesperación, recogiendo los pliegues sueltos de su túnica como una moribunda que se agarra con fuerza a un salvavidas. Él se detuvo al instante, como electrizado. Imaginó que había bajado los ojos, con desdén. Pero a ella no le quedaba nada. "¿Qué tengo que hacer para que veas?"

"No puedes hacer nada". Levantó lentamente la mano hacia la de ella, que seguía aferrada a la suave seda de su bata, y la apretó contra la suya. Durante un largo instante, ella pensó que podría haber conseguido tocar algo dentro de él, pero entonces la mano de él agarró la suya y la apartó. "Suplicar no te llevará a ninguna parte".

"¿Entonces qué?" Él guardó silencio y ella insistió en su ventaja. No tenía nada que perder y todo que ganar. "Zahir, no puedes llevártelo. Es mi vida". Ella negó con la cabeza y él cerró los ojos brevemente mientras su pelo le acariciaba la mejilla. Atrapó un mechón entre los dedos, pero no lo dejó caer.

"¿Y qué es tu vida para mí? La vida en el desierto, la vida en la guerra, sólo vale lo que se

puede negociar por ella. ¿Qué", añadió suavemente, "darías a cambio de tu hijo?"

"¿Quieres regatear?", preguntó ella, incrédula.

"Sí."

"¿Qué quieres?"

"Tú".

Dejó que su mano recorriera su brazo.

"¿Por qué me querrías si me tienes tan poco respeto?"

Sonrió. "¿Respeto? Más bien asuntos pendientes".

Algo, miedo o lujuria, la atravesó por dentro y le produjo escalofríos que irradiaron hasta su piel. Le levantó la mano y le examinó el antebrazo, ahora erizado de piel de gallina.

"¿Tienes frío, Anna?"

"Asqueado, Zahir."

"Creo que no. Creo, lo sé, que todavía me quieres. Si vives conmigo, aquí en Qarawan, aún podrás estar con tu hijo. De lo contrario, nunca lo volverás a ver".

"No puedes hacer esto".

"Tengo el poder, Anna, créeme. Ahora, tienes mis condiciones, ¿cuál es tu respuesta?".

"A ver si nos entendemos. ¿Me quieres por sexo y a cambio puedo vivir con mi hijo? Eres un retorcido".

"Soy un hombre honorable. No te forzaré. Pronto vendrás a mí".

Ella negó con la cabeza. "Nunca".

"Hace seis años me bastaba con entrar en la habitación para que me desearas. Apenas podías esperar a meterme en el ascensor, en la habitación del hotel antes de que tus manos encontraran mi piel desnuda, antes de que exploraran mi cuerpo, bajaran la cremallera de mis pantalones, y antes de que tus labios..."

"¡Alto!"

"¿Cuántas veces hicimos el amor esa noche, Anna?" Su voz se había reducido a un susurro áspero.

Tragó saliva con fuerza y sintió que una oleada de calor subía con los latidos de su corazón y que un sordo dolor de anhelo se instalaba entre sus piernas. Era cierto. Lo había deseado entonces y lo deseaba ahora.

Ella negó con la cabeza sin poder evitarlo. "No me acuerdo".

"Creo que sí puedes. Creo que sí recuerdas; creo que revives esos momentos porque, como tú, yo tampoco puedo olvidarlos. Vendrás a mí. No te equivoques".

Ahora estaba tan cerca que ella podía sentir la acelerada subida de su pecho rozándole los senos, podía sentir el seductor deslizamiento de su bata de seda rozándole la piel. Incapaz de mirarle, mantuvo los ojos bajos, fijos en su boca, en unos labios tan suaves, tan completamente opuestos al resto de él, que evocaban imágenes que estaba desesperada por olvidar.

Ella pudo ver que él sabía adónde la llevaban sus pensamientos por la sonrisa que dibujó suavemente aquellos suaves labios.

"¿Lo ves? Las necesidades de tu cuerpo son mayores que cualquier otra cosa. Me quieres y me tendrás".

"¿Cómo puedes hacer esto?"

Continuó como si no hubiera oído sus palabras. "Y entonces, también tendrás a tu hijo. Sólo que esta vez, no seré el hermano incómodo de tu marido. Seré tu marido".

"¿Quieres que me case contigo?"

"Por supuesto. El matrimonio es la única forma respetable. Tenemos que considerar a mi heredero, tu hijo, recuerda".

"Pero tú no me amas. ¿Por qué casarte conmigo?"

"Usted es de Occidente. El matrimonio no es para toda la vida -seguro que lo sabes- y en ningún sitio lo es más que en mi país. Cuando me canse de ti puedo tomar otra esposa. O simplemente trasladarte a otro palacio. No hay problema".

"Eres un bastardo inmoral".

"Esa no es forma de hablar de tu futuro marido".

"Y *tú*, como *tú*, quieres ser el padre de mi hijo".

"Yo cuidaré de él. Es de mi sangre".

Estaban muy cerca, con los ojos fijos el uno en el otro, conteniendo tanto la fuerza de atracción que los había unido en un principio como la ira y la amargura que los habían seguido. Ella sentía la respiración de él acelerarse contra su mejilla, como él debía de sentir la de ella.

"No". La única y desesperada palabra flotó entre ellos, demasiado suave para ser una verdadera demostración de fuerza contra él.

"Sí". Su voz también era suave, no tenía necesidad de demostrar nada. Se acercó aún más a ella, hasta que no hubo nada entre los dos. No había separación ni escapatoria.

Inclinó la cabeza hacia la de ella, como para aspirarla, y a ella se le cortó la respiración.

En ese instante, absorbió los detalles de su rostro como si pudiera *sentir* la barba oscura de su mandíbula rozando la suya, como si pudiera *sentir* su cabello sedoso cayendo suavemente sobre su mejilla. Cerró los ojos para romper la conexión, dispuesta a disipar la confusión del odio y la necesidad, el choque entre la mente y el cuerpo.

Cuando ella los volvió a abrir, él se había alejado, con un cansancio desafiante.

"Ven, necesitas descansar y luego haré que te traigan a Matta".

Sacudió la cabeza como para liberarla de la pesadilla que se estaba desarrollando. Él tenía razón. Sólo le quedaba una opción. Entonces sintió que se derrumbaba literalmente. Sus piernas se doblaron bajo ella y toda lucha desapareció.

De repente, sintió que la rodeaba con el brazo, que la estabilizaba y le daba la fuerza que necesitaba.

"No será tan malo, Anna. Tendrás todo lo que necesites, más de lo que puedas imaginar. Ganarás mucho más de lo que dejarás atrás".

Ella le apartó de un empujón. "Tú no sabes nada. Lo único que ganaría sería mi hijo. Estaría perdiendo todo lo demás que he atesorado y por lo que he trabajado toda mi vida adulta."

Abrió las puertas dobles y se apartó para que ella pasara.

"¿Qué podrías estar dejando atrás que atesoras tanto?"

Salió a la cálida luz del sol del atardecer y miró lejos, muy lejos, hacia las lejanas montañas que ahora eran una neblina azulada contra un suave cielo albaricoque.

"Mi independencia".

El eco de las puertas se tragó sus palabras. Dudaba de que él las hubiera oído.

2

Anna observó cómo las sombras tomaban forma lentamente a medida que la suave luz del amanecer revelaba su dormitorio en todo su lujoso detalle. Aunque antiguo, parecía que todo en el palacio había sido diseñado para seducir los sentidos: desde las finas cortinas de seda blanca que brillaban con la brisa fresca, hasta la fragancia del azahar que permanecía en el aire como una invitación.

Pero sólo había un lujo que era una necesidad. Y ahora estaba acurrucado en sus brazos. Suspiró de placer, apartó suavemente el brazo de debajo de la cabeza de Matta y miró a su hijo dormido con asombro.

Relajado, tenía los brazos extendidos a ambos lados de la cabeza y los pies despegados de las ligeras mantas. Con los mismos tonos de piel que su padre, parecía pertenecer a aquel entorno exótico que resultaba tan extraño a sus ojos.

El pensamiento se retorció en sus entrañas, creando un vacío que sabía que nunca podría llenarse. Se estaba alejando de ella. Desde el momento en que se habían reunido, la noche anterior, ella había visto que él se sentía como en casa aquí en el palacio. Había oído las historias y la poesía de Qawaran mientras crecía e incluso conocía algunas palabras del idioma del país. Viéndole corretear, seguido por un ejército de familiares y sirvientes que le adoraban, se dio cuenta de que se sentía como nunca antes.

Una vez más, sus ojos absorbieron sus mejillas regordetas y los párpados enmarcados por la oscuridad, recostados en una media luna apacible sobre su piel oscura. Haría cualquier cosa por darle la mejor vida posible. Incluso si eso significaba admitir que Zahir tenía razón. Tal vez era aquí donde su hijo necesitaba estar, donde pertenecía. Como heredero del reino de Qawaran tendría una vida de poder y privilegio. Si ella le robaba eso, ¿la perdonaría después? ¿Le bastaría con su vida de clase media en los suburbios estadounidenses? Sacudió la cabeza con desesperación. La verdad era que ella no podía competir con lo que Zahir le ofrecía.

Tembló y se levantó de la cama, atraída por la enorme ventana oriental enmarcada por tallas antaño audaces que se habían ido apagando con el paso de las generaciones. La ventana ofrecía una amplia vista de las interminables llanuras pedregosas de hammada, contenidas por un horizonte que era una mera línea de carbón en la incolora luz previa al amanecer.

Era una vista cruda de monotonía infinita, pero a la vez de poder infinito. Era hipnotizante.

Se acomodó en el asiento de la ventana, empujó el antiguo cristal de plomo y se asomó, contemplando los austeros muros del palacio. Nadie sabía dónde empezaba el palacio y dónde

terminaba la pared rocosa. El palacio y la escarpa rocosa se alzaban por encima de la llanura, como si fueran uno solo, a pesar del lujo que se respiraba en su interior.

La pálida luz le hizo vislumbrar una sombra y levantó la vista hacia los peñascos que sobresalían por encima del castillo. Un enorme halcón volaba silenciosamente en medio de los vientos, perdido en un mundo de despreocupada libertad.

Sólo algo que nunca había estado cautivo podía tomarse la libertad tan a la ligera. Ella no la tomaría tan a la ligera.

"¡Mamá!" El cuerpo suavemente redondeado de Matta saltó a su regazo, sus brazos se alzaron para envolverse alrededor de su cuerpo. Él confiaba en ella implícitamente y ella tenía que pensar en él, no en ella. Lo que *ella* quisiera tenía que ser secundario.

Ella le acarició suavemente la espalda y la respiración de Matta se hizo más lenta y, con la mejilla apoyada en el pecho de ella, suspiró, un suspiro profundo y satisfecho, e inmediatamente volvió a dormirse. Anna pensó en Abduallah. A pesar de las apariencias, sabía que Abduallah nunca había sido realmente feliz en Occidente. Y si se hubiera quedado en Qawaran, quién sabe, tal vez seguiría vivo. Odiaba admitirlo, pero Zahir tenía razón. El lugar de Matta estaba aquí, en Qawaran.

Volvió a mirar las mejillas sonrojadas de Matta, apartó suavemente un mechón de pelo oscuro y le besó la cabeza. Y supo que, dondequiera que estuviera Matta, también estaría ella.

ZAHIR SE SENTÓ, dio un tercer sorbo al café y le pasó el dallah a Anna, que, como él, estaba sentada con las piernas cruzadas y la túnica caía suelta alrededor de su esbelta figura.

Si estaba sorprendida por la ceremonia tradicional, por compartir una taza de café fuerte con sabor a cardamomo, lo disimuló bien. Sus ojos siguieron los labios de la muchacha cuando los apretó contra la pequeña taza blanca, las suaves líneas verticales ligeramente fruncidas mientras sorbía el café caliente.

¿Su rostro, sus labios, habían sido siempre tan delicados? Su relación con ella había sido intensa pero breve. No recordaba la translucidez de su piel con las manchas oscuras bajo los ojos y no recordaba que sus labios, de los que no había sentido más que poder, estuvieran tan finamente dibujados.

"Entonces, ¿fue bueno el trato?". Ella levantó la vista de repente mientras hablaba, su pelo rubio -rubio blanco en algunas partes- brillando alrededor de su cara y él pudo ver que sus ojos azul grisáceo aún mantenían esa misma mirada de fuerza y desafío. "Me estás examinando como si fuera una posesión. Sólo me preguntaba si crees que tu dinero vale la pena".

"Por supuesto. Si no, no habría hecho el trato".

"Oh, creo que lo harías. No creo que te importe ni un poco cómo he cambiado. Quieres que te lo dé todo y que tú no me des nada a cambio". Ella gruñó. "Menudo trato".

Se encogió de hombros. "Te permito quedarte con tu hijo. Eso es lo que quieres, ¿no?"

Ella le miró fijamente. "Sabes que lo es".

"Entonces asumo que aceptas quedarte".

"¿Por qué? ¿Por qué quieres que lo haga? Dime por qué. Tú misma has dicho que no crees que las madres sean necesarias. Entonces, ¿por qué quieres que me quede? ¿Por qué quieres que nos casemos?"

"Te lo he dicho. Es apropiado. No hay más que decir".

"Creo que sí. Creo que hay mucho más. Estás tratando de castigarme de alguna manera, ¿no? Crees que soy responsable de la muerte de tu hermano. Me estás castigando por traicionarlo contigo, esa noche hace tanto tiempo".

No habló inmediatamente. ¿Castigo? Tal vez un poco. Observó las emociones de la mujer en sus ojos azul grisáceo y sintió la familiar excitación que sentía cada vez que pensaba en ella, que soñaba con ella. Pero ella estaba aquí, ahora, en carne y hueso, y sus sentimientos eran diez veces mayores. Ella tenía que saber la verdad.

"¿Por qué te quiero? Es muy sencillo. He pasado todos los días de los últimos seis años imaginando que hacía el amor contigo; recordando tus ojos, tu boca, abierta, húmeda, deseosa. Tus muslos, cómo se sentían contra mi lengua, contra mis dedos".

Hizo una breve pausa, detenido por la expresión de asombro de ella mientras la llevaba al recuerdo de su única noche juntos. La mano de ella estaba congelada en el acto de llevarse la taza de café a los labios: unos labios, se dio cuenta, que estaban ligeramente entreabiertos, como hechizados por sus palabras. Y su mirada se clavó en la de él, con unos ojos que se habían vuelto más violetas que azules por el calor interno de la excitación que él podía ver brillar en su piel.

Sonrió para sus adentros. Simplemente tenía que darle tiempo para que su mente permitiera lo que su cuerpo ya sabía.

"No puedo vivir así", continuó. "Tengo trabajo que hacer, un pueblo y un país que gobernar. Debo tenerte para librarme de esta obsesión".

Respiró hondo mientras colocaba con cuidado la taza de café ante ella. "¿Y cómo te propones tenerme exactamente? Dijiste que no sería por la fuerza. ¿O has cambiado de opinión al respecto?"

"Me insultas. Nunca haría algo tan deshonroso".

"Así que vamos a aclarar esto. Prácticamente secuestrarías a mi hijo y me chantajearías para casarte conmigo. ¿Y eso no es deshonroso?"

"No. Eso es un medio para un fin. Tomarte por la fuerza no tendría ningún beneficio positivo, salvo temporal. Es a ti", la miró a los ojos, "a quien debo tener. Y debe hacerse voluntariamente o será ineficaz".

"Zahir. Eres como un niño mimado, queriendo sólo lo que no puedes tener. Tú también piensas como uno. Una vez que lo tengas, no lo querrás más. Me trasladarán a un rincón del palacio y se olvidarán de mí".

"Lo entiendes perfectamente".

Ella negó con la cabeza. "No voy a jugar a tus juegos."

"¿Por qué no? Ven conmigo. Superemos esta obsesión mutua", levantó la mano para silenciarla. "*Es mutua*. Y luego se acabará".

Se acabó. ¿Podría hacerlo? ¿Tragarse su orgullo y sus sueños y ceder a sus deseos? Pero no sólo a *sus* deseos, se vio obligada a admitir. Su mente había intentado desesperadamente controlar su respuesta física a Zahir desde que entró en la habitación. Y al principio lo había conseguido. Pero sus palabras de pasión rompieron ese control, llenando su mente sólo con el recuerdo del calor de su cuerpo desnudo contra el de ella, del movimiento rítmico de sus caderas mientras la penetraba repetidamente, llevándola al límite, a un lugar que no se atrevía a volver a visitar. Sin control, estaría totalmente a su merced.

"Veo que te gusta la idea".

Sentía cómo le ardían las mejillas.

"No te lo pondré tan fácil".

"Fácil para *ti*, habría pensado. Acuéstate conmigo, entonces, cuando la obsesión se desahogue -tal vez meses, tal vez años- todo habrá terminado. Podrás hacer lo que quieras: quedarte aquí con Matta, o no. Serás rica y tendrás la libertad y la independencia que dices haber dejado atrás".

Así que la había oído. Y sin embargo, no había hecho ningún signo o reconocimiento de sus palabras la noche anterior.

El uso despreocupado que hacía de las palabras que ella tanto apreciaba la enfurecía. ¿Qué sabía él de crecer siempre al margen de la sociedad? ¿Qué sabía él de estudiar toda la noche para conseguir la educación que ella sabía que era la clave de la independencia? ¿Qué sabía él sobre dejar que sus propios sueños se le escaparan, trasladándolos a su hijo? Matta sería amado. Él formaría parte de este mundo que la había excluido desde su nacimiento, en virtud *de* su nacimiento.

"Cumpliré mi parte del trato. Me casaré contigo y viviré aquí, por una sola razón: estar con mi hijo. Pero no me acostaré contigo, Zahir".

Se encogió de hombros. "Estoy acostumbrado a las batallas, a la estrategia, conseguiré lo que quiero. Puede que tarde un poco más. Pero hay algo que decir sobre la anticipación".

"Esta es una batalla que no ganarás".

"Ah, Anna, he luchado en muchas batallas y no he perdido ninguna. Conocer al oponente es vital".

Le devolvió la taza a Zahir.

"El resultado no augura nada bueno para ti entonces, ¿verdad? No me conoces en absoluto".

"Pero lo sé. Sé que hay una razón para tu comportamiento exteriormente conciliador. Llevas ropas qawarianas, participas en la antigua ceremonia bedu del café sin hacer comentarios. *No* lo haces porque te resulte fácil, porque te resulte familiar. Lo haces por una razón".

Y Anna no tenía intención de contarle a Zahir la verdadera razón por la que prefería llevar ropa que era como un uniforme, que la ocultaba y la hacía anónima.

"No tengo problemas para adaptarme a la cultura de los demás. Me crié entre gente de todas las nacionalidades. Podría decirse que tuve una educación temprana en la cultura y la cocina del mundo".

Si se puede llamar educación a rebuscar comida en la puerta trasera de diferentes restaurantes del centro de Pittsburgh -italianos, españoles, chinos, mexicanos-, entonces sí, sus papilas gustativas estaban bien educadas. Educadas para conseguir algo a cambio de nada, para sobrevivir.

"Sé más de ti de lo que crees. Tengo entendido que tu infancia fue, digamos, 'interesante'".

"Sé lo que dices, Zahir. Desprecias mi origen y, ¿sabes qué? No te culpo porque a mí tampoco me gustaba mucho. Pero intenté hacer algo al respecto". No pudo continuar, su voz vaciló y las lágrimas amenazaron la máscara que intentaba mantener sobre sus emociones.

"Y fracasaste, ¿verdad? Te casaste, te quedaste embarazada y dejaste que tu débil necesidad de 'respeto' y 'amor' te impidiera escapar de ese mundo. Ves, cada oponente tiene una debilidad. Y yo conozco la tuya".

Él la observaba atentamente, esperando a ver si mordía el anzuelo. Ella bajó brevemente la mirada. "Puedes pensar lo que quieras".

"Ahí, otra vez, te estás conteniendo. No quieres discutir, estás esperando, observando". Sonrió al reconocer la verdad en su rostro. "Esa es la medida de un buen estratega".

"Es la medida de alguien sin más recursos que esperar y descubrir cómo, exactamente, pretendes seducirme. Estoy seguro de que, como todo lo demás, lo tienes planeado".

"En efecto".

"Entonces, ¿cuál es su estrategia?"

"He librado muchas batallas y nunca me ha interesado revelar mis estrategias antes de que comenzara la batalla".

"Batalla". Repitió, asintiendo, con los labios fruncidos por la contención. "Supongo que todo vale en una batalla, entonces. Trucos, traición..."

"Y habilidad, no olvides la habilidad".

Levantó la vista rápidamente y captó el calor de su mirada. No había duda de que era hábil. Recordaba vivamente sus habilidades.

"Es un juego para ti, ¿no? Escucha, Zahir, sólo hay una razón por la que estoy aquí, y es por Matta".

"Tienes que afrontar los hechos, Anna. Hay poco que puedas darle al chico. Aquí tiene todo lo que necesita. Una de mis hermanas y sus hijos viven aquí y le darán compañía. Recibirá la mejor educación y los mejores cuidados. Su enfermera, Muma Yemena, se asegurará de que..."

"Tiene un nombre..."

"Serán atendidos".

"¡Es su enfermera, no su madre!"

"Fue la enfermera de mi hermano y luego de Matta. Y también es una mujer árabe obediente y leal y ayudará a Matta a adaptarse a su nuevo hogar".

"Un niño necesita a su madre. Una mujer árabe obediente y leal no es suficiente. Subestimas el poder del amor de una madre".

"No." Hizo una pausa. "No la tengo. Me he asegurado de que tenga a su madre, ¿no?"

"A través del chantaje, sí".

Zahir se encogió de hombros. "Los dos estáis aquí, eso es lo que importa. Venid" -Zahir se levantó- "Os llevaré a vuestras habitaciones".

"No es necesario. Seguro que tienes asuntos que atender".

"He cancelado todo en las próximas semanas, excepto una reunión importante esta mañana. A la que debo asistir solo".

"Unas semanas. ¿Crees que será tiempo suficiente?"

"¿Para seducirte? Por supuesto".

CAMINARON en silencio a través de antiguos pasadizos sostenidos por arcos que se elevaban en lo alto del techo, un arco tras otro hasta desvanecerse en el oro pálido de la arenisca.

A pesar de que a Anna le parecía un mundo tan ajeno, no podía evitar sentirse maravillada por él. Sintió que se apoderaba de ella una sensación de paz, como si los propios muros emanaran una fuerza absorbida de las personas que habían vivido, amado y muerto allí a lo largo de incontables siglos. De algún modo, su poder se filtró bajo su piel y calmó la frustrante mezcla de ira y excitación que le provocaba el mero hecho de estar con Zahir.

"Imagino que Abduallah te habló del palacio."

"Un poco. Describió su belleza, pero nunca imaginé que sería así".

"Es algo más que una simple belleza. Es un símbolo de mi pueblo, de la fuerza que reside en su cultura y tradición, de la importancia de la lealtad y el deber". Se detuvo ante una pesada

puerta enrejada y se volvió hacia ella. "Esas cosas siguen siendo importantes hoy en día, ¿no crees?".

Atrás habían quedado las acusaciones y el escalofriante control del día anterior. En cambio, su expresión parecía curiosa, como si estuviera realmente interesado en su respuesta.

"Depende de la cultura y la tradición de cada uno. Algunas personas necesitan escapar de sus 'tradiciones familiares' y encontrar su propio camino en el mundo". Se encogió de hombros, tratando de parecer indiferente, tratando de no recordar su propia necesidad desesperada de escapar de la espiral descendente de su familia. "Aunque no hay muchas posibilidades de escapar desde aquí".

"El palacio se trata de seguridad, no de escapar. Venid". Abrió la puerta a un exquisito patio ajardinado. Era más pequeño que los otros por los que habían pasado, con una fuente de mármol blanco perfectamente redonda rodeada por una pérgola cubierta de jazmines, fragantes cítricos y senderos sutilmente coloreados. Era el jardín al que daba su dormitorio.

"Mi suite de habitaciones está enfrente de la suya."

No se había dado cuenta.

La intimidad del jardín y su proximidad la inquietaban. Era muy consciente de las notas terrosas de su aftershave mezcladas con el embriagador jazmín.

Se alejó de él y se acercó a la fuente, desesperada por no pensar en él. Se sentó en su borde pulido y reluciente y sumergió ambas manos en el agua. Tomó el agua cristalina con las palmas y se la llevó a la cara. Casi podría jurar que desprendía una fragancia dulce y pura. Dejó que el agua se escurriera entre sus dedos.

"Agua de manantial". De repente, él estaba a su lado, observándola atentamente. Ella mantenía los ojos fijos en el agua, pero era consciente de cada movimiento, de cada ondulación de su vestido. "Extraída de las profundidades de las montañas. Ha sido la fuerza vital del palacio y su comunidad durante siglos. *Ma-ush-shafa*".

"Agua curativa". Pasó las manos por el agua, viendo el sol brillar en medio de ella, recordando el amor de su marido por la poesía y el Corán. Si Zahir era el luchador de la familia, su marido, Abduallah, había sido el poeta. Solía leerle en voz alta, revelándole su amor por el país al que nunca podría regresar. La vergüenza le calaba demasiado hondo. No podía enfrentarse a su familia. De pronto se dio cuenta de que Zahir llevaba unos minutos en silencio. Levantó la vista.

Zahir le sostuvo la mirada durante un largo e insondable instante antes de apartarse bruscamente.

"Debo irme. Tengo asuntos que atender. Te quedarás aquí y cenaremos más tarde..."

"No soy uno de sus sirvientes para ordenar..."

"Y Matta está aquí. Quédate con él hasta que mi negocio esté completo".

Miró a su alrededor sobresaltada -no había oído acercarse a Matta- y, de repente, él estaba de nuevo en sus brazos. Su vieja nodriza y sus jóvenes primos, los hijos de la hermana de Zahir, revoloteaban al borde del jardín, esperando permiso para entrar.

Cuando liberó los brazos y les hizo señas para que vinieran, Zahir ya se había ido.

A ÚLTIMA HORA de la tarde, Matta dormía y Ana era libre de vagar sola por los pasillos, jardines y habitaciones del palacio. Se encontró en uno de los pisos superiores, mirando hacia la entrada del palacio. Debía de ser desde allí desde donde Zahir la había visto llegar el día anterior.

Parecían semanas. Ahora le tocaba a ella ver cómo Zahir se despedía formalmente de sus invitados beduinos.

Eran un espectáculo temible: cinturones repletos de cartuchos de pistola; rifles sostenidos en sus manos con la misma naturalidad que si fueran maletines; dagas de plata fuertemente grabadas clavadas bajo sus cinturones. Sus túnicas blancas brillaban a la luz del sol, en marcado contraste con su piel oscura y curtida. A pesar de la falta de armas, Zahir parecía todo un jeque con su imponente presencia. Con invitados como aquellos, ella sabía que era imperativo que pareciera un rey formidable en todo momento. No debía atentar contra su dignidad.

De repente, oyó unos pies que corrían.

Con una inminente sensación de horror, se llevó la mano a la boca, queriendo gritar, impedir que Matta fuera rechazado, evitar que le hicieran daño. No tenía por qué estar allí. Pero estaba demasiado lejos. Ni Zahir ni Matta podían verla ni oírla.

Vio cómo Matta se acercaba a Zahir por detrás y saltaba sobre su pierna, clavando sus manitas en los pliegues de la túnica. Con un rápido movimiento, Zahir rodeó con el brazo el pequeño cuerpo de Matta y lo elevó en el aire.

Consternada, Anna observó, esperando ver lo inevitable. Pero no llegó.

Los fuertes gritos de alegría de Matta resonaron por todo el patio mientras Zahir lo balanceaba una y otra vez en el aire, atrapándolo antes de que cayera.

Los invitados se rieron y se dieron la vuelta para marcharse.

Cuando la adrenalina desapareció de su cuerpo, se apoyó contra la pared. Se sentía enferma y aturdida. Siguió observando cómo Zahir levantaba al muchacho hasta que se sentó sobre sus hombros, con cada pierna firmemente sujeta por las manos de Zahir. Cuando se volvieron hacia los jardines, Ana vio la amplia sonrisa de Matta bajo unos ojos que brillaban a la luz del sol.

CUANDO LLEGÓ HASTA ELLOS, Matta ya se había puesto en pie y trataba de alcanzar a sus jóvenes primos. Siguió el paso de Zahir mientras se dirigían a la entrada trasera del palacio, hacia una meseta que dominaba las amplias llanuras.

Ella alargó la mano y se la puso ligeramente en el brazo. Él dejó de caminar inmediatamente y se volvió hacia ella expectante.

"Zahir, me equivoqué."

Enarcó una ceja. "Seguro que sí. ¿Pero sobre qué en particular?"

Incluso ignoró su burla. "Sobre Matta."

"Ah". Él asintió. Ella pudo ver que lo entendía.

"Tenías razón. Este es el lugar para él. Será feliz aquí".

Él vaciló. Por un momento se preguntó si él se daba cuenta de lo que le había costado decir esas palabras. Tal vez. Tal vez no. Nunca lo sabría porque él no habló. Se limitó a asentir lentamente.

"Él *es* feliz aquí. Mira".

Su mirada siguió la de él, hacia donde jugaban los niños, a salvo dentro de las almenas del palacio, a salvo de la caída en picado, con la enfermera vigilando de cerca.

El atardecer daba paso a una puesta de sol que inundaba de fuego la llanura circundante, calentando el rostro de Zahir. Ella soltó la mano que aún le tocaba el brazo y se apartó.

"Tengo que irme ya".

"Cámbiate para la cena. No siempre somos tan tradicionales. Eres libre de ponerte la ropa

que quieras: tradicional u occidental. Tienes mucho donde elegir. Enviaré a Matta en breve".

Ella asintió. Ni siquiera podía esperar a su hijo. Era como si algo dentro de ella hubiera cambiado, la presión había desaparecido. Las amplias llanuras, su hijo a salvo, se sintió arrullada en un estado que no podría haber imaginado veinticuatro horas antes. Necesitaba alejarse de Zahir. Necesitaba tiempo para pensar.

Zahir la vio irse y sonrió para sí. No estaba seguro de qué era exactamente lo que la tranquilizaba tanto. Presumiblemente ver al chico con sus amigos y parientes. No importaba. La primera parte de su plan había salido bien: tranquilizarla respecto al niño.

Se equivocaba. No había subestimado sus instintos maternales. La primera etapa de su plan de seducción se basaba en ellos. Y, desaparecida esa preocupación, ella sabría que no había otro lugar para ella que aquí. Ahora tenía que darse cuenta de que no había otro lugar para ella que su cama. Y lo haría. Pronto vería que había cosas peores que ser la esposa y amante del jeque Zahir Al-Zaman de Qawaran.

VESTIDA CON UNO de los hermosos trajes de diseño que ahora llenaban su armario, Anna miró a través de la ventana del este, hacia donde una línea de oscuridad se deslizaba sobre las llanuras mientras el ardiente sol se ocultaba tras las montañas. La vista, tan seductora en su extensión, tan diferente de la belleza íntima del jardín del patio, la llamaba con fuerza. Su aceptación de que Matta estaba donde tenía que estar tuvo un coste. El vacío que había sentido abrirse en su interior no podía llenarse. Una parte de ella creía que eso era suficiente, que era todo lo que podía esperar. Pero algo en su interior le pedía más. Cerró los ojos y sintió el amplio espacio abierto como si fuera una entidad viva. ¿Podría encontrar aquí su propia libertad?

El chillido sobrenatural de un ave rapaz resonó en las oscuras llanuras y atrajo su atención hacia el cielo rojo sangre. Vio cómo el enorme halcón desplegaba sus plumas leonadas y negras y planeaba un instante antes de descender en picado. Pasó volando junto a su ventana y aterrizó sobre la mano enguantada y extendida de un hombre.

Pudo ver el plumaje del ave, rico y texturizado en los últimos rayos del sol ardiente, pudo ver cómo estiraba el cuello de placer mientras el hombre acariciaba suavemente el cuerpo del halcón. El halcón dejó de pasearse sobre la mano enguantada del hombre, se calmó y agachó la cabeza en señal de sumisión.

Entonces el pájaro lanzó una llamada, áspera y fuerte, como si fuera un grito de libertad, una petición de volver a su estado anterior. Un grito lleno de añoranza por lo que ya no podía tener. Pero no se movió del guante del hombre. El hombre podía dejarla volar, darle su libertad cuando quisiera, pero, una vez que su brazo estaba extendido, esperaba obediencia; esperaba el regreso del pájaro.

El hombre se deslizó sobre la capucha del halcón y apareció a la vista. Era Zahir.

3

Llegó tarde.

La mirada de Zahir recorrió la mesa en la que estaba sentada su extensa familia. Ya habían comenzado el banquete en su honor. Por encima del murmullo de la conversación y el ruido de los cubiertos y las copas, Zahir pudo percibir que el ambiente se había vuelto intranquilo.

Era inaudito que un invitado llegara tarde. Era imperdonable. Pero entonces la mujer parecía no tener ni idea de cómo comportarse o, si la tenía, se desvivía por hacer lo contrario de lo que se esperaba.

Hizo una señal para que rellenaran su vaso y, en lugar de presenciar los ceños fruncidos y las miradas perplejas de su familia, se concentró en el sutil parpadeo de la luz de las velas sobre la mesa pulida.

Sus sentimientos hacia Anna eran tan ambiguos como los cambiantes patrones de la luz sobre la oscuridad. No había duda de que la quería como esposa y amante, y ésa era su prioridad. Pero no sabía si podría perdonarla por traicionar a Abduallah acostándose con él y por las mentiras que siguieron. Su comportamiento era un anatema para él. Y los insultos continuaban. Aquí, ahora, ella no sólo insultaba a su familia, sino también su tradición, su cultura, su...

Su hilo de pensamiento se interrumpió cuando la luz que jugaba sobre la madera de vetas oscuras brilló de repente a lo largo de ella. Las llamas de las velas chisporrotearon y se distorsionaron cuando la puerta se abrió en silencio. Zahir no levantó la vista hasta que volvieron a brillar. Anna estaba de pie justo dentro de la habitación: alta, elegante y perdida. Toda su rabia se desvaneció al sentir su necesidad de ella golpear con fuerza en lo más profundo de su ser. La sangre rugió en sus oídos, borrando todo lo demás. Sólo estaba ella.

La luz captó las cuentas de cristal de su vestido y reflejó un brillo plateado en sus ojos, haciéndolos parecer casi espectrales, tal como él había imaginado. Pero no había previsto su efecto sobre él. La necesidad desgarradora seguía ahí -siempre seguiría ahí-, pero sintió su vulnerabilidad al verla allí de pie, tan insegura. Y por alguna razón le dolió.

No podía apartar los ojos de ella mientras caminaba hacia la mesa: el vestido de seda gris se movía sensualmente con cada movimiento de sus caderas.

Se levantó para ir a su encuentro, olvidándose de todos los demás.

"Anna." La cogió de la mano y tiró de ella hacia él. Sólo cuando la vio sonreír tímidamente a los demás se apartó de ella, consciente de repente de que su familia los observaba. Era

comprensible que sintieran una gran curiosidad por la viuda de Abduallah, de la que sabían tan poco.

"Te presento a Anna. Anna, mi familia".

"Encantada de conocerles por fin". Dirigió a todos una sonrisa amplia y envolvente, sus ojos conectaron con las personas de arriba a abajo de la mesa en una intimidad intuitiva que hizo que todos y cada uno creyeran que sus palabras eran sólo para ellos. "Y siento mucho llegar tarde. Matta estaba inquieto y quería que me quedara con él más tiempo de lo habitual".

Todas las mujeres asintieron con comprensión y los hombres se limitaron a sonreír con admiración: toda irritación y cualquier duda persistente sobre esta misteriosa extranjera se evaporaron como el agua bajo la plena fuerza del sol del desierto. Le enfurecía su capacidad para cautivar a la gente con una sonrisa y unas pocas palabras en voz baja y seductora.

¿Cómo se salía con la suya?, se preguntó mientras le presentaba a sus primos, tíos y hermanas: Fátima, que vivía en palacio con sus hijos, y Firyal, que venía de visita desde París. Sentó a Ana frente a él y la observó mientras seguía encantando a su familia. Parecía creer que podía hacer lo que quisiera y que todo se le perdonaría con una muestra de su encanto. Se volvió bruscamente para hablar con su tío, sin querer enfrentarse a la inquietante idea de que él tampoco era inmune a su encanto.

Anna sabía que había metido la pata hasta el fondo; sabía que Zahir no le perdonaría semejante violación de la tradición beduina. La hospitalidad era fundamental en su cultura y ella la había tratado como si no tuviera importancia. Pero Matta era su prioridad. Hizo lo que siempre había hecho cuando se enfrentaba a un fracaso: esbozar una gran sonrisa y actuar como su madre, como si no hubiera pasado nada. El problema era que cuanto más grande actuaba, más pequeña se sentía.

Sintió que la sonrisa le temblaba en los labios mientras intentaba desesperadamente encontrar fuerzas para enfrentarse al intimidante clan al-Zaman.

¿Quería Zahir intimidarla presentándoselos todos a la vez? ¿No se daba cuenta de lo aterrador que era estar rodeada de personas que, en el mejor de los casos, pensaban que su familia era una mala influencia para su hermano menor, Abduallah, y que, en el peor, la culpaban de su muerte, y que ahora tenían que enfrentarse a la perspectiva de su matrimonio con su hermano mayor?

"Anna, es un placer conocerte por fin." Fátima se levantó y besó las mejillas de Anna. "¿Puedo llamarte Anna?"

La sonrisa de Ana se relajó con alivio ante la calidez del saludo de Fátima.

"Por supuesto".

"No 'por supuesto' en absoluto. Ahora eres mi hermana mayor, a pesar de ser mucho más joven".

Anna enarcó las cejas, sorprendida.

"Pero tú eres occidental, no conoces nuestras costumbres. ¿Mi hermano -Abduallah, se entiende- no te ha explicado nada?".

"Un poco. No hablaba mucho de su casa, aunque sabía que la echaba mucho de menos".

"Y le echábamos de menos. Le queríamos en casa, mucho, pero Zahir fue incapaz de persuadirle para que volviera".

"No. Él..." Anna se interrumpió instintivamente queriendo hablar con Fátima sobre Abduallah, contarle todo el pasado que sólo ella conocía y que deseaba desesperadamente compartir con su familia.

"No hay necesidad de explicar. Zahir dijo que Abduallah no volvería porque era feliz donde estaba". Fátima se encogió de hombros. "Puede que sí, puede que no. Lo único que sé es que no era como Zahir y que Zahir no lo entendía. Pero", inclinó la cabeza, íntimamente hacia ella, "nosotras, las mujeres, sí. ¿Y Matta? Me sorprendió..." Su voz se apagó.

Anna la miró con recelo, notando la curiosidad en los ojos de Fátima. Así que al menos un miembro de la casa de Zahir sospechaba. Probablemente la única, a juzgar por la forma en que observaba a los que la rodeaban.

"Bueno, es complicado..."

Fátima le tocó el brazo. "Me lo preguntaba y no pretendía faltar al respeto con mis dudas. Era simplemente un presentimiento que tenía sobre Abduallah, pero obviamente era infundado. Puedo ver que Matta es realmente mi sobrino. Pero vamos, basta de esto que se me va la lengua". Fátima sorbió nerviosamente su agua, como si se diera cuenta de que había ido demasiado lejos.

Ana extendió la mano sobre la de Fátima y la apretó. "No pasa nada. No estoy ofendida. Agradezco tu sinceridad; comprendo tus dudas, pero tienes razón, Matta *es*, de verdad, tu sobrino".

"Sí, claro que sí. Lo siento, no quería..."

"Olvídalo. Háblame de ti. ¿Por qué has vuelto aquí? Vivías en Riad, ¿no?"

"Sí. Durante diez años, hasta que murió mi amado esposo, pero dejó poco dinero y tres hijos. Zahir insistió en que volviera a casa".

"Parece que tiene esa costumbre".

Fátima pareció sorprendida por su crítica implícita.

"Porque es jeque; porque protege y cuida de su familia y de su gente. Mi vida no ha sido nada fácil y él siempre ha cuidado de mí, aunque fuera desde la distancia. Estás en buenas manos".

Ana buscó los ojos gastados y sonrió, conmovida por la franqueza de aquella mujer cuya tristeza se contrarrestaba con un carácter alegre muy diferente al de su hermano mayor.

"Me alegro de que seas mi hermana. Es bueno no sentirse sola".

Fátima parecía sorprendida. "¿Sola? Pero tienes a tu familia en Estados Unidos, tuviste a Abduallah y ahora tienes a Zahir". Se rió. "No puedo creer que te sientas sola".

"Créeme", medio susurró Ana volviéndose completamente hacia Fátima, "mi familia no es tan numerosa como la tuya, ni tan unida. Y Zahir, bueno, es un hombre ocupado".

"Para ti, no". Fátima inclinó la cabeza para hablar confidencialmente con Ana. "Nunca he sabido que dejara de trabajar, hasta ahora. Estuvo en guerra gran parte de su juventud. Y cuando llegó la paz, tuvo que asegurarse de que volviéramos a ser ricos. Así eran las cosas. Sólo ahora, contigo, he sabido que se tomaba un tiempo fuera de su negocio".

"Supongo que quiere asegurarse de que no voy a ninguna parte."

"¿Y adónde irías? ¿Por qué querrías? No, él te quiere a ti. Mira cómo te mira".

Anna levantó la vista y captó la mirada de Zahir. Sus ojos oscuros estaban fijos en ella, atentos como siempre, pero esta noche tenían una cualidad diferente. Lo intentó, pero no pudo apartar la mirada. Tal vez fuera el resplandor de las velas lo que daba a su expresión una calidez seductora. O tal vez fuera su propia necesidad de seguridad en aquel entorno ajeno, entre extraños. Sea como fuere, su mirada, aunque todavía ardiente, no la abrasó esta noche, sino que la envolvió, la envolvió y la sostuvo como la calidez de la brisa del desierto una vez caída la tarde.

El suave toque de la mano de Fátima sobre la suya rompió el hechizo.

"¿Lo ves? No tienes nada que temer de la soledad, nunca más".

Ana se sorprendió ante las palabras de Fátima. Había sido su necesidad de romper la conexión con su familia lo que la había impulsado con fuerza hacia la independencia y la libertad. Pero ahora, los tentáculos de la familia y las relaciones estaban enrollando lentamente sus lazos intrusivos a su alrededor, atrayéndola hacia ellos. Dio un sorbo al agua helada, saboreando su efecto frío en el cuerpo, intentando calmar el pánico creciente.

¿No había forma de salir de ese palacio que era una fortaleza; no había forma de escapar de esa familia cuyo sentido de la lealtad y el deber los unía; no había forma de evitar a ese hombre que la llamaba con la misma seguridad con la que llamaba a su halcón, exigiendo su captura?

"Espero que me permitas ayudarte la semana que viene, en los preparativos de la boda".

"Boda". Anna repitió en voz baja, sintiendo que las puertas de hierro se cerraban con un tintineo a sus espaldas. Su mente volvió a la forma en que el halcón había temblado de excitación al contacto con Zahir, aceptando su orden.

"Zahir lo ha organizado, por supuesto, pero me encantaría ayudarte personalmente a prepararte, si me lo permites... Ahora sólo tienes cuatro días".

"¿Cuatro días?"

"Lo siento, ¿no lo sabías?" Fátima miró ansiosamente a Zahir. "Oh cielos. Entonces no le gustará que te lo haya dicho".

"Bueno, es bueno que alguien lo haya hecho".

Por la forma en que Fátima miraba a Zahir, pudo ver que éste estaba acostumbrado a que su familia hiciera todo lo que él decía, obedeciendo todos sus deseos, anticipándose a todas sus exigencias. No era de extrañar que pensara que podía hacer lo mismo con ella. Era una tradición de la que podía prescindir.

"Un descuido, seguro. Pero no hay por qué preocuparse, todo estará listo a tiempo. Zahir ordenó que los preparativos comenzaran hace un mes. Tiempo de sobra para tenerlo todo dispuesto. Es muy organizado".

Organizada no fue la palabra que le vino a la mente a Anna. Se lo había propuesto ayer. Ella había dicho "sí" ayer. Pero él había organizado la boda hacía semanas. Estaba tan seguro.

"Zahir controla todo por aquí, ¿no?"

Fátima se encogió de hombros. "Por supuesto. Como he dicho, es el jeque. Así que mañana le esperaré, como manda la tradición".

"¿Y lo hacemos todo por tradición?"

"Naturalmente. Es tradición por una razón: porque funciona". Sonrió con simpatía. "Pronto te acostumbrarás a nuestras costumbres. Todo el mundo hace las cosas según las costumbres de su país".

Anna negó con la cabeza. "Yo no. Yo hago las cosas a mi manera".

Fátima sacudió suavemente la cabeza. "Ya no, Ana. Ahora es *nuestro* camino. No te resistas. Después de todo, sigues una buena tradición. Te casas con el hermano de tu difunto marido. Eso es bueno. Ayuda a fortalecer los lazos familiares. Sólo desearía que mi pobre marido tuviera un hermano disponible. Pero aún así, estoy aquí con Zahir, con mi familia. Y él es un buen hombre".

Un buen hombre. Las palabras resonaban en su cabeza. Parecían tan alejadas de la verdad. Era un hombre duro, un hombre controlador, un guerrero que vivía en un mundo civilizado. Era un hombre magnético. ¿Pero bueno?

El resto de la velada transcurrió entre charlas y cumplidos. Todos los temores de rechazo y desconfianza de Anna se evaporaron ante el genuino interés y la calidez de la familia de Zahir. Para cuando se sirvió el café, Anna descubrió con sorpresa que había disfrutado de verdad.

Descubriendo más cosas sobre la familia al-Zaman, había llegado a comprender un poco más a Abduallah... y a Zahir.

De repente, Ana se dio cuenta de que se había hecho el silencio. Levantó la vista y vio que Zahir se había levantado y estaba frente a ella.

"Ven, Anna. Debemos irnos. Tenemos asuntos que atender".

"¿Ahora?"

Sonrió con fuerza. "Sí, de lo contrario no lo habría mencionado".

Sonrió a Fátima y, dando las buenas noches a los demás, siguió a Zahir fuera de la habitación y hacia el corredor a lo largo del cual parpadeaban las llamas de enormes antorchas, enviando haces de luz a sus elevadas alturas.

"¿Negocios? ¿Qué negocios?"

"Ya lo verás. También nos dará tiempo a hablar".

"Hasta ahora no parecías precisamente demasiado ansioso por hablar conmigo".

"Creo que puedes asumir razonablemente que estoy enfadado".

"Y creo que puedo asumir razonablemente que siempre estás enfadado".

"No. Sólo cuando la gente es imperdonablemente grosera. Llegaste tarde. Es imperdonable llegar tarde".

"Matta estaba demasiado cansado. Necesitaba estar con él para calmarle".

"Para eso está Muma Yemena".

"Me quería a mí".

"Tenías que estar aquí. Cumplir con tu deber".

"Mi deber es con mi hijo".

"Tu hijo necesita endurecerse. Ahora serás mi esposa. Tus deberes son amplios: están con la familia por encima de todo, deben respetar nuestra cultura, nuestras costumbres, a mí".

"Tendrás que perdonarme". No pudo evitar que se le colara un tono sarcástico. "Mis costumbres son diferentes a las tuyas. No tengo sentido del deber hacia mi familia".

Se detuvo y abrió una puerta. "No. Por supuesto que no."

Anna entró en la biblioteca, llena de libros del suelo al techo. Encima, un altillo aprovechaba la altura del techo para colocar otra capa de estanterías. Olía a libros viejos, cuero y café fuerte. Aparte de los libros, la sala estaba dominada por un gran escritorio revestido de cuero, frente al cual Zahir sacó un asiento para Anna.

Se sentó, pero no esperó a que él tomara el control.

"Tengo entendido que nos casaremos al final de esta semana."

"Sí."

"¿Ibas a molestarte en decírmelo?"

"Por supuesto. No es un tema para charlas ociosas, aunque mi hermana obviamente lo crea así. Es un asunto de negocios. Y por eso quería reunirme con usted ahora. Para completar el papeleo".

"Matrimonio es igual a papeleo. Interesante".

"No más inusual que tu propio matrimonio".

"Al menos yo participé activamente en ello".

"Toma. Tienes que firmar esto".

"¿Qué son?" No se los acercó ni intentó leerlos.

"Un prenupcial. Si te vas sin mi acuerdo en cinco años, Matta se quedará conmigo y tú perderás los fondos que pretendo regalarte".

"¿Y eso es cultura bedu tradicional?"

Le brillaron los ojos. "No. En la cultura bedu tradicional la mujer pasa a ser propiedad del hombre. Pero ya no vivimos en la Edad Media..."

"Podrías haberme engañado. Creí que eso era lo que querías: poseerme, hacer lo que quisieras conmigo". Su respiración se aceleró.

"No me interesa una transacción unidireccional. Eso no me dará ninguna satisfacción. Te quiero dispuesta; deseo disfrutar de tu placer".

Un recuerdo acudió a su mente: los dedos de él rozándole los labios mientras respiraban entrecortadamente, los ojos de él observando atentamente su rostro mientras ella alcanzaba el clímax y cómo, sólo entonces, él llegaba a su propio clímax intenso. Inspiró con fuerza y se obligó a concentrarse.

"Transacciones, negocios. A eso se reduce todo contigo, ¿no?".

"Sí. Nunca pienses que es otra cosa".

"Yo no lo haría. Dudo que tengas una onza de sentimiento genuino o afecto en ti".

La miró fríamente durante un largo instante antes de continuar. "¿Por qué te opones a esto, Anna? Toma, coge los papeles y firma".

"Los leeré primero".

"Pues hágalo". Se levantó y se acercó a un armario de intrincada talla. Encima había un pequeño hornillo que calentaba una cafetera. Junto a ella había dos tazas pequeñas.

"¿Café?"

"No, gracias."

Se inclinó sobre el escritorio, apoyando una mano en la barbilla mientras leía los papeles e intentaba ignorar que Zahir estaba a medio metro de ella y la observaba atentamente.

No tuvo que concentrarse mucho; los periódicos le resultaban tan familiares como un diario. Incluso por sus incompletos estudios de Derecho en Cornell sabía que él había sido más que justo con ella en el acuerdo prenupcial. Se había casado sin bienes y, si se divorciaba de él al cabo de cinco años, sería una mujer muy rica.

Pero a ella no le importaba la riqueza. ¿Podría renunciar a su vida? Pero no se trataba de *su* vida, ¿verdad? Se trataba de Matta. En las últimas veinticuatro horas había descubierto que Matta estaba en casa. Que éste era el mejor lugar para que se convirtiera en el hombre que ella sabía que podía llegar a ser. Le preocupaba la dura influencia de Zahir. Pero incluso esa opinión había cambiado desde que vio a Zahir en su propio entorno, con la gente a su alrededor que lo cuidaba, respetaba y admiraba. Y cómo era con Matta.

La visión del rostro alegre de Matta, mientras Zahir lo levantaba en volandas y lo colocaba sobre sus hombros, quedaría grabada en su memoria para siempre, tanto más vívida por los agudos temores que la habían precedido.

Tenía que hacer todo lo posible por su hijo y si eso significaba renunciar a su vida para poder verle crecer, que así fuera.

Firmó y apartó los papeles de ella.

"¿No hay preguntas?"

"Conozco estos documentos, los he estudiado, conozco sus implicaciones. Ya los he aceptado en espíritu. Ya está, ahora lo tienes en blanco y negro". Se levantó de la silla. "Si eso es todo, me voy a la cama".

"No. No del todo. No has leído los otros papeles".

Bajó la mirada, sorprendida. Había supuesto que no tenían nada que ver con ella. Supuso que

lo único que Zahir quería era el acuerdo prenupcial. Y lo había conseguido.

Ella no se movió, pero entrecerró los ojos y lo miró con desconfianza.

"¿De qué se trata?"

"Léelos y verás".

Los abrió y leyó.

Con los ojos muy abiertos, se quedó mirándole. El corazón le latía con fuerza y sentía el calor de la excitación inundar su cuerpo. Le temblaba la mano cuando volvió a doblarlos longitudinalmente y se sentó, incapaz de creer lo que acababa de leer, incapaz de decir una palabra.

"Lo siento. Pensé que esto sería algo que querrías".

Había confundido su falta de habla con disgusto. Pero seguía sin confiar en sí misma para hablar.

"¿No desea completar sus estudios jurídicos en Riad y París?", continuó.

"Claro que sí". No habría reconocido su voz si no hubiera sentido su aliento contra sus labios.

"¿Entonces por qué pareces como si te acabara de golpear?"

"Porque lo has hecho". ¿Cómo podía expresar su absoluta conmoción ante su oferta de que terminara la carrera de Derecho? Los arreglos que había hecho para que viniera a Qarawan habían sido bajo sus condiciones, al igual que el hecho de que le quitara a Matta, su enfado con ella, su deseo por ella... todo había sido bajo sus condiciones. Y ahora esto.

Esto era para ella.

"¿Para apaciguar tu conciencia?"

"No tengo nada por lo que apaciguar mi conciencia. He hecho lo mejor para todos al traeros aquí a ti y a Matta. Así es como funciona nuestra sociedad. Tenía que hacer lo que fuera para traeros a los dos a casa".

"¿Y esto es lo que quieres?"

"Por supuesto. Te deseo. Lo he tenido claro todo el tiempo. Pero quiero que sepas que tu vida no termina aquí. Sigue conmigo. Sigue con Matta. Sigue con tus estudios."

Volvió a bajar la vista hacia los papeles, sin atreverse a mirarle a los ojos. Los párpados se le llenaron de lágrimas. Sacudió la cabeza. Él se acercó y se colocó a su lado. Sentía su fuerza como una droga. Todo lo que tenía que hacer era cogerla. Volvería a sentirse completa. Algo que no había sentido desde la última vez que se acostó con él. Quería que la tocara. Quería que la tocara.

Pero no lo hizo. Estaba tan cerca que ella podía sentir el calor de su cuerpo. Pudo ver cómo flexionaba las manos, como si controlara su movimiento, y cómo su piel era rica, cálida y tentadora.

Lo supiera o no, había llegado a la única parte de ella que seguía siendo vulnerable: las esperanzas y los sueños arraigados en ella desde la infancia. Había llegado a esa parte vulnerable y había derribado todas las demás defensas que ella había construido contra una línea directa de ataque contra ella. Nunca había imaginado que él haría algo así.

"Toma los papeles. Tienen toda la información que necesitas. He dispuesto que estudies por correspondencia. Pero también necesitarás viajar".

"¿Pero Matta?"

"Puede venir contigo, visitarte si vas a estar fuera un tiempo. Pero no parece sensato si te vas a centrar en tus estudios. Podría estar aquí con su familia".

Ella asintió y volvió a mirar los papeles.

"No necesitarás ir a la universidad en persona inmediatamente. Matta estará instalada para entonces".

"Ya parece bastante asentado".

"Por supuesto".

"Y eso se debe a ti. Le has hecho sentirse bienvenido, como en casa. Gracias."

"Él es de mi sangre. Este siempre será su hogar. No necesita darme las gracias".

"Y gracias por esto. Es la primera vez que, bueno..."

Le tocó el pelo y ella cerró los ojos mientras las yemas de sus dedos se deslizaban suavemente a lo largo de su cabello, como un regalo de todo lo que pudiera desear.

"No tienes nada que agradecerme. Eres tú quien hará todo el trabajo".

"Pero pensaste en mí". Cómo podía decirle que nadie antes había respetado su sed de educación, su necesidad de independencia, sus esperanzas y sueños.

Le cogió la mano y se la llevó a los labios.

Frunció el ceño. "¿Y esto es inusual?"

"Debes saber que lo es".

"Pero tu propia familia, Anna, puede que fueran disfuncionales pero seguro que se preocupaban por ti".

"Posiblemente. Pero les importaba más su propia marca de escape".

Se lo pensó un momento. Frunció el ceño. "Fuiste fuerte, entonces, al no elegir el camino de tu madre y tu hermano".

¿"Fuerte"? No. Sólo diferente. Sus vidas me asustaban. Y yo era bueno en la escuela. Tenía opciones".

"Todo el mundo tiene opciones".

"No. No lo hicieron."

Sus manos le acariciaron los brazos. Sentía su aliento en la piel, olía a café y el aroma terroso de su aftershave, una mezcla de cuero y ámbar que la mareaba de deseo. Él se inclinó hacia delante. Ella cerró los ojos, su boca se ablandó preparándose para la presión de sus labios contra los suyos. En lugar de eso, sintió sus labios sobre su frente. El beso fue suave y sus labios permanecieron en su rostro durante un largo instante, lo suficiente para que ella deseara más. Entonces él se apartó.

"Ven. Es hora de dormir".

Como en un sueño, sintió que su mano la atraía hacia él mientras salían de la biblioteca y se dirigían a sus aposentos privados. La luz de la luna inundaba los pasillos, proyectando sus rayos por los corredores, revelando una magia suave en el imponente palacio, una magia seductora.

Caminaron en silencio hasta llegar al patio ajardinado que dividía sus habitaciones. El suave sonido del agua chapoteando en la fuente rompió la pesada quietud de la noche. La blanca flor del jazmín y de los naranjos parecía casi luminiscente bajo un cielo añil lleno del brillo de una luna nueva y de innumerables estrellas. Ana nunca había visto tantas. Parecía que en la oscuridad del desierto la luz, de cualquier tipo, brillaba con más intensidad. Levantó la mirada hacia los ojos de él, cuya propia oscuridad estaba ahora rodeada de la misma luz plateada.

"No puedo ser comprado, Zahir."

"No deseo comprarte. Deseo hacerte feliz".

Aspiró bruscamente, se dio la vuelta y entró sola en su habitación. No lloraría delante de él.

4

A través de la ventana abierta, Zahir vio cómo las cortinas de la habitación de Anna se mecían con la fresca brisa nocturna, al otro lado del patio.

¿Feliz? ¿Realmente quería hacerla feliz? La quería en su casa, sí; la quería en su cama, sí. ¿Pero feliz?

Se apartó bruscamente, abrió la ventana occidental que daba a las llanuras de hammada y respiró hondo. A veces añoraba los espacios abiertos y el aire del desierto, donde los únicos dictados eran los de la supervivencia.

La vida había sido sencilla entonces.

Apoyó ambas manos en la pared a ambos lados de la ventana y cerró los ojos con fuerza.

¿De qué instinto profundo habían surgido esas palabras? Sacudió la cabeza. Ni siquiera quería saberlo. Se negaba a saberlo. La única razón por la que la quería feliz era porque deseaba seducirla. Pura y simplemente.

Se desnudó rápidamente y se metió en la cama, decidido a librarse de los pensamientos incontrolables que le atormentaban. Necesitaba que el caos terminara. Impuso a su cuerpo y a su mente el viejo patrón de adormecimiento que le había permitido controlarse no sólo a sí mismo, sino también a los demás, que le había mantenido con vida a él y a sus hombres durante diez años de guerra en el desierto. Y que ahora necesitaba más que nunca.

TENDRÍA QUE DECÍRSELO.

Se cepilló vigorosamente el pelo hasta que brilló a la luz de la mañana y luego se detuvo de repente, detenida por la expresión de aprensión en sus ojos.

Pero, ¿cómo decirle a un hombre que el niño que cree su sobrino es, en realidad, su propio hijo?

Respiró hondo y siguió cepillándose el pelo.

Dios lo sabe. Pero tendría que encontrar una manera. Tenía la intención de nunca decirle a Zahir que Matta era su propio hijo. Durante años le había preocupado que le quitara a Matta. Pero ahora había pasado lo peor y resultaba que no era lo peor que podía haber pasado. Quizá, para Matta, fuera lo mejor.

Independientemente de lo que pudiera pensar de Zahir, él le había dado a su hijo un hogar y una familia como ninguno que ella hubiera podido darle. Y no sólo eso, le había dado el regalo de completar su educación: un regalo que ella no había imaginado ni en un millón de años.

Merecía saberlo. Y también necesitaba saber otro hecho que obviamente desconocía: que Matta no podía ser hijo de Abduallah porque ella nunca se había acostado con Abduallah, que Abduallah no tenía ningún interés en ella en ese sentido porque era del sexo equivocado.

De repente, sintió su presencia. Se giró bruscamente para ver su silueta contra la ya brillante luz del sol.

"¡Zahir! ¿No has oído hablar de llamar a la puerta?"

"Las puertas estaban abiertas. Imaginé que las habrías cerrado si deseabas intimidad".

¿"Privacidad"? ¿Qué es eso? Tengo un hijo, recuerda. Tengo la puerta abierta para él. No es que importe, entraría de todos modos".

"Tus costumbres occidentales me resultan muy extrañas. Necesitaremos intimidad cuando nos casemos".

Ella se sonrojó mientras su mente seguía la deriva de sus pensamientos. "¿En serio?" Le miró fijamente a los ojos.

"Cuando hacemos el amor".

Sus ojos la acariciaban con la misma seguridad que si sus dedos tocaran sus labios y sus manos trazaran las curvas de su cuerpo. Ella respiró hondo.

"Recuerda, eso no es parte del acuerdo".

"No tiene por qué". Sus ojos contenían a la vez tranquilidad y calor: un delicado equilibrio que le impedía huir pero no le impedía desear. Tragó saliva.

"Date la vuelta, Anna."

Ella entrecerró los ojos, no se fiaba de él. "Prometo no tumbarte en la cama y cogerte aquí y ahora. Al menos, todavía no". Fue todo lo que pudo hacer para contener el pequeño suspiro que provocaron sus palabras. No podía moverse. En lugar de eso, él se colocó detrás de ella.

"Hola, ¿qué haces?"

"Quédate quieta". Le levantó el pelo con suavidad y dejó caer un collar frío alrededor de su garganta. "Quería darte esto a modo de disculpa".

"¿Tú, disculparte?"

"Debería haberte contado lo de la boda antes de que te enteraras por mi hermana".

"Sí, deberías. Pero hay tantas cosas que deberías haber hecho que me sorprende que hayas elegido sólo ésta para disculparte."

"Sólo lamento esto". Terminó de colocar el collar en su sitio. "Era de mi madre, por supuesto, y ahora tuyo".

Tocó las gruesas piedras y la levantó para ver cómo un grueso hilo de esmeraldas y diamantes proyectaba luz sobre las paredes y el techo al girarla entre sus manos.

"Dios mío. Es precioso". Ella le miró a los ojos. "¿Estás segura? ¿Realmente quieres que tenga esto?"

"Nos vamos a casar, Anna. Debería ser tuyo. Quiero que lo tengas".

Sentía su pecho tan cerca de la espalda que le resultaba casi imposible resistir el impulso de apoyarse en su fuerza. Pero lo resistió. Se concentró en el collar del espejo y luego lo miró por debajo de las pestañas. Sus ojos también brillaban, tal vez como reflejo del collar.

"Gracias. Es precioso".

"Eres preciosa". Frunció ligeramente el ceño y, casi distraídamente, apartó un grueso mechón

de pelo de su collar, como para admirarlo mejor. "Pero tienes que darte prisa. Fátima te estará esperando. Y yo me iré unos días, como manda la tradición".

Suspiró. "Sí, lo sé. Fátima me lo dijo. Estoy casi lista".

Se recogió el pelo en una trenza francesa y luchó por contenerlo en el peine antiguo de marfil que había encontrado en su tocador.

"Déjame ayudarte".

Con un giro practicado le recogió el pelo y lo atrapó con el peine.

"¿Dónde aprendiste ese truco?"

"El peine también era de mi madre. Solía verla arreglarse, ayudarla a veces".

"¿Tu madre?" Ella se volvió para mirarle fijamente. "Pensé que apenas la recordabas."

Hubo un largo silencio. "Uno recuerda momentos, fragmentos de recuerdos". Abrió la puerta y se puso a un lado. "Fátima te estará esperando".

Caminaron por el soleado pasillo en silencio durante unos instantes, mientras Anna asimilaba las imágenes que pasaban por su mente: la de un niño que observaba con tanta atención el peinado de su amada madre que era capaz de repetir el mismo movimiento dos décadas después, la de un niño que la perdió siendo demasiado joven.

"Por favor, cuéntame más sobre tu madre. Abduallah nunca habló de ella".

"Era demasiado joven. Él nunca la conoció y Madre nunca lo conoció a él".

"Le habría gustado tanto como amado".

"Por supuesto. Todos lo hicimos. Habría tenido una gran vida si no se hubiera rodeado de influencias negativas".

Se detuvo bruscamente en la entrada de la biblioteca. "Tenemos que hablar. Me culpas, pero no conoces toda la historia".

"Conozco el final de la historia. Murió. Es suficiente".

"No, en serio, hay algunas cosas que debes saber".

Sacudió la cabeza. "No. Hay algunas cosas *que* debes saber. Abduallah no era sólo mi hermano, encarnaba todo aquello por lo que yo luchaba. Aquellos años pasados medio muerto de hambre en el desierto, con sangre en las manos y en el corazón, era su imagen la que tenía en mi mente; era lo único que me mantenía cuerdo. Todo lo que hice lo hice para que *él* pudiera ser libre y llevar una buena vida beduina. Nada podía mancillar esa imagen. Nada. Así que no lo intentes".

"No quería, no podía, mancillar su imagen. Pero era un hombre con problemas..."

"Su único problema fue que salió de Qawaran y conoció a gente que se aprovechó de él".

"Supongo que te refieres a gente como yo".

Cerró los ojos brevemente y suspiró.

"No. No creo que te aprovecharas de él. Creo que te preocupabas de verdad por él, pero fue la influencia de otros lo que le llevó a la muerte."

"Lo siento. Pero..."

Le puso la mano en los labios. "Anna, por favor, déjame mis recuerdos de él".

Lentamente, ella asintió con la cabeza. Se llevó la mano a los labios y la besó. Sabía algo, quizá sólo un poco, pero lo suficiente para saber que no quería saber más.

"Debo irme ahora, pero te veré cuando regrese, la noche antes de la ceremonia".

Ella sintió un aleteo de nervios y él entrecerró los ojos.

"¿Sabes qué hacer en la ceremonia?"

Ella asintió. "Ya lo he hablado con Fátima. Es que hay tanta gente aquí, se espera tanto de

mí".

"Cuando entres en la habitación, mírame".

Sonrió. "¿Y no te gustaría?"

Esbozó una sonrisa secreta, se dio la vuelta y se alejó, con sus suaves pisadas enfundadas en cuero como único sonido en el eco del vestíbulo.

Le observó marcharse, consciente por primera vez de que aquel hombre fuerte tenía una vulnerabilidad interior que había encapsulado cuidadosamente en piedra. Estaba haciendo todo lo posible para asegurarse de que nada llegara a ella. Si Abduallah había encarnado la esperanza de Zahir en el futuro, ¿qué le haría saber a Zahir que Abduallah se había precipitado por el camino de la autodestrucción mucho antes de conocer a Anna? ¿Qué haría si supiera que las mismas tradiciones que Zahir apreciaba habían destruido a Abduallah? Como homosexual -aunque célibe-, Abduallah creía, con razón o sin ella, que nunca podría estar a la altura de lo que su familia y su cultura esperaban de él, y se había odiado por ello. El odio lo había carcomido hasta el punto de querer destruirse el cuerpo, con la misma certeza con la que se estaba carcomiendo el alma. Y Anna no había podido hacer nada para ayudar a su mejor amigo.

No, no se lo diría a Zahir. Él seguiría despreciándola por su aparente deslealtad a Abduallah y por las mentiras que había dicho para mantener su secreto, pero ella podría soportarlo por el bien de Abduallah y de los recuerdos de su amigo que yacían en lo más profundo del corazón de su familia.

DESDE SU POSICIÓN PRIVILEGIADA, escondida en una cueva excavada en la escarpa de arenisca en lo alto del palacio junto a uno de los muchos manantiales, Anna observó cómo el convoy de todoterrenos de Zahir atravesaba el desierto de regreso al palacio.

Durante tres días y tres noches, Zahir había estado ausente, en el desierto con su gente. Pero ahora regresaba. Se dio cuenta con repentina claridad de que le había echado de menos. Era tan fuerte que quería aferrarse a él; era tan vulnerable interiormente que quería luchar por él; era tan exasperante que quería gritarle. Era todo lo contradictorio y lo había echado de menos.

Deseaba desesperadamente verle, pero sabía que era poco probable. Estaría ocupado. Cerró los ojos y recordó cómo la miraba, con el calor y la intensidad a los que se había acostumbrado. Al principio había sido demasiado feroz. Pero se había calmado, se dio cuenta, igual que su propia amargura se había desvanecido. Aún quedaba el calor, pero todas las emociones destructivas habían desaparecido.

Sacó el collar del bolso y lo expuso a la luz, que se desdoblaba en arco iris al atravesar las piedras de múltiples facetas. Cerró los ojos. Pero aun así, cerrar los ojos, cerrar el corazón, contra esa luz, no impedía que entrara. ¿Qué sentido tenía entonces negarse?

ZAHIR SE DETUVO en el umbral de la cueva y miró a Ana. Tenía los labios curvados en una leve sonrisa, como si soñara con algo maravilloso. Tenía la cara ligeramente sonrojada y unas pecas en el puente de la nariz la hacían parecer ridículamente joven. Tenía buen aspecto, mejor que cuando llegó. La buena comida y el descanso la habían nutrido. Vio cómo sus párpados parpadeaban ligeramente y se abrían.

"¿Qué estabas soñando? Parecías tan tranquilo".

"¿Crees que estoy soñando contigo, Zahir?" Su tono era suavemente burlón.

"No. No deseo inspirar tanta paz".

Se rió. "Y tú no. Créeme". Le sonrió. "Ven, túmbate aquí y te contaré lo que estaba soñando".

Levantó las cejas pero, para su propia sorpresa, se encontró tumbado de lado, frente a ella.

"Tan obediente". Una sonrisa jugó en sus labios.

"Sólo porque me permite observarte más de cerca".

"Cierra los ojos".

"Eso no lo haré".

Suspiró. "OK entonces, sólo escucha. ¿Qué oyes?"

"Agua".

"Exactamente. Soñaba con lluvia. No del tipo estruendoso, sino lluvia realmente suave y apacible. El tipo de lluvia que es apenas más fuerte que la niebla, pero puede penetrar en la tierra dura. Ese es el tipo de lluvia que estaba imaginando".

"Aquí llueve."

"Sí, claro. ¿Cuándo?"

"Pronto. Las lluvias llegarán pronto. Y entonces verás los milagros".

Estaban a medio metro el uno del otro, pero ninguno se acercó más.

"Milagros. ¿Suceden? No lo creo".

"Entonces sabes muy poco. Los milagros ocurren si abres los ojos y ves".

El humor desapareció de su expresión mientras buscaba sus ojos. "Mis ojos están abiertos ahora".

"¿Y qué ves?"

"Tú".

"¿Y yo no soy un milagro?"

Enarcó una ceja. "En cierto modo, sí. Es un milagro que una sola persona pueda contener tal engreimiento".

"No". Su expresión seguía siendo seria. "Lo digo en serio, Anna. Me has hecho un milagro. Sin que yo sepa cómo lo has hecho, me has robado la ira. *Eso*, es un milagro".

"¿Y qué ha sustituido tu ira?"

Extendió la mano y le tocó suavemente la mejilla con la punta del dedo índice.

Anna cerró los ojos involuntariamente ante su contacto. Era el más leve de los roces, pero tenía la fuerza de una cerilla que incendiaba su piel y su cuerpo.

Ella cerró los ojos con más fuerza mientras el dedo de él susurraba una caricia, trazando la línea de su pómulo y redondeando bajo su oreja, antes de que el dorso de sus dedos rozara ligeramente su mandíbula. El tiempo parecía haberse ralentizado, permitiendo que su mente y su cuerpo registraran cada pequeño movimiento contra su piel. Físicamente era tan suave como una ráfaga de viento cálido contra la piel caliente: sin contrastes, sin apenas contacto. Pero sensualmente su tacto era como la caricia del fuego sobre el hielo que se había mantenido congelado durante demasiado tiempo.

Sólo cuando dejó de sentir el calor de su contacto, pudo controlar sus emociones lo suficiente como para abrir los ojos. No quería que él viera lo que sentía. Todavía no.

Lo que vio al abrir los ojos fue una inesperada ternura en aquellos ojos oscuros, exquisitamente azotados.

"Dime Anna, ¿por qué no me dejas hacerte el amor?"

No respondió inmediatamente. Las respuestas se formaron en su mente: las brillantes, rápidas

y fáciles que siempre habían formado parte de su máscara y las afiladas y defensivas a las que había recurrido cuando había sentido que su máscara se caía. Pero ninguna de ellas podía ayudarla ahora. Sólo la verdad.

"Ya sabes por qué".

Sacudió la cabeza. "No. Dímelo".

"Has hecho de mi vida un infierno desde que Abduallah murió."

"Eso era antes. Esto es ahora. Creo que he dejado de hacer de tu vida un infierno".

"Porque tienes lo que quieres".

Asintió con la cabeza. "Así es. Así que dime, ¿todavía me odias?"

Ella frunció el ceño. "Te llevaste a mi hijo sin mi permiso, me has chantajeado para que me case contigo. ¿Qué te parece?"

"No lo sé. Por eso te lo pregunto. Espero que ahora te des cuenta de por qué hice esas cosas. ¿Todavía me odias?"

¿Cómo podría, mirándole a los ojos? No, no sentía odio, sólo deseo. Pero aun así no podía decirlo, no podía admitir que todo lo que él había predicho se estaba cumpliendo.

"Yo, yo no puedo pensar en eso ahora."

Ella se apartó, desesperada por poner distancia entre ellos, física y emocional. Él se levantó primero y tiró de ella hasta colocarla a su lado.

"Entonces, ¿cuándo?"

"¿No es suficiente que me case contigo? Mañana voy a desfilar ante tu gente como un trofeo y eso, no me apetece".

"Si le sirve de consuelo, la mayor parte es para los nuestros. Tenemos el papel protagonista, pero sólo durante un rato. El resto del tiempo es para ellos".

Ella asintió y miró hacia las llanuras.

Se acercó y le cogió la mano. Le rozó el dorso con el pulgar.

"Quiero odiarte". Su voz era baja. No apartó la mano.

"Pero tú no".

Sacudió la cabeza.

"¿Qué ha cambiado?"

"Tú. Comprendiéndote".

"Bien. Ven aquí."

"No. Estoy viendo a Matta ahora, ha estado practicando un baile para que él y sus primos actúen en la boda". Ella trató de alejarse torpemente. "Debo irme. Ahora."

Sonrió y siguió cogiéndole la mano; su agarre era suave pero firme.

"Matta se está adaptando muy bien". Zahir giró la mano de ella entre las suyas, estudiándola con un aprecio que le produjo escalofríos por todo el cuerpo. "Su lenguaje, su comportamiento, uno nunca sabría que no ha nacido en Qarawan".

"Lo ha hecho muy bien. Estoy muy orgullosa".

"Le has educado bien. Le has dado los cimientos sobre los que puede dar un paso adelante en lo que debe haberle parecido una cultura extraña."

"Le di amor, eso fue todo lo que pude hacer".

"Eso fue obviamente suficiente".

Cerró los ojos cuando su mano rozó el dorso de la suya en una caricia fugaz que le produjo escalofríos de excitación en el brazo.

"Zahir, debo irme". Pero ella no hizo ningún movimiento para irse, paralizada por la mirada

de él.

Lentamente la atrajo hacia sí y la besó en los labios. Fue tan suave como su tacto y tan impactante. Su beso no tenía nada de insistente. Sus labios rozaron los suyos antes de abrirse suavemente y acariciar los suyos. No se parecía a ningún otro beso. Todo su ser se concentró en esa caricia. Y todo su ser quedó devastado cuando el contacto se retiró.

"Ahora, ve a ver a mi sobrino."

Anna se apartó como obligada por sus palabras. La estaba cortejando y funcionaba. Pero todo se basaba en una falsedad con la que no podía seguir viviendo.

5

Fátima se apartó y observó el reflejo de Ana en el espejo con ojo crítico. "No. Necesitamos más base. ¡Anna! Las americanas estáis muy pálidas".

"¡Basta!" Anna se llevó las manos a la cara y se levantó de la silla alrededor de la cual se agrupaban las mujeres. No aguantaba más. Tres horas de quejas y parecía una muñeca Barbie teñida de naranja.

Fátima intercambió miradas con los demás y los despidió de la habitación.

"¿Qué pasa, Anna?"

Anna se miró en el espejo. "Mírame. Ni siquiera parezco yo". Cogió un algodón y empezó a limpiarse el maquillaje de la cara.

"Es tradición, es..."

"Todo es tradición. Estoy harto de tus tradiciones. ¡Fátima! No soy yo. Lo siento, sé que has estado trabajando duro pero ya he tenido suficiente."

Era el turno de Fátima de enfadarse. "Entonces deberías haber dicho algo antes en vez de estar ahí sentada como una especie de maniquí congelado".

"Lo sé. Lo siento, lo siento, lo siento."

"Decirlo tres veces no lo hará mejor".

Anna miró a Fátima a los ojos, reflejados en el espejo, y se dio cuenta de que la había herido de verdad. Buscó a tientas su mano detrás de ella. "Soy tu hermana pequeña, ¿verdad? Y a veces las hermanas pequeñas pueden ser estúpidas".

"Eres mi hermana mayor, no lo olvides. Lo que, según tu lógica, me convierte en la estúpida". Fátima apretó la mano de Anna. "Ahora dime de qué se trata realmente". Fátima se sentó junto a Anna.

Anna apoyó los codos en el tocador, frente al espejo, y se frotó los ojos con las palmas de las manos, emborronando el maquillaje negro que tenía alrededor.

"No puedo evitar pensar en Abduallah".

"Ah". Fátima se sentó como si todo hubiera sido explicado. "Abduallah. Era un chico tan divertido, siempre haciendo travesuras y tan guapo".

Anna bajó los ojos. "Al final no es tan bonito". Iba a continuar hasta que vio el ceño herido de Fátima. "Mira, lo siento. Tienes razón. Estoy siendo tonta. Tal vez sólo necesito un poco de tiempo para mí".

Fátima asintió con la cabeza, sus pensamientos, obviamente, todavía dando vueltas a las

palabras de Anna. "Tienes cinco minutos y luego volveremos".

Anna sonrió. "Sólo cinco minutos y luego prometo que me comportaré, pero sin cimientos".

Fátima se encogió de hombros. "Si quieres estar pálida como un lirio el día de tu boda, allá tú".

Anna asintió. "Así es".

La sonrisa de Fátima era diferente a la de la mayoría de la gente, pensó Ana. Empezaba en los ojos, se extendía por sus redondeadas mejillas y hacía que sus labios se curvaran en último lugar. Era como la de Zahir, salvo que la sonrisa de Zahir se quedaba en sus ojos y no iba a ninguna otra parte. Llevaba demasiado tiempo manteniendo un rostro impasible ante el mundo como para permitirse la dulce curvatura de labios que mostraba Fátima.

Cuando la puerta se cerró en silencio, Anna se deslizó hasta el frío suelo y se apoyó en la pared. Cerró los ojos y dejó que los recuerdos que no se quedaban quietos, que no hacían lo que se les decía, inundaran su mente.

Recuerdos de Abduallah, la última vez que lo había visto, mientras caía en un sopor del que no podía despertar. Si Fátima pensaba que estaba pálida, entonces no habría reconocido a Abduallah. Su piel se había vuelto de un color gris pergamino y se había hundido secamente en su cráneo. Ni siquiera recordaba sus ojos porque él siempre los mantenía cerrados para ella. Cerrados a la vida.

Se obligó a recordar al verdadero Abduallah, el que había conocido en una fiesta, tan encantador y amable, tan guapo y, según ella, tan honesto. Sólo después de la breve boda en el registro civil le dijo la verdad: que necesitaba a Anna para demostrar a su familia que era heterosexual. Pero no lo era.

Ella había organizado rápidamente el divorcio, pero su afecto por él no se había desvanecido y aceptó presentar un frente unido para conocer a su hermano. Y después, cuando Abduallah vio al bebé, nunca le preguntó quién era el padre -aunque ella sospechaba que lo sabía- y estaba encantado, adoraba al niño.

Pero no lo suficiente para detener la lenta espiral descendente. Ella había intentado salvarle, decirle que no se rindiera, que había una vida para él. Pero la imagen de su mundo implacable estaba muy arraigada y él se rindió.

Y esa era la imagen que ahora tenía ante sí: su rostro, devastado por las drogas y la desesperación. Y no era una imagen que pudiera compartir con su familia.

No se había dado cuenta de que Fátima había entrado hasta que sintió su ligero toque en el hombro.

"No llores, Anna. Todo irá bien. Abduallah no querría que fueras infeliz".

Anna se llevó temblorosamente la mano a los ojos, intentando ocultar su dolor a Fátima. Lo había mantenido oculto durante tanto tiempo, atado con fuerza en su interior para que Matta no lo viera, para que nadie lo viera. Pero Fátima tiró de la mano de Ana. "No te escondas de mí, Ana. Tu tristeza es mi tristeza. Somos familia".

Pero, por alguna razón, eso hizo llorar más a Ana. Fátima se arrodilló frente a Ana y la atrajo hacia sí, la rodeó con los brazos y dejó que Ana sollozara en su hombro.

Al cabo de unos minutos, cuando se calmaron los sollozos, Fátima apartó a Ana y la miró críticamente. La puso de pie y la sentó frente al espejo.

Ana sonrió -una sonrisa acuosa- a Fátima.

"Gracias.

"Así debería ser", bromeó Fátima mientras abría la puerta para que las demás volvieran a

entrar. "Señoras", suspiró pesada y teatralmente. "Me temo que tendremos que empezar de nuevo".

ANNA YA HABÍA ESTADO ANTES DENTRO de la mezquita del palacio, pero no cuando estaba llena de gente vestida con sus ropas y joyas más extravagantes, no cuando toda la atención se centraba en una persona: ella.

Miró hacia arriba, por encima de la gente y de la complejidad selvática de los pilares, y fijó su mirada en la multitud de lámparas y velas ornamentadas bajo las que la sala parecía brillar con una luz inestable.

Bajo la ligera protección del velo de encaje, Anna buscó a Zahir y lo encontró. Sus ojos, como los de todos los demás, estaban fijos en ella, tal como había dicho que estarían. La sala llena de gente parecía desvanecerse bajo la luz resplandeciente y sólo quedaban ella y Zahir, un único camino a seguir, un efecto que se veía reforzado por el dibujo de espiga incrustado en el suelo de piedra que la conducía hasta él.

Entonces se dio cuenta del arrastre de la larga y adornada cola que caía detrás de ella; la rigidez del corpiño con incrustaciones de cristal que brillaba bajo las luces cambiantes y el resplandor y el brillo del velo de satén y encaje gris pálido.

Poco a poco, los murmullos de los cientos de personas reunidas en la mezquita y la música atronadora se desvanecieron de sus oídos. Simplemente se concentró en él, casi comunicándose a través del espacio abierto con él. Era la única forma de superar aquello. Él también vestía una túnica exquisita, sus ojos eran más claros de lo que ella los había visto, una sonrisa se dibujaba suavemente en sus labios. Casi, pensó ella, como si estuviera feliz.

Le cogió la mano cuando llegó hasta él y se sentaron uno al lado del otro en unas sillas ornamentadas en dorado.

"Estás preciosa". Le susurró al oído. Pero fue el apretón de su mano lo que más la reconfortó. Respiró hondo y dejó que el mundo volviera a entrar.

Siguió cogiéndola de la mano mientras se volvía hacia los presentes y asentía con la cabeza. Una simple inclinación de cabeza, pensó Anna, fue suficiente para dar comienzo al acto. Persona tras persona se acercaba a ellos con regalos y discursos, rindiendo homenaje a su jeque y celebrando con él su tan esperado matrimonio. A pesar de las palabras tranquilizadoras de Zahir, se sentía como un fraude. Ninguna de estas personas sabía que el matrimonio era una farsa y que terminaría en cuanto Zahir se hartara de ella.

La mezquita se sumió en un respetuoso silencio mientras el imán pronunciaba su discurso. Anna sólo pudo entender un poco de lo que dijo, pero supo que se trataba del honor y que pedía a Zahir que prestara atención a sus palabras. Zahir inclinó la cabeza en señal de digno acuerdo. El imán se volvió hacia Ana y, en lugar del padre que nunca conoció, le dio la mano a Zahir. Dos beduinos mayores firmaron el contrato matrimonial y Anna no supo que estaba casada por segunda vez hasta que la multitud la aclamó.

Era una farsa. Era lo único que podía pensar mientras los gritos de felicitación resonaban en el aire. Todo era una farsa. Estuvo aquí el tiempo que Zahir tardó en cansarse de ella. Y esa era la verdad.

Entonces sintió que se le escapaba algo.

Zahir inclinó la cabeza y le susurró al oído.

"Mantente fuerte, Anna. Ahora estamos casados. Sólo tenemos una recepción y luego serás libre".

Cerró los ojos brevemente ante la ironía de sus palabras.

Le ofreció la mano. "Ven."

Ya no había tiempo para dudar y ella le cogió de la mano. Él la condujo a través de la mezquita y la multitud los siguió en una procesión que desembocó en la sala de recepciones. Allí volvieron a sentarse en dos sillas elevadas por encima de las demás, como si pertenecieran a la realeza, y ella se dio cuenta de que así era.

Una ceremonia se fundió en otra. Los brindis, el intercambio de los anillos del dedo índice derecho al izquierdo, los discursos, los bailes, los homenajes; ella permaneció sonriente durante todo ello y se acordó de Abduallah. Debería haber estado aquí y lo habría estado si no hubiera creído que la misma cultura que tanto amaba le rechazaría si supiera la verdad sobre él. No pudo evitar creer que estaba equivocado y que una cultura tan cálida y vibrante, con reputación de hospitalidad y amabilidad, sería inclusiva y acogedora con todos, especialmente con una de sus personas más vulnerables, sobre todo con Abduallah.

YA ERA TARDE cuando Zahir se inclinó hacia ella y habló en voz alta por encima de la música.

"Ya podemos irnos. Se espera".

Se levantó y todos dejaron de hacer lo que estaban haciendo y se inclinaron.

Zahir la había estado observando todo el día y sabía que había algo detrás de la fachada cortés y sonriente. Podía verlo en sus ojos. Pero no dijo nada. Ya habría tiempo para eso más tarde.

Zahir la cogió de la mano y se la llevó, mientras la música de los instrumentos de cuerda los seguía inquietantemente por los pasillos iluminados con llamas hasta su suite.

Ella se detuvo, momentáneamente, antes de entrar en la habitación. Él sintió su vacilación, su inquietud.

Siguió su mirada mientras ella recorría su habitación, intentando verla a través de sus ojos. No había estado allí antes. Era más grande que la suya y, aunque no tenía tantos detalles lujosos, era igual de sensual con las alfombras ricamente tejidas sobre el suelo de piedra, las cortinas de seda que temblaban con la brisa cálida y el suave aroma a jazmín que llenaba el aire.

Consciente de cada matiz de su estado de ánimo y emoción, la oyó exhalar el estrés de la boda y ella reveló con una rápida mirada que se había despojado de la imagen pública que había estado mostrando todo el día. Aquella era la Anna que sólo él conocía: sensible, vulnerable y cálida. Pero también estaba cansada. Sus dedos acariciaron involuntariamente las sombras oscurecidas bajo los ojos. Quería besarla, abrazarla, hacerle el amor, pero no podía. Aún no estaba preparada.

"Pareces muy cansado. Tu cara está tensa".

"No me sorprende. Me siento como si hubiera estado en un escenario, representando el papel de mi vida, durante las últimas ocho horas."

"No me digas que no estás acostumbrado a actuar. Te he visto asumir un papel, te he visto actuar un papel. En la cena aquella primera noche".

"A veces es necesario fingir" -se encogió de hombros- "para ocultarme".

"No más. No finjas más conmigo, Anna. Ven. Le tocó la cara, cerró los ojos ante la sedosidad

de su piel y dejó que su dedo bajara hasta la línea de su mandíbula, donde lo trazó hasta su oreja. Era realmente exquisita. Suspiró y la llevó a sentarse.

Se sentó frente a ella para admirar su belleza.

"¿Por qué ya no finges, Zahir? ¿No sigo actuando? No finjas que esto es un matrimonio de verdad porque no lo es. Siempre lo has dejado muy claro".

"Quiero que sea lo más real posible. El imán habló de la necesidad de honrarnos los unos a los otros y yo creo en eso. Lo haré. Pero para el honor necesitamos la verdad".

Anna suspiró. "La verdad. Quiero decirte la verdad pero no creo que quieras escuchar".

"Ridículo, claro que sí".

"¿Sobre Abduallah?"

Se removió en el asiento y se quitó una mota de polvo imaginario. ¿"Abduallah"? Sé la verdad sobre Abduallah. Era mi hermano".

"Zahir, estuviste fuera gran parte del tiempo mientras él crecía".

Se levantó bruscamente y se dirigió a la ventana que daba a la llanura, buscando consuelo en el oscuro vacío que los rodeaba, igual que había aprendido a sacar fuerzas del desierto cuando era un niño en guerra. Lentamente se volvió hacia ella. "Ana, era mi hermano y yo lo conocía. Era todo lo bueno de mi familia, de mi pueblo: lleno de vida y encanto".

"Hacia el final no lo era. Sí, era encantador. Tenía un corazón amable y gentil, pero no era uno que estuviera a gusto con el mundo".

Se agarró a la piedra redondeada del muro que rodeaba la ventana. "No", negó con la cabeza. "Te equivocas".

Tenía que estar equivocada. Sintió su mano en el hombro, tentativa al principio, como si no estuviera segura de si debía hacerlo. Pero entonces ella lo agarró con una urgencia, una seguridad de propósito que le hizo darse cuenta de que ella creía lo que estaba diciendo y estaba tratando de convencerlo. No se dio la vuelta. Tenía que estar equivocada.

"No creo que me equivoque, Zahir. Lo siento, pero había dos Abduallahs -el risueño, encantador, cálido y divertido- y el..."

"¡No!"

"Y el que no podía encontrar su camino en el mundo".

Se volvió entonces hacia ella, con su mano agarrando la de ella, manteniéndola firmemente apretada contra su cuerpo.

Conocía a Abduallah. Anna no.

"No me hables de él. Háblame de ti y de él. Dime por qué te casaste con él". Se levantó y le cogió la mano. "Sal fuera y cuéntamelo".

La noche oscura era lo que necesitaba después de tanta luz y ruido. La paz del desierto. Ya no había luna ni nada que atenuara el brillo de las estrellas. Se sentó a su lado y la atrajo hacia sí, estrechándola entre sus brazos. Ella suspiró suavemente.

"Abduallah. Bueno, era tan diferente a los otros chicos que había conocido mientras crecía".

"Estoy seguro. Pero no todo el mundo busca algo diferente. ¿Era tan malo lo que conocías?"

Ella asintió y cerró los ojos. "Imagínate, Pittsburgh, invierno, tenía catorce años y llevaba la ropa de mi madre en una cita". Se rió a medias. "No tenía ni idea de mi aspecto, pero mi novio sí. Fingí que me reía, que entendía cuando me llevó a las vías del tren. Sólo cuando me empujó al suelo empecé a asustarme. Hacía frío, el suelo estaba helado y cubierto de piedras afiladas. Al principio pensé que estaba jugando". Ella sacudió la cabeza, desesperada, y la desesperación se le metió en el cuerpo.

"Dios, ni siquiera entendía lo suficiente como para saber que cuando me obligó a mantener relaciones sexuales me había violado. Le creí cuando dijo que le había engañado; le creí cuando dijo que no debía contárselo a nadie porque nadie aceptaría la palabra de una puta barata. Pero no le creí cuando me dijo que no tenía futuro".

Temblaba. "Hacía mucho frío", continuó. Él siguió su mirada hacia el cielo añil del desierto, donde las estrellas brillaban con una intensidad que las hacía arremolinarse. "Aquella noche no había estrellas en Pittsburgh. Supongo que las luces de la ciudad las oscurecían. O tal vez yo no podía verlas. Tuve que imaginarlas mientras yacía inmovilizado, mirando al cielo negro".

Gimió y cerró los ojos con fuerza. Se dio cuenta de que probablemente ella nunca le había contado a nadie su historia. Se dio cuenta por la forma en que sus palabras salían en un torrente silencioso, como si hubiera estado conteniendo el torrente de dolor durante demasiado tiempo. Si ella se había curado contándoselo, y esperaba que así fuera, él había encontrado todo lo contrario. Nunca había sentido tanta rabia y dolor sin poder hacer nada al respecto. Sintió el dolor físicamente en todo el cuerpo. Le dolían las manos cuando tiró de ella hacia sí, abrazándola suavemente con unos brazos rígidos por la restricción.

"¿Y después?"

"Dejé de tomar prestada la ropa de mi madre, evitaba a los chicos, evitaba destacar y me limitaba a estudiar mucho. Aprendí a pasar desapercibida".

"El uniforme de vaqueros y camiseta; el uniforme de túnica bedu", sugirió.

"Sí."

"Y ganaste una beca para Cornell, donde conociste a Abduallah".

"Abduallah no intentó meterme la mano en la falda; me escuchó y me enamoré".

"¿Lo amabas entonces?"

"Cuando me pidió que me casara con él le dije que sí. Nunca había imaginado que encontraría a alguien tan cariñoso. Y luego, después de casarnos, llegué a conocerle mejor, a comprenderle y me di cuenta de que le quería como a un hermano. Era mi mejor amigo". Se detuvo de repente.

Frunció el ceño. "¿Como un hermano? Pero..."

"¿Sí, Zahir?"

"¿Pero eso fue mucho después? ¿Tu amor cambió?"

Intentó encontrar la respuesta en sus ojos, pero ella apartó la mirada como si no supiera qué responder. Él quería que ella no hubiera sido desleal, pero las piezas no encajaban.

"Sí, mi amor cambió. Cuando te conocí éramos simplemente mejores amigos".

Se sintió aliviado, pero en el fondo de su mente seguía habitando una sombra de duda que desterró sin más miramientos. En su vida no había lugar para la duda.

"Te deseé desde el primer momento en que te vi mirarme". Su voz era áspera por la lujuria recordada.

"Creí reconocerte, pensé que te había visto en algún otro lugar pero quizás fue el parecido con Abduallah. Quizás no..."

La giró en sus brazos hasta que le miró. La confianza en su rostro derritió su ira y disipó el dolor que sentía por su historia. Agachó la cabeza, necesitado de conectar físicamente con aquella mujer que le atraía como a un hombre sediento de agua. Así había sido desde su primer encuentro. Pero no pudo besarla inmediatamente. Estaba cerca, tan cerca que podía sentir el calor de su aliento contra sus labios, tan cerca que no había nada entre ellos excepto la comunicación entre sus ojos. No podía besarla porque quería saber si era algo que ella deseaba. El imán no

necesitaba decirle que la honrara porque ya lo hacía.

Ella movió la cabeza hacia un lado, como si comprendiera la pregunta no formulada, y asintió una vez, un movimiento imperceptible que él sintió con fuerza. Pero él seguía sintiendo que no podía moverse, que no podía romper el hechizo de ella. Fueron *sus* labios los que encontraron los suyos en una fusión de calidez, suavidad y comprensión. El beso no se parecía a nada anterior: aún no estaba lleno de la pasión que se cocía a fuego lento y aún no se había entregado a la lujuria de sus cuerpos, pero contenía sentimientos más profundos que los que él había experimentado nunca.

Duró aproximadamente un minuto. Pero sintió como si el suelo seguro sobre el que había construido su vida se hubiera movido y nada volviera a ser igual. Se apartó y se sintió aliviado cuando ella levantó la vista hacia las estrellas. Siguió su mirada observando distante que la luz de las estrellas se extendía en todas direcciones más lejos que antes, alargada por la niebla que vidriaba sus ojos.

La atrajo contra él una vez más, rodeándola con su brazo protector, sabiendo que nunca podría dejarla marchar.

"Lo siento mucho, Anna, por el pasado. Ojalá te hubiera conocido entonces y hubiera podido protegerte. Nadie debería haber pasado por el dolor de tu infancia".

Le sonrió a los ojos. "Zahir. No puedes proteger a todo el mundo. Tú mismo tuviste una infancia llena de peligros y dificultades".

"Era mi deber y mi regalo para mi pueblo".

"Eras un niño, por el amor de Dios."

Sacudió la cabeza. "Nunca lo entenderás".

"Te equivocas. Lo entiendo. Entiendo nuestras diferencias-y nuestras similitudes-y eso está bien".

"Ven, vamos a la cama."

ANNA SE TUMBÓ en la gran cama y esperó. Podría haberse ido a su habitación. Pero había aceptado este matrimonio y nunca había evitado las consecuencias de sus decisiones. Así que se quedó tumbada, escuchando a Zahir moverse en la habitación contigua. Sólo la luz de las estrellas iluminaba la oscuridad. Vio cómo su sombra se deslizaba en la cama junto a ella. Permanecieron en silencio.

Extendió la mano y tocó la suya. Se enroscó bajo la suya y la agarró con una necesidad que ahora no podía corresponder. Sabía que sólo haría falta una indicación de su parte, una caricia, un movimiento, una palabra, una señal. Pero no podía hacerlo. ¿Por qué? Cerró los ojos para ver el rostro de Abduallah, tan claro en su mente. El día terminaba como había empezado con la persona que se interponía entre ellos.

Zahir no creía que entendiera mucho de su lengua, pero sabía lo suficiente. Y también comprendía, probablemente a un nivel más profundo que Zahir, el significado de las palabras del imán. El honor había escaseado durante su infancia. Y en su futuro, fuera cual fuera con Zahir, estaba decidida a no construir su vida sobre una mentira. Zahir debía saber la verdad sobre Abduallah, sobre Matta y sobre ella, o su matrimonio no tendría futuro.

Estuvo despierta hasta tarde, mucho más tarde que Zahir, cuya respiración pronto se calmó al ritmo del sueño. Le deseaba tanto, pero no podía olvidar todo lo que había pasado, por mucho que quisiera.

Miró por la ventana, vislumbrando el cielo con cada movimiento de la cortina. Quería ver las estrellas. Pero las nubes habían empezado a surcar el cielo desértico y lo que había empezado como una noche despejada se había cubierto, dejando sólo oscuridad.

6

La semana transcurrió entre sonrisas, bailes, comidas y copas con gente a la que Anna no conocía y a la que dudaba volver a ver. Pero la familia parecía encantada. Fátima estaba en su salsa, con una sonrisa de oreja a oreja y tomando las riendas de la situación cuando Anna se mostraba demasiado inepta o desinteresada.

Anna vivía para las noches. La tranquilidad del desierto empezaba a gustarle. Tan diferente de Nueva York, donde había compartido casa con Abduallah tras su divorcio. Nueva York, con el ruido de la calle, la gente, el tráfico, el estrés constante, era un mundo aparte. Aquí había tiempo para pensar, tiempo para sentir. Y reservaba las noches para esos momentos. Se tumbó junto a Zahir noche tras noche de aquella primera semana y él siguió sin hacer ningún movimiento hacia ella.

Poco a poco, el inquietante rostro de Abduallah fue apareciendo con menos frecuencia en sus sueños, a medida que el poder curativo de las lágrimas y de las palabras obraba su magia. Pero seguía sintiéndose incapaz de salvar la brecha física y emocional que la separaba de Zahir, porque la sensación de estar atrapada, de no poder ser libre, de ser plenamente ella misma, fuera lo que fuera, seguía siendo fuerte.

Al final de la semana, Anna se había acostumbrado a dormir con Zahir y a despertarse sola. Pero esta mañana era diferente. Permaneció tumbada durante unos instantes y se preguntó qué era diferente, qué era ese golpeteo rítmico que no podía distinguir. Miró el reloj. Eran las siete de la mañana, mucho más tarde de las cinco habituales, y aún estaba oscuro. La luz del sol no invadía la habitación, ni los estridentes y extraños cantos de los pájaros del desierto le recordaban que no estaba en Nueva York.

Miró a su alrededor, pero reinaba un pesado silencio. Ni siquiera se rompió por un sonido a la deriva procedente de otra parte del palacio.

Se levantó y se acercó a la ventana. Una densa niebla cubría el palacio y la montaña, envolviendo con su misterio las superficies sólidas como si las reclamara para su magia. Algunos mechones de niebla se esparcían por el jardín del patio soplados por un viento gélido. Anna se estremeció y cogió la bata de Zahir.

Se ciñó la bata y salió al patio. El pavimento estaba resbaladizo y húmedo bajo sus pies. Las ramas, cargadas de agua, le rozaban la cara al pasar bajo ellas. El agua de la fuente parecía menos importante ahora, bajo el cielo acuoso. Se recostó en el asiento, saboreando el frío del agua fresca que se filtraba sobre su cuerpo desde las nubes bajas, y dejó que la humedad la

acariciara como si fuera una toalla húmeda y fresca en un día caluroso.

"¿No me digas que te gusta este tiempo?"

Abrió los ojos sobresaltada. No había oído a Zahir entrar en el patio.

"En Estados Unidos no, pero aquí es diferente". Cerró los ojos brevemente e inhaló el aire fragante y húmedo. "No sabía que tuvierais clima de verdad. Creía que sólo había sol".

Sonrió. "Sí, tenemos tiempo. Si no, ¿cómo habrían sobrevivido mis antepasados sin agua?".

"Tienes el resorte".

"Lo cual era bueno para los antepasados de mi padre, cuyo palacio era éste. Pero mi madre y su familia eran nómadas, sobreviviendo con lo poco que Alá les concedía de estas nubes".

"¿Qué puede hacer una breve ducha?"

Sonrió. "Te lo enseñaré. Ya era hora de que vieras algo de mi país. Fátima tiene planes para Matta y sus primos para los próximos días, así que no nos echarán de menos".

NO FUE hasta la tarde cuando se pusieron en marcha, los dos solos en su todoterreno. Su rostro estaba enrojecido de excitación mientras oteaba el horizonte. No sabía por qué. Dudaba que ella lo supiera. Su sed de libertad era algo que él no podía satisfacer. Porque hacerlo significaría dejarla ir y él no estaba dispuesto a hacerlo. Pero le daría una muestra de ello.

"¿Hasta dónde vamos?"

"No está lejos. Sólo tardaremos unas horas".

"¿Y no me dirás dónde?"

"No. Es una sorpresa."

Su sonrisa fue tan refrescante para su alma como la lluvia para la tierra, llenándole de esperanza.

Inclinó la cabeza tan coquetamente como se lo permitía un coche rebotando sobre un terreno accidentado. "Me encantan las sorpresas".

"Bien".

No tardaron en desviarse de la pista principal por una carretera más pequeña y llena de baches que se dirigía hacia las montañas. Podía sentir ya el cambio del aire contra su piel y se relajó como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Había pasado años acampando en estas montañas, escondiéndose, preparándose para el ataque contra la gente que deseaba su tierra y todas sus riquezas. Lugares que habían permanecido ocultos al mundo exterior desde los tiempos bíblicos, él y su pueblo los conocían, y los habían mantenido ocultos. Era su historia, su tierra, su tesoro.

Comenzaron a serpentear por las montañas a lo largo de un uadi que ahora contenía un río caudaloso. En un punto en el que el río se abría a un pequeño valle, Zahir detuvo el coche y ambos se apearon. El valle, normalmente árido, estaba cubierto del verde fresco de los nuevos brotes.

No pudo evitar sonreír ante la expresión incrédula de Anna mientras miraba a su alrededor. Era como si el uadi hubiera sido tocado por una varita mágica. La pequeña cantidad de lluvia que había caído por la noche había traído mágicamente la primavera al desierto. Las acacias y las suculentas se tiñeron de un verde intenso. Las huellas de pequeños mamíferos que aprovechaban el repentino festín surcaban las arenas circundantes y los insectos revoloteaban alrededor de los arbustos.

"Es increíble". Caminó entre los espinosos arbustos de alcaparras, sus dedos rozaban

suavemente los brotes verdes y frescos mientras sus ojos seguían a una libélula que revoloteaba, iridiscente, a la luz del sol. "¿Siempre es así?"

"Se han adaptado durante miles de años para sobrevivir con el rocío de la mañana. Normalmente el uadi está seco y no hay señales de vida, pero está ahí, esperando a que lleguen las lluvias. Hace falta poco para devolver la vida al desierto. Las lluvias recientes son suficientes".

Una lagartija pasó cerca. "Suficiente para mantener la vida de animales y personas".

"Por eso mi pueblo se cuida mutuamente con su hospitalidad y su sentido de la lealtad y el deber. La mayor parte del tiempo no hay nada. Y cuando hay esto", siguió su mirada mientras ella recorría la extensión de verde vibrante que ahora se aferraba a los arbustos, normalmente de color pardo. "Alabamos a Alá porque dependemos de cosas externas a nosotros, cosas que no podemos controlar".

"Es hermoso, como un milagro".

"Vuelve al coche, sólo un poco más arriba en las montañas y estaremos en nuestro destino".

EL TODOTERRENO SUBIÓ MÁS ALTO, serpenteando y girando a través de pasos aparentemente intransitables hasta que no pudieron avanzar más. A medida que el sol se ocultaba en el cielo, brillaba con su ardiente resplandor rojo sobre la caliza amarilla, como si la luz emanara de la propia roca.

Zahir detuvo el vehículo junto a una pared de roca.

"Eh, es genial. Hemos venido hasta aquí para ver", agitó la mano en un simulacro de presentación, "una pared rocosa".

"¿Te gusta?"

"Fabuloso. Es una roca amarilla pálida, altísima. ¿Qué más podría querer?"

"No lo sé. Veamos, ¿de acuerdo?"

Saltó del vehículo, pero antes de que pudiera abrirle la puerta, ella ya estaba fuera y se dirigía a grandes zancadas hacia un estrecho hueco en la roca que apenas se veía entre las sombras.

"¡Oye! Es como un pasaje..."

La observó mientras pasaba y se detuvo bruscamente.

Se acercó a ella por detrás y sus manos recorrieron sus brazos, sin poder evitar tocarla mientras ambos contemplaban uno de los milagros de la naturaleza.

"Dios mío, es maravilloso". La voz de Anna era suave por el asombro.

Zahir contempló el complejo de piscinas termales excavadas en la piedra sobre las que se elevaba el vapor. A su alrededor se alzaban las ruinas de antiguos edificios que antaño debieron de acoger a multitud de personas que disfrutaban del balneario termal. Rodeando el anfiteatro natural, se alzaban magníficas palmeras y tamariscos, bajo los cuales la vegetación era exuberante, verde, pesada por la atmósfera húmeda. A un lado, por encima de los viejos edificios, y más allá de un pequeño naranjal, se había levantado una tienda beduina, cuyos tejadillos de rica trama contrastaban decadentemente con la piedra amarillo pálido que alternaba con el ladrillo rojo, aún pulcro e intacto.

"Esto es Ain Sukhna."

"¿Cómo es que nunca había oído hablar de esto?".

"Porque preferimos guardarnos esos tesoros para nosotros".

"No me sorprende".

La observó caminar por el borde del lugar, como si estuviera demasiado asombrada para dirigirse directamente al baño principal, situado en el centro y elevado sobre los demás. Habría sido para la élite, y los restos de las columnas yacían en cada punto de un cuadrado alrededor de su borde que originalmente habría sostenido algún tipo de pérgola.

Se recostó contra la pared rocosa y la observó absorto en su belleza. Ella pasó las manos por el frondoso follaje de un árbol y mojó los dedos en el agua menos caliente de una larga piscina rectangular diseñada para nadar más que para remojarse.

Finalmente se sentó en el borde de la piscina central, rodeada por el cálido vapor, y le devolvió la mirada, con una amplia sonrisa en el rostro.

"Bueno, ciertamente me has sorprendido".

Se acercó y se puso delante de ella.

"Y *me has* sorprendido".

Ella enarcó las cejas en señal de interrogación, negando con la cabeza. "¿Cómo?

"Antes, te deseaba. Pero ahora que te conozco, te deseo más".

Su expresión cambió al instante, sus ojos brillaron con una emoción que él sólo podía describir como esperanza. Era como si sus palabras la hubieran tocado en lo más profundo, donde aún perduraba el dolor del rechazo por lo que era, por su origen.

Ella se acercó a él y él cerró los ojos al sentir su tímido contacto en el pecho. Unos dedos cálidos se deslizaron hacia arriba y se extendieron sobre la cicatriz de su corazón, como reclamándola. Entonces se retiró la fuente del calor que recorría su cuerpo y se concentraba en su ingle.

"Mira, hacia el cielo", dijo en voz baja.

Siguió su mirada, arrastrándola lejos de lo que realmente quería enfocar, ella. La estrella del atardecer empezaba a desprenderse de la luz que la rodeaba, como si absorbiera los últimos rayos del sol.

"Venus", dijo. "Según la antigua leyenda bedu, la estrella vespertina es el hijo varón de la luna y el sol".

La miró y supo que estaba pensando en Matta. Entonces la atrajo hacia él, suavemente, a pesar de su creciente necesidad de ella. Sabía que tenía que venir de ella.

"Ven, vamos a bañarnos".

Su mano bajó por el brazo de ella, saboreando cada centímetro de piel caliente hasta que la agarró de la mano y tiró de ella hacia la tienda. "Todo lo que necesitamos está dentro. La preparé para nosotros antes".

Se echó a reír. "Por supuesto que lo hiciste. Sabes, Zahir, ¿alguna vez alguien te llamó maniático del control?"

"No, me llaman jeque".

"Quizá sea lo mismo".

"Quizás".

Se detuvo ante la tienda -sus ricos diseños geométricos hacían juego con el antiguo diseño de ladrillo y piedra que bordeaba los estanques y los arcos existentes- y, de mala gana, le soltó la mano. Corrió la cortina de la tienda y se apartó para que Anna entrara.

Era como una cueva de Aladino, pensó Anna, sacada directamente de un cuento de hadas. Alfombras ricamente tejidas con diseños tradicionales cubrían el suelo, sobre el que colgaba un candelabro de latón, intrincadamente decorado y adornado con gruesas velas blancas. No había nada más, sólo una cama que ocupaba todo el espacio. Anna apartó los ojos de la cama y exploró

la tienda. Otra trampilla reveló un armario y otra más condujo a un cuarto de baño revestido de mosaico, más moderno. Era perfecto.

"Una cama. Qué conveniente".

"Pensé que podría ser útil... más tarde".

"Umm. Me siento un poco cansado."

"¿No demasiado cansado para bañarse, espero?"

Ella sonrió y el deseo le recorrió el cuerpo cuando vio en sus ojos la sonrisa que él le respondía y que, por una vez, bajó hasta su boca y parpadeó alrededor de sus labios. Sacudió la cabeza, incapaz de apartar la mirada de aquellos labios.

"Entonces deberías cambiarte". Le tendió un bikini que nunca había visto.

"Eso, nunca es para una mujer adulta". Tiró del pequeño triángulo de tela tanto como pudo.

"Para una mujer adulta, elegida por un hombre adulto". Sonrió de nuevo, una sonrisa de sensualidad descarada. "Te dejaré para que te cambies."

ANNA SE AJUSTÓ un poco los diminutos triángulos blancos que cubrían sus pechos, intentando extender el material para que cubriera todos sus senos, pero no lo consiguió. Se dio por vencida, respiró hondo y salió a la suave luz del crepúsculo. Cualquier pudor se olvidó de inmediato cuando vio a Zahir esperándola, semidesnudo. Aunque habían compartido cama, él siempre llegaba a la cama y se volvía a marchar en la oscuridad.

Su rica piel parecía brillar bajo el reflejo de las antorchas que había encendido alrededor de la piscina principal, debajo de ellos. Se lamió los labios, pero se le secó al instante al ver su musculoso cuerpo y los dos cordones musculares a los lados de las caderas que desaparecían dentro de los calzoncillos.

Cuando levantó los ojos para encontrarse con la mirada de él, vio que sus ojos se centraban únicamente en ella y estaban hambrientos.

"Compraste este bikini para mí, ¿no?"

Asintió con la cabeza. "Yo no compro, Anna. Pero dejé instrucciones para que se comprara un artículo así. Pensé que te vendría bien".

Sintió su mirada bajar por su cuerpo como si fueran sus uñas arrastrándose seductoramente por su piel hasta que sintió que sus pezones se endurecían de anticipación. Sabía que se verían fácilmente a través del endeble material blanco.

"¿Y lo hace?"

Él asintió una vez, con sus ojos oscuros fijos en ella. Apartó la mirada y le hizo un gesto para que caminara con él por el naranjal que conducía a los baños.

El calor de las antiguas losas de piedra que bordeaban el sendero calentó los pies descalzos de Ana. La actividad térmica lo calentaba todo, desde las rocas y el suelo hasta el agua. Agachó la cabeza bajo una rama perdida y salió a un claro iluminado por las antorchas, las brillantes estrellas y una luna en forma de hoz de color amarillo pálido que colgaba baja en el cielo.

Subieron los anchos escalones que daban a la piscina caliente y Zahir la ayudó a bajar. Los escalones continuaban alrededor de la parte interior de la piscina, formando profundos asientos. La piscina reflejaba la luz de las estrellas y Ana se sentó, envuelta por el calor y el penetrante olor mineral de la piscina.

"Esto", respiró mientras sentía que sus músculos y su mente se relajaban, "es el paraíso".

Cuando abrió los ojos, Zahir estaba tumbado a su lado, con el cuerpo tan cerca que podía ver

cómo el agua se deslizaba sobre sus hombros y sus músculos brillaban a la luz de la luna y las antorchas. Tenía los ojos cerrados y ella estudió su rostro, tan fuerte, como el resto de él, tan hermoso cuando descansaba. Había desaparecido la tensión del liderazgo y la necesidad. Ahora sólo era visible su fuerza innata.

Él abrió los ojos de repente y a ella se le hizo un nudo en la garganta. Había en él una vulnerabilidad y una ternura que sólo había visto ocasionalmente con el paso de las semanas. Se había manifestado en ligeras vacilaciones donde antes no las había, en un parpadeo en la profundidad de la mirada. Pero ahora los ojos que la miraban se desvelaban y la llamaban a lo más profundo de su alma. Respiró hondo y entrecortadamente y apartó la mirada. Su mirada era demasiado íntima. Sentía que la aniquilaría si se lo permitía.

Ella miró fijamente a las estrellas, consciente de que él la miraba ahora con la misma intensidad.

Ella lo quería ahora. No quería construir su vida juntos sobre mentiras. Quería la verdad, quería honrarlo como dijo el imán.

"Nunca he visto estrellas así". Se volvió de nuevo hacia él. "Sabes, de niña estaba obsesionada con las estrellas, solía conocerlas todas, las constelaciones, los planetas, las estrellas lejanas, pero sólo podía ver unas pocas".

"¿Por qué te interesa tanto lo que no puedes ver?"

"Porque sabía que más allá de la oscuridad había cosas hermosas, mejores y más brillantes de lo que yo conocía. Necesitaba saber que estaban ahí. En la universidad y más tarde, en Nueva York, aún solía buscarlas, pero en la ciudad había demasiada luz".

"¿Son tan hermosas como imaginabas?"

No habló durante mucho tiempo porque su mente era un torbellino de imágenes y sentimientos que giraban juntos, resolviéndose en una forma diferente: su amor por su hijo, su necesidad de libertad. Hacía sólo unas semanas había temido perder ambas cosas. Ahora sabía que nunca perdería a su hijo y tenía la persistente sensación de que tal vez había encontrado más libertad aquí, con Zahir, que nunca antes. Quizá no la suficiente, pero sí más.

"Más aún".

"Pareces pensativo. ¿En qué estás pensando?"

Ella sonrió, no dispuesta a abrirle sus pensamientos tan completamente todavía. "Que me costó dejar a Matta esta noche".

"Te recuerda a Abduallah, ¿verdad?"

Le miró a los ojos, incapaz de creer que de verdad no pudiera ver que Matta era su hijo.

"No. No era eso. Realmente no se parece mucho a Abduallah".

"Tiene su colorido".

Levantó brevemente las cejas y suspiró.

"Zahir, yo..."

Pero él la silenció con un dedo que rozó sus labios y se llevó sus pensamientos. Ella cerró los ojos y separó la boca bajo la suave presión del dedo de él, que rodeó sus labios antes de que la punta del dedo rozara su labio inferior. La punta de su lengua encontró el dedo y sus labios se cerraron en torno a él, chupándolo ligeramente antes de besarlo. Sentía que el calor aumentaba en ella, era consciente de la aguda respiración de él cuando le chupaba el dedo.

Todos sus pensamientos e intenciones se esfumaron cuando el aliento caliente de él se aceleró contra su piel. Se movieron juntos, sus labios se encontraron en un beso que no tenía nada de la suavidad de su beso anterior, nada de la delicadeza y nada de la vacilación. Como el

manantial de agua termal que brota de las profundidades de la tierra caliente, su pasión surgió de algún lugar en lo más profundo de su ser, donde había estado acumulando calor, aumentando su presión hasta que estuvo a punto de estallar.

Mientras sus bocas buscaban la conexión que ambos habían evitado durante tanto tiempo, Zahir la atrajo hacia sus brazos a través del agua. Sentada a horcajadas sobre su regazo, rodeada por los brazos de él, rota por fin la barrera que los separaba, Anna no deseaba otra cosa que la desaparición de la última barrera que los separaba. Abrió los labios para que la lengua de él entrara y acariciara los suyos; sus brazos lo estrecharon más contra ella para que pudiera sentir su pecho duro y musculoso presionando contra sus pechos blandos y la fuerza de su excitación presionando contra su cuerpo.

Pero ningún acercamiento parecía suficiente. Ambos estaban febriles de deseo. Sus manos empujaron hacia arriba la parte superior del bikini, exponiendo sus pechos a sus labios, su boca y su lengua. Cuando sus manos impacientes se deslizaron por debajo de la braguita del bikini y se la arrancaron, los nudos sueltos cedieron fácilmente a sus manos impacientes.

Desnuda, encima de él, Anna podía sentir claramente su necesidad de ella a través de los calzoncillos. Le tocó a ella quitárselos y, mientras flotaban por la piscina hasta unirse a su bikini, avanzó hasta que él la tocó: su aliento sobre el suyo, sus pechos sobre el suyo y su sexo sobre el suyo, tocándolo, volviéndolos locos de necesidad.

El agua caliente les envolvió mientras Zahir metía la mano por detrás y sacaba un preservativo del bolsillo de la bata. Con manos temblorosas, ella rasgó el envoltorio; con manos impacientes, él lo colocó en su sitio y volvió a meterse en la piscina. Ella se elevó en el aire más fresco, con la piel y los pezones a flor de piel, antes de sumergirse encima de él.

Se estremeció al sentir su carne dentro de la suya. Sentía la piel tensa por la necesidad. Sus manos, sus pies, sus hombros, sus pechos, hormigueaban con las terminaciones nerviosas electrizadas por el suave deslizamiento de él contra su piel más sensible.

Podía sentir su pulso desde lo más profundo de él, aflorando en lo más profundo de ella. Apenas se atrevía a moverse por miedo a las devastadoras sensaciones que la hacían perderse, la hacían sentir que se desintegraba.

Pero no se estaba desintegrando, estaba completa. Una mirada a sus ojos, en los que podía verse reflejada como si ella le llenara tanto como él a ella, se lo decía. Mientras se movían juntos, podía sentir el latido del corazón de él bajo sus manos, como un eco de los rápidos latidos del suyo.

Pero con cada movimiento de su cuerpo hacia arriba y hacia abajo sobre el de él, sentía que su cuerpo perdía la conexión con el suelo físico y se volvía tan líquido como el agua que corría a su alrededor. Sólo sus fuertes brazos la mantenían erguida, y el hecho de que no podía dejar de crear las sensaciones que devastaban su cuerpo y su mente, como tampoco podía dejar de respirar. Él se incorporó y la abrazó, y ella volvió a caer en sus brazos, que eran fuertes pero le daban espacio para rendirse a la sensación de felicidad total que estallaba en su interior y se extendía por todo su ser. Los gritos de ella, seguidos inmediatamente por los de él, recorrieron el claro, rebotando en las paredes que los rodeaban, antes de elevarse con el vapor hacia las estrellas.

Ella dejó de moverse y cayó contra él, aún conectada, aún consciente de cada movimiento de su duro cuerpo dentro de ella, al borde de ella. Le levantó la barbilla y la besó tiernamente en los labios antes de retirarse, cogerla en brazos y salir de la bañera. El agua caía de ambos en pesados riachuelos, retirando su calor del cuerpo sobrecalentado de ella y permitiendo que el aire más

fresco salpicara su cuerpo con nuevas sensaciones: sensaciones que el movimiento de las manos de Zahir no hacía sino aumentar.

Al cabo de unos minutos, Zahir la había tumbado en una mullida alfombra junto a la piscina, llena de cojines. La besó una vez más, pero la mano de ella buscó lo que quería y él gimió cuando ella lo acarició antes de acercarlo a donde lo quería. Él frunció el ceño brevemente antes de abrir otro paquete y esta vez los dedos de ella no dudaron y tiró de él con ambas manos acariciándolo. Ella se dejó caer sobre su espalda y él se sumergió profundamente dentro de ella mientras las piernas de ella giraban para atrapar su cuerpo, apretándolo contra ella. Pero cualquier sensación de captura fue fugaz. Él la controlaba: físicamente, empujando su cuerpo rítmicamente contra los cojines, y emocionalmente, sosteniéndole la mirada con unos ojos que sólo eran el reflejo de los suyos, iluminados por las estrellas, hasta que las espirales retorcidas de sensaciones estallaron y se dispararon por su cuerpo mientras ella gritaba su nombre. Sólo entonces alcanzó el clímax, latiendo dentro de ella con un grito que le llegó directamente al corazón.

Ella le rodeó con las piernas, no quería que la intimidad terminara, no quería que él se retirara, pero lo hizo. Y entonces la besó con una ternura envolvente que le hizo darse cuenta de que la intimidad no había terminado, sino que acababa de empezar.

SE DESPERTÓ DENTRO de la tienda. Apenas recordaba haber vuelto allí. Pero recordaba el amor que habían hecho durante toda la noche. Pensando en las semanas que había pasado en palacio, no podía creer que hubiera esperado tanto por él. Sin embargo, sabía que había necesitado ese tiempo para aceptar sus propias emociones.

Cuando la suave luz gris de la mañana se coló en la tienda, miró a Zahir. Dormía plácidamente, pero en cuanto ella se incorporó, abrió los ojos. Se echó a reír.

"¿Nunca duermes profundamente?"

Sacudió la cabeza. "Años de vivir en el desierto; años de tener que estar alerta al peligro; no puedo librarme del hábito".

"Es un hábito útil porque me facilita bastante las cosas. Un solo movimiento y te tengo donde quiero". Su mano se deslizó bajo la sábana y lo acarició. Él cerró los ojos y gimió.

"¿No has tenido suficiente por una noche, mujer?"

"No. Y aparentemente tú tampoco". Se maravilló ante el grosor rígido que tenía en la mano. Se hacía eco de la forma de su cuerpo: grueso y fuerte y lleno de una pasión latente que sólo necesitaba su contacto para cobrar vida.

Sus pechos desnudos se tensaron con el frío del aire matutino -y el deseo- y se retorció más cerca de él hasta que el calor que desprendía su cuerpo la envolvió por completo y suspiró. Le subió la mano por el cuerpo, por los músculos duros y tonificados y por el pecho, hasta que su mano se posó brevemente sobre su corazón. Volvió a acercarse hasta que apoyó la cabeza en su pecho y pudo sentir y oír el acelerado latido de su corazón, que empujaba la sangre hacia donde él más la necesitaba.

Se acercó a la caja de preservativos y le colocó uno con suavidad antes de deslizar una pierna alrededor de él. Tumbada encima de él, con el cuerpo pegado al suyo y la cabeza apoyada en su pecho, sintió una sensación de felicidad absoluta, de calidez, comodidad y simple justicia, que la dejó estupefacta. Se deslizó rápidamente sobre él y se detuvo, observando su rostro. Él la miraba con los ojos entrecerrados, el único movimiento provenía de su interior, aumentando las

sensaciones que se extendían deliciosamente por su cuerpo. Mientras ella se movía lenta y burlonamente sobre él, su rostro se tensaba de placer. Ella continuó moviéndose sobre él, decidida a verle llegar al clímax, como él siempre hacía con ella. Pero su control no era rival para el de él y una oleada tras otra de resplandeciente liberación la golpeó antes de que él se permitiera la misma liberación.

Se echó en sus brazos, con las cabezas juntas. Nunca se había sentido tan cerca de nadie en toda su vida. Y este hombre era su marido.

Recorrió su cuerpo con las yemas de los dedos y observó cómo los folículos pilosos se erguían en respuesta al leve roce de sus uñas. Se movió, se inclinó y rozó con los labios el mismo rastro, besando la piel, calentándola con su aliento. La tienda estaba fresca por la mañana y su aliento se enturbió ligeramente.

"Anna. Necesito decirte algo. El primer condón, no estoy seguro si te protegió. La presión del agua a nuestro alrededor puede haberlo hecho ineficaz."

Sorprendida, Anna no habló.

"Arriesgamos mucho la última vez", continuó Zahir, "gracias a Dios no salió nada".

De repente se sintió enfadada. ¿Cómo se atrevía a decir eso? Matta había salido de él y ella ni siquiera podía empezar a imaginar no querer a Matta.

"Y necesito decirte algo. Sé que debería preocuparme por el riesgo que corremos, pero no puedo. Porque una gran parte de mí -no la parte práctica, eso seguro- no quiere que nada se interponga entre nosotros. Sin barreras, sin mentiras".

Hizo una pausa, buscando una reacción en su rostro, pero sólo encontró una máscara inexpresiva que la dejó helada. "Continúa. Su voz también era distante ahora.

"Matta..."

"¿Y Matta? Está bien, ¿no?"

Ella asintió, haciendo acopio de todo su valor y determinación para continuar. "Por supuesto. Tengo que decirle que Matta es su hijo. Fue seis semanas prematuro, un embarazo difícil..."

Él continuó mirándola, pero ella pudo ver la conmoción en sus ojos cuando sus palabras se detuvieron, esperando su respuesta.

"*¿Necesitas* decírmelo?" Su voz era suave, pero contenía una violencia que la asustó. Entonces él se apartó de ella y se movió torpemente mientras se incorporaba, apartando la mirada de ella.

"Intenté decírtelo".

"Obviamente no lo suficientemente fuerte".

Le tendió la mano. "Por favor, no hagas esto. No después de lo que acabamos de vivir juntos. Tenemos un nuevo comienzo, una nueva oportunidad".

Se giró entonces para mirarla. "¿Basado en mentiras? Anna, ¿no has entendido nada de mí y del código por el que vivo mi vida? La mentira no forma parte de él. Siempre he querido la verdad de ti. Y nunca me la has dado". Se pasó los dedos por el pelo y volvió a alejarse de ella. Pero ella pudo ver la vibración del gemido bajo filtrarse por su espalda. "¿Me dices que mi sobrino es, de hecho, mi hijo -un hecho que me has ocultado durante seis años- y crees que debería olvidar este pequeño descuido tuyo y seguir como antes?". Sacudió la cabeza y la miró fijamente. Ella se estremeció ante su gélida mirada. "No funciona así".

Volvió a caer en la cama bajo el golpe de su mirada. Sacudió la cabeza. "Pensé..."

"¿Qué pensabas exactamente?"

"Dijiste que nada podía interponerse entre nosotros. Dijiste que querías saber la verdad. Te he

dicho la verdad".

"¿Todo?"

No podía responder. Porque decir la verdad sobre Abduallah traicionaría su memoria y destruiría la imagen de Abduallah que había dado a Zahir su motivación y su razón de ser durante los años de la guerra, y que aún perduraba ahora, como un centinela silencioso en su corazón. Una palabra suya y el centinela desaparecería, destruyendo las líneas fuertes y seguras que delineaban el mundo de Zahir.

"Ya me lo imaginaba. ¿Cuándo cesarán las mentiras?"

Se prolongaron largos momentos de silencio, pero ni se movió ni habló antes de levantarse, volviéndose hacia ella una sola vez. "Haré que venga un coche a buscarte dentro de una hora".

Una ráfaga de aire fresco la envolvió cuando él abrió la puerta de la tienda y salió sin decir palabra.

7

Zahir observó cómo Anna se marchaba, con su figura rígida e inmóvil en el asiento trasero del todoterreno. Ella no se volvió.

Apartó la mirada deliberadamente. Decidió no ver más, pero no podía dejar de oír el ruido del vehículo que se alejaba acelerando y rugiendo sobre el suelo pedregoso, bajando por las curvas y recodos del uadi antes de salir a la llanura. Llevándose consigo a su esposa.

Seis años. Durante seis años le había ocultado que era padre. ¿Cómo iba a perdonarla?

Había pensado que podría pasar por alto su deslealtad hacia su hermano, que de algún modo podría aceptar su carácter tan opuesto al suyo. Pero ahora esto, además de la muerte de Abduallah.

¿Cómo podría volver a confiar en ella?

Miró más allá del vehículo, hacia la mancha de montañas que indicaba dónde estaba el palacio. Entre los dos conjuntos de montañas no había más que desierto. Respiró profundamente el calor seco que se desprendía de las llanuras, esforzándose por neutralizar la amargura y la ira que sentía llenar sus venas.

Esta era su vida: guardián de su pueblo, de su familia y de su tierra. Nunca había querido tener un hijo. ¿Cómo podría un hombre frío cuidar adecuadamente de uno? Si alguna vez tuvo sentimientos más suaves, se los había arrebatado la pérdida de su madre y la lucha a la que se había entregado durante años. Lo habían convertido en el hombre en que se había convertido; un hombre apto para ser tío, tal vez, pero no apto para ser padre. Y tampoco era apto para ser marido. Pero ahora era ambas cosas y el control de la situación se le escapaba con la misma seguridad que la arena entre los dedos.

La confusión, la ira, la frustración por su incapacidad para controlar la situación lo envolvieron. Pero nunca había huido, ni se había escondido de nada. Se enfrentaría a las cosas, pero no todavía, no mientras no pudiera controlar sus sentimientos.

ANNA CERRÓ los ojos secos contra el polvo urticante. No habría podido llorar aunque hubiera querido. La conmoción de su retirada emocional la dejó entumecida. ¿Cómo había podido ser tan tonta de creer que él lo entendería?

Cuando el coche se detuvo, abrió los ojos lentamente y contempló las murallas del palacio que se alzaban a su alrededor, de un amarillo suave contra un brillante cielo cerúleo. Era el mismo lugar al que había llegado semanas atrás y, sin embargo, no lo era. Ahora era su hogar.

Ya no veía el edificio aislado, sino en relación con las llanuras, los oasis ocultos y las comunidades del desierto. Formaba parte del mundo de Zahir, no estaba encerrado en sí mismo.

Se rió a medias para sus adentros: otra estrategia, sin duda, para hacerla sentir que no estaba atrapada. Pero se sentía más atrapada que nunca y no tenía nada que ver con ningún edificio o país, ninguna frontera física. Estaba obsesionada con alguien que no se preocupaba por ella y que nunca lo haría.

ERA MÁS de medianoche cuando Zahir regresó. Pero en lugar de ir directamente a su habitación, fue a la de Anna. Sabía que ella estaría allí, ya fuera porque no esperaba su regreso o porque no quería o no podía volver a enfrentarse a él. Pero tendría que enfrentarse a él porque él quería respuestas.

La luz de las estrellas iluminaba la brillante cabellera de Anna. La oscuridad y las sombras se agolpaban a su alrededor, pero su pelo parecía brillar con un tono plateado bajo la luz incandescente de las estrellas. Parecía un ángel caído allí tumbada, despeinada como si tuviera sueños inquietantes, la sábana retorcida alrededor de sus piernas movedizas, los brazos tendidos hacia algo que estaba más allá de ella.

Sintió un apretón en el pecho que ya le resultaba familiar, como si hubiera encontrado dentro de él lo que buscaba. Dio un paso atrás, sorprendido por la profundidad de su necesidad. El ruido de sus pies en el suelo debió de despertarla, porque se incorporó de repente, aún aturdida por el sueño.

"¿Zahir?"

"¿Cómo puedes estar seguro de que no es hijo de Abduallah?"

Se incorporó en la cama, se apartó el pelo de los ojos y suspiró. "Créeme, lo sé. Estoy cien por cien segura de que eres el padre de Matta".

Sintió que sus hombros se relajaban de alivio. La primera vez que se lo dijo, se había enfadado porque temía no ser suficiente para Matta. Pero la rabia había desaparecido rápidamente, seguida del miedo a que hubiera habido un error, a que Matta no fuera suya, y no podía soportarlo más que vivir exiliado de su hogar.

"¿Creía Abduallah que Matta era suyo?"

"No."

Zahir sintió una nueva oleada de alivio teñida de culpa.

"¿Sabía que Matta era mío?"

"No lo sé. Creo que sí".

"Tienes que contármelo todo".

Anna bajó las piernas de la cama y caminó por la habitación, evitando acercarse demasiado a él. "Bien. Abduallah, él...", lo miró una vez y luego suspiró pesadamente, como inseguro, "sabía que no podía haber sido él. No había ninguna posibilidad. Nunca me preguntó quién era el padre y yo nunca se lo dije, pero creo que lo sabía. Y también creo que creyó, por tu actitud hacia mí, que ya no tenías ningún interés en mí".

"Así que no consideraste que me interesaría saber que había engendrado un hijo". Su voz era tranquila.

"No fue eso."

"¿Qué era?"

"No *quería* que lo supieras".

Zahir se apartó de ella, rígido por la ira. "Y porque por capricho..."

"Ningún capricho. Sabía que te lo llevarías lejos de mí, lejos de nosotros..."

"Por supuesto que sí".

"Entonces no puedes culparme por no decírtelo".

"Te culpo a ti. Te culpo por asegurarte de que yo creyera que estabas embarazada de dos meses de Matta cuando nos conocimos aquella noche en París. Le contaste esa mentira a Abduallah sabiendo que me la contaría. Me hiciste creer que Matta era un bebé a término y que Abduallah era su padre".

"Lo siento. No espero que lo entiendas, pero desde el momento en que sentí a Matta moverse en mi estómago supe que haría cualquier cosa por ese niño, pero sobre todo que lo amaría y lo tendría cerca. No podía dejar que te lo llevaras".

"Lo hice de todos modos".

Se sumieron en un profundo silencio que nada podía llenar. Sintió el tímido contacto de Anna en su hombro.

"Zahir". Su voz era suave y él cerró los ojos, queriendo acercarse a ella pero sabiendo que nada podía decirse o sentirse o hacerse para borrar las mentiras del pasado.

Dio un paso atrás, con la mano en el aire, haciendo una barrera entre ellos. "No. Tengo que irme."

"Ahora depende de ti. Tienes que aceptarlo o no".

O no. Sus palabras permanecieron en su mente mientras cerraba la puerta tras de sí y volvía a su habitación vacía.

"¡No!" dijo Matta irritado, frunciendo el ceño hacia su madre, que no se concentraba tanto como él esperaba.

"Lo siento, cariño. Bien, enséñamelo otra vez."

Anna intentaba concentrarse en la canción y las acciones que Matta le mostraba, pero fracasaba estrepitosamente. Habían pasado tres días desde que vio a Zahir. Ni una señal. Ni una palabra.

Vivía en un estado surrealista de limbo del que parecía no poder salir para funcionar con normalidad.

"Hmm", dijo Matta, torciendo la boca y bajando la frente en un movimiento característico que ella reconoció de Zahir. "Mamá, eso no es bueno". Le sonrió con simpatía. "Quizá sea mejor que me lo dejes a mí".

Anna se reía de sus palabras de adulto. Era como una esponja, absorbía algo de todos los que le rodeaban: el lenguaje de los adultos y la diversión de sus primos y amigos. Le revolvió el pelo y él se encogió de hombros.

"Tal vez hubiera sido mejor". Al menos los tres días le habían permitido dedicar toda su atención a Matta, admirando los nuevos talentos que estaba aprendiendo, disfrutando más de su amor, un amor que no parecía disminuir, a pesar de sus temores, sino que parecía crecer. Ahora lo necesitaba más que nunca. "Ven aquí y dame un abrazo".

Un resignado Matta avanzó arrastrando los pies e inclinó la cabeza para ser besado y abrazado. Le dio una palmada en la espalda en un gesto que ella sabía que era de despido. Ella

no pudo evitar reírse. Lo abrazó fuerte y, burlona, no lo soltó.

"Mamá, tengo que irme ahora. Ab Zahir me va a sacar con los halcones".

Su corazón latió con fuerza al oír hablar de Zahir y dejó que Matta se soltara de sus brazos.

"No me gusta que juegues con los halcones".

"Mamá, no es jugar. Es parte de nuestra cultura, eso dice Ab Zahir. Además él estará allí".

Bastante, pensó Anna. Por primera vez desde su regreso sabía dónde estaría él.

"Y yo también".

ANA SE DETUVO UNOS INSTANTES, impresionada por la imagen de soledad que daba Zahir, de espaldas a ellos, con su túnica blanca, ondeando al soplo de la brisa, perfilándose vívidamente contra el cielo azul y la amplia extensión vacía.

Se giró de repente al oír los pies de Matta corriendo y lo levantó en el aire antes de darle un abrazo de oso que hizo que Anna sintiera un nudo en la garganta. Sabía que Matta había pasado tiempo con Zahir, pero no había sido testigo de primera mano de su creciente cercanía.

En cierto modo, Zahir estaba aceptando ser padre. Y Matta sin duda veía a Zahir como su segundo padre. Por cómo lo llamaba Matta -Ab, o Padre, Zahir-, ella sabía que lo veía como tal.

"¿Zahir?"

Intentó que su rostro y su voz no temblaran y supuso que lo había conseguido, ya que Zahir no parecía en absoluto turbado.

"Anna". Asintió con la cabeza en un saludo distante.

"Me gustaría acompañarte, si me lo permites".

"Como quieras".

Anna sintió que un nudo como un sollozo le subía por el pecho ante la frialdad helada de su tono.

Matta miró de uno a otro y frunció las cejas, pero no hizo ningún comentario.

Anna siguió el paso con Matta entre ellos, escuchando la charla de Matta y los comentarios indulgentes de Zahir. Cuando llegaron a la cetrería, Matta corrió hacia delante y se giró, su rostro pasó de la excitación a la preocupación al verlos a ambos, cerca pero a kilómetros de distancia.

"Mamá, ¿qué pasa entre Ab Zahir y tú? ¿Te has enfadado con él porque ha hecho algo malo?".

"¿Qué quieres decir?"

"Es que Ab Zahir mira cómo me siento cuando he hecho algo mal y me regañas. No deberías regañarle. Es el jeque".

Anna sintió que se le caía la mandíbula ante la injusticia de su acusación, pero fue incapaz de formar palabra alguna, salvo mirar a Zahir, cuyos ojos estaban llenos de risa.

Cuando se volvió hacia Matta, éste había desaparecido en la profundidad de la cetrería dejándoles solos.

"¿Cuál es tu expresión occidental? ¿De la boca de los niños?"

"¡Viene una absoluta y desinformada basura! *Debería echarte* la bronca porque te estás portando mal. Sí, probablemente debería haberte dicho que Matta era tu hijo, pero ¿sabes qué? Si tuviera tiempo otra vez haría exactamente lo mismo. Era mi hijo, su padre biológico no quería saber nada de mí y su padre adoptivo no estaba bien y yo..."

"Sí, lo sé..."

"Tuve que hacer...", se detuvo a mitad de frase, estupefacta. "¿Lo sabes? ¿Qué estás

diciendo?"

"Matta ha hablado de vuestra vida juntos en Nueva York. Sé un poco por lo que habéis pasado. Ha hablado de Abduallah y ha hablado de ti. Es un chico brillante".

"Por supuesto que lo es. Tiene mis genes".

Le sonrió. "Y la mía".

"Y eso debe ser lo que le convierte en un granuja".

"No, es lo que le hace incapaz de confiar a menos que se gane esa confianza".

"Confía en mí".

Sus ojos parpadeaban alrededor de su cara, como buscando algo.

"Y yo también quiero".

"Entonces trata de entender".

Anna se dio la vuelta y se alejó bruscamente antes de que las lágrimas que sentía brotar tras sus ojos comenzaran a caer. En cuanto desapareció de su vista, aceleró el paso y corrió a ciegas hacia el interior del palacio, sin detenerse hasta llegar a su despacho. Entró corriendo y cerró la puerta de un portazo, se apoyó contra la puerta y sollozó por el hombre que deseaba pero que no se esforzaba por comprenderla.

AQUELLA NOCHE ESTABA TUMBADA en la cama, con los ojos calientes cerrados, la brisa fresca sobre su piel caliente, su mente llena de la luz de las estrellas y las flores blancas que iluminaban el desierto después de la lluvia. Sólo parecía ver la luz cuando tenía los ojos cerrados. Algún día esperaba abrirlos y ver tanta belleza. Pero por ahora, no se atrevía a pensar en otra cosa que no fuera aferrarse a esa imagen mientras las emociones fluían y refluían en su interior.

Así había sido desde que lo dejó en el oasis. Las horas pasaban en ese lugar sin edad, moviéndose como la arena, siempre cambiante y cambiante, pero siempre con el mismo aspecto. Nunca había sido tan consciente de la sensación de esperar. Esperando a que le llegara la comprensión... o el deseo. Esperando un milagro. Pero no llegó ninguno.

¿Se había acabado todo tan rápido? ¿Su pasión había sido tan leve que una noche juntos había bastado para extinguirla?

Pasada la medianoche, se sumió en un sueño intranquilo, con los sueños llenos de la luz de las flores del desierto y el corazón lleno de esperanza. De repente se despertó, con los sentidos alerta. Se quedó inmóvil, aturdida, preguntándose por un momento dónde estaba, qué la había despertado. No se oía nada, no se veía nada en la oscura habitación. Pero sabía que era él. Silenciosamente se deslizó sobre la cama junto a ella.

"Anna". Ella cerró los ojos brevemente, derritiéndose ante su voz y su tacto cuando él se sentó en la cama a su lado, sus manos tendidas hacia ella, atrayéndola hacia él. Toda su rabia y dolor por su frialdad se olvidaron ante la realidad de su presencia.

Le pasó las manos por el pelo y le acunó la cara durante un largo instante, antes de acercar sus labios a los de ella, manteniéndola quieta para poder tomar todo lo que quería. Se sintió como si hubiera estado perdida en el desierto hasta ese momento, muriendo centímetro a centímetro bajo el sol sofocante y sin vida.

Ella no podía hacer otra cosa que darle todo lo que él quería... y más. Mientras sus bocas y lenguas seguían buscando satisfacción, en una pasión inquieta y angustiosa de giros, vueltas, presión de labios contra labios, de cuerpo contra cuerpo que se deslizaba, ella sintió el latido del corazón de él contra el suyo. Se sintió poderosa, elevada por la electricidad, resplandeciente de

conciencia, disparada por la necesidad.

Se levantó de repente y se alejó de la cama. Anna apenas podía oír la lágrima de un paquete por encima del jadeo de su respiración. Él volvió a estar con ella en segundos y ella lo rodeó con las piernas, enganchándolo y acercándolo a ella. Él se apartó de su beso. Y durante un largo instante se miraron en la oscuridad superficial, donde las emociones eran más tangibles que el vago contorno de lo físico. Pero ella pudo ver sus ojos, blancos y negros, intensos y exigentes. Sus ojos no sólo prometían, sino que cumplían. Le hacían el amor con la misma seguridad con la que su cuerpo estaba a punto de hacerlo. Sintió la conexión, íntima, fuerte y erótica, como si él la hubiera penetrado. Jadeó y sus piernas temblaron a su alrededor.

Su mirada no se apartó de la de ella mientras sus manos se deslizaban por las piernas temblorosas de ella, dándoles fuerza mientras se movía y las levantaba alrededor de ella para penetrarla. Alcanzó el clímax con la primera embestida, que él mantuvo allí, en lo más profundo de su ser, mientras ella abría la boca para gritar, pero la boca de él le impedía emitir sonido, silenciando su éxtasis mientras todo su cuerpo temblaba alrededor del de él. Sólo cuando el temblor cesó, él se movió: rítmico, implacable, entrando y saliendo de ella, cada movimiento tan intenso como el anterior. Era un reclamo. Y ella quería ser reclamada.

Él seguía observándola, pero ahora ella tenía la sensación de que su propia pasión se imponía a su necesidad de disfrutar de la necesidad de ella. Podía verlo en sus ojos, concentrado, su atención desplazándose de la de ella a un lugar de sentimientos desconocidos, desplazándose dentro de sí mismo mientras se entregaba a su pasión; mientras pasaba el control a su cuerpo y al de ella, unidos en su pasión.

Volvió a alcanzar el clímax, con fuertes gemidos de placer y el dedo de Zahir recorriendo sus labios mientras gritaban. Sólo entonces Zahir liberó su propio placer, en silencio, como un reflejo de la naturaleza interna de su clímax. Cuando sus ojos volvieron a centrarse en ella, pudo ver que un muro se había derrumbado. Su expresión era diferente. Abierto, conectando con ella a un nivel diferente.

Él se apartó rodando y, mientras yacían en silencio uno junto al otro, con los cuerpos resbaladizos de sudor y los rápidos latidos de sus corazones empezando a remitir, la mano de ella se acercó al cuerpo de él, palpando la cicatriz que había sobre su corazón.

"Lo siento". Sus palabras llegaron a ella tan silenciosamente que sintió que debían haber sido las suyas.

Ella se puso de lado, mirándole mientras él miraba al techo.

"Lo siento", repitió. "Por todo. Por perder el control aquella noche de hace seis años; por estar tan amargada cuando descubrí quién eras; por estar tan enfadada contigo. También siento que no pudieras hablarme de Matta, pero lo entiendo".

La sencillez de sus disculpas la sorprendió. Pero, más que eso, deseaba desesperadamente saber qué sentía ahora Zahir por Matta, si su engaño había cambiado su afecto por él. Pero no se atrevió a preguntar.

"He odiado no poder decírtelo. Es un alivio que lo sepas. Siento que he estado cargando con este enorme secreto durante tanto tiempo".

"Dime, ¿cómo se sintió Abduallah al cuidar del bebé de otra persona?"

"Él le quería. Nuestra *situación* era complicada, pero él lo entendía. Y le quería. Nunca pensó que tendría un hijo, así que Matta le pareció un regalo del cielo".

"Yo también. He querido un hijo toda mi vida pero sentía que nunca podría ser un padre adecuado para los niños, un marido adecuado para una esposa."

"¿Cómo puedes pensar eso?"

La miró entonces con mil años de cansancio en los ojos. "Porque", su mano apretó la de ella que aún yacía sobre su cicatriz, "si es que tengo corazón, está frío; está muerto".

Ella negó vehementemente con la cabeza. "No. Eso no es cierto."

"Ana", le acarició el pelo con una mirada de ternura que aclaraba el cansancio de sus ojos. "*Es* verdad. He matado y casi me han matado. He llevado esas lecciones a los mercados financieros y he sido despiadado en mi búsqueda de la riqueza de mi país. Estas no son las cosas que desearía que hiciera un hijo mío".

"Tú mismo dijiste que hiciste lo que tenías que hacer".

Asintió con la cabeza. "Y yo creía que mi destino era no tener hijos. Pero ahora, me has dado un regalo más precioso de lo que podrías saber o yo podría haber imaginado".

"¿Y Matta? Dime, ¿qué sientes por él ahora?"

"Mis sentimientos hacia él no han cambiado".

A Anna se le encogió el corazón.

"No podría sentir más por él de lo que ya siento".

Anna no podía hablar. Él no usó la palabra "amor", pero a ella no le importó porque, a su manera, le estaba diciendo que sí amaba a Matta. Y eso significaba mucho para ella. Porque a ella le aterrorizaba la idea de que él estuviera resentido con aquel niño inocente cuya paternidad le habían ocultado.

Permanecieron en silencio durante un largo rato, un silencio sólo roto por los sonidos de un búho que reclamaba su presa, el suave murmullo del agua en el patio y el susurro de las hojas de los arbustos junto a la ventana. Sintió que su mano buscaba la suya y la acariciaba antes de sujetarla con fuerza, como si no quisiera soltarla nunca.

"Bésame Anna". Su voz estaba ronca por la emoción. "Di que me perdonas."

Su boca encontró la de él en la oscuridad y aceptó sus disculpas con una expresión mucho más elocuente que las palabras.

SUS DÍAS se deslizaban en un patrón de apasionado amor nocturno y también, ahora, durante el día, dondequiera que se encontraran o dondequiera que acordaran encontrarse: la cueva del manantial, los rincones solitarios y olvidados del antiguo palacio o un lecho de flores suaves y florecientes. Dondequiera que estuviese a mano y en privado que pudieran dar rienda suelta a la lujuria que su amor nocturno sólo parecía despertar aún más.

Todo era como había previsto. Estaba consiguiendo lo que siempre había querido: tenerla en su cama. Y estaba superando su obsesión por ella. Sólo de imaginárselo, sólo unas horas antes, con sus manos impacientes subiéndole el vestido, liberándola de la ropa interior que había decidido no llevar, y levantándola para poder penetrarla, con sus manos agarrándola por el trasero mientras la penetraba, penetrándola hasta el alma, inmovilizándola contra la pared de una parte olvidada del palacio -llena de polvo, elevada y majestuosa-, incapaz de esperar a que llegara la noche.

Gimió con renovada excitación y trató de concentrarse en los libros que tenía esparcidos por el escritorio. A pesar del sexo apasionado, en su mente resonaba el sordo tintineo de una campana de alarma. Él estaba siempre tan ocupado, tan preocupado por los asuntos de Estado,

que apenas hablaban. Su relación era casi exclusivamente física. Él desbordaba su pasión por ella, tal como había imaginado. Pero cuando se saciara, ¿qué pasaría? Anna tenía la sospecha de que Zahir lo mantenía a propósito en ese nivel físico, reacio a aceptarla en un plano más emocional. No sabía por qué. Pero le resultaba difícil ignorar un persistente sentimiento de inferioridad. Ella no venía de su mundo, en ningún sentido. ¿Qué pasaría si se aburriera? ¿Todo terminaría, como él había predicho? ¿Se iría con otra mujer y qué le quedaría a ella si lo hiciera?

Ojeó irritada las páginas de un libro de texto. No tendría nada, sólo lo que pudiera crear para sí misma a partir de los restos de su pasión. Y de momento estaba concentrada en Matta, su orgullo y su alegría, y en sus estudios.

Matta seguía floreciendo bajo el cuidado y la guía de su extensa familia. Pero seguía acudiendo a ella en primer lugar en busca de amor. Ahora se daba cuenta de que sus temores de que se alejara de ella eran infundados. Tenía un gran corazón en el que había sitio para todos, pero con un lugar especial que siempre sería suyo.

Sonrió ante la foto de Matta con los dientes separados que tenía sobre la mesa y la acercó con el bolígrafo. Iba a convertirse en la imagen de Zahir, con su complexión y su colorido. Pero su naturaleza era diferente. Tenía la capacidad de cautivar a la gente con una alegría que Zahir no poseía y que ella recordaba vagamente de su infancia. Con una educación diferente, tal vez ella también habría tenido ese talento para la felicidad.

Y sus estudios iban bien. Recibía diariamente de Riad libros de texto, apuntes, monografías e investigaciones. Al fin y al cabo, era la clave de su libertad y de su futuro cuando Zahir se cansara de ella. A pesar de la agitación emocional, o a causa de ella, sus estudios eran la única constante que la mantenía en pie. Esperaba con impaciencia el viaje a París que había organizado para asistir a una semana de tutorías intensivas en la facultad de Derecho de la Sorbona.

Dejó caer el lápiz y miró hacia el jardín, ahora sofocante bajo el sol del verano. Matta disfrutaría de París. Además de sus estudios, había reservado tiempo para que estuvieran los dos solos. Su enfermera vendría, por supuesto, para cuando ella asistiera a la universidad pero, sin Zahir, no habría necesidad del habitual séquito de seguridad. No había tenido ocasión de comentárselo a Zahir, pero supuso que a él le daría igual. Cuando no estaba haciendo el amor con ella, estaba totalmente ocupado con la política y los negocios. No tenía tiempo para nada más.

De repente, la puerta de su estudio se abrió de golpe y Zahir entró con cara de trueno.

"¿Qué es eso de que te llevas a Matta a París sin mi permiso?"

"¿Ahora necesito tu permiso? Sabías que me iba. No pensaste que iba a dejar a Matta atrás, ¿verdad?"

"Deberías haberme contado tus intenciones".

"No pensé que valiera la pena molestarte. Has estado tan preocupada. Además, ¿cuándo debería habértelo dicho? No hacemos nada que implique conversación ni de noche ni de día. ¿Cuándo, exactamente, crees que debería haber planteado esto?".

"Podrías haberme escrito".

Ella explotó. "Te escribí una nota. Por supuesto. Así es como todos los maridos y esposas se comunican. Escribiendo notas. ¡Zahir! Eres imposible. ¿Por qué nunca me hablas? ¿Por qué sigues distanciado de mí cuando no podemos quitarnos las manos de encima cuando estamos solos? No, no respondas a eso. Yo sé por qué".

"¿Por qué?"

Levantó las cejas y se encogió de hombros, perfeccionando esa actitud indiferente cuando se

moría por dentro. "Porque me quieres para el sexo y te odias por querer a alguien como yo".

"Te equivocas."

Levantó la mirada expectante, sin atreverse a esperar. "No, supongo que no te odias a ti misma".

"¿Cómo puedes pensar tan poco de ti misma como para imaginar que no estaría orgullosa de quererte para ti... toda tú, tu pasado y tu presente?". La agarró por los hombros. "¿Me oyes, Anna? Toda tú. Eres *tú* quien se odia a sí misma".

"Entonces, ¿por qué la distancia?"

Lo soltó y se encogió de hombros ligeramente. "Así es mi carácter y tendrás que acostumbrarte a ello. Soy quien soy, como tú eres quien eres. Yo te acepto, ahora tú debes aceptarme a mí".

"No tengo muchas oportunidades cuando te veo sólo por momentos robados durante el día y por la noche cuando tenemos otras cosas en la cabeza".

"Entonces eso cambiará, ¿no?, cuando vaya a París contigo".

"No. Voy a ir solo con Matta y Muma Yemena. Sólo nosotros".

"¿Y por qué querrías eso?"

"Sólo para pasar un rato tranquilo y normal con mi hijo".

"*Nuestro* hijo." Abrió la puerta detrás de él. "Y ya voy."

"¿Para controlarme, para controlar a Matta? ¿Eso es todo, no?"

Esperó una respuesta que no llegó.

"Acéptalo, Anna. Ya voy".

Cerró la puerta dejándola sola y sumida en un torbellino emocional una vez más. Obviamente, ella tenía razón. Su necesidad de control lo superaba todo.

ZAHIR CAMINABA con su habitual determinación por las salas de recepción en dirección a su despacho, sabiendo que no había nada en él que reflejara la confusión que guardaba en su interior. Y así era como le gustaba.

Estaba equivocada. Mantenía las distancias con ella porque no tenía elección. No podía arriesgarse a acercarse a ella, a aliviar la tristeza que aún sentía en su interior. Porque lo único que aliviaría su dolor era lo único que nunca podría admitir. Se frotó la cicatriz con la mano, sintiendo el latido del corazón bajo ella. El tejido cicatricial fortalecía la piel, sellando eficazmente lo que hubiera debajo con una barrera fea, pero casi impenetrable. No tenía ni idea de lo que había debajo de la cicatriz y no tenía intención de averiguarlo nunca.

Y también se equivocaba sobre su deseo de acompañarla a París. No era su necesidad de control lo que le hacía querer ir con ella. Era el miedo. Miedo de que ella lo dejara.

8

Zahir no podía apartar los ojos de Anna.

Ella estaba sentada frente a él, mirando por la ventanilla las nubes grises mientras descendían en el aeropuerto Charles de Gaulle. Sus ojos brillaban, iluminados desde dentro, de una forma que le entristeció. No la había visto así en Qawaran, a pesar de que allí parecía haber florecido. Sus ojos se desviaron hacia sus pechos, donde la siesta de su camisa de seda brillaba al tirar ligeramente cuando ella se movía. Sintió que se agitaba, deseándola como siempre la había deseado. Pensó que cuando fueran amantes, su necesidad de ella disminuiría. Pero, pensó con tristeza, en todo caso se intensificaba y se volvía más incontrolable. Odiaba estar fuera de control. Frunció el ceño y siguió su mirada.

"¿No te gusta París?" Anna obviamente confundiendo la causa de su ceño fruncido.

"Es una ciudad, como cualquier otra".

Sonrió y miró hacia la ciudad que se dibujaba a sus pies.

"Bueno, si no te gusta, ¿por qué vienes? ¿Crees que me escaparé con tu hijo?"

"¿Qué sentido tendría? No hay ningún lugar donde puedas esconderte de mí. Te encontraría como te encontré antes. Y tú lo sabes".

La vio tragar saliva y un momento de pánico cruzó su rostro. Se sentó y suspiró. Estaba enfadado consigo mismo. Fue un golpe bajo. Estaba enfadado con ella porque la deseaba mucho y su necesidad crecía de formas que no podía controlar, formas que no deseaba considerar. Pero aún así no necesitaba haberla provocado con su falta de libertad.

Sin embargo, pronto se recuperó y le dirigió una mirada igualmente irritada.

"Entonces, ¿por qué estás aquí? Siempre pareces tener mucho que hacer en Qawaran. Me sorprende que hayas podido escaparte. No me digas que es mi encanto lo que te ha alejado de todo lo importante".

"Tengo negocios en París". Su rostro cayó ligeramente y él sintió su eco con más fuerza en su interior.

"Ya veo."

La inclinación de su barbilla mientras miraba el mosaico de campos que había debajo le conmovió.

Se inclinó hacia delante, le cogió la barbilla con los dedos y atrajo su rostro hacia el suyo, escrutando los grandes y expresivos ojos azul grisáceo que no ocultaban sus sentimientos.

"Pero nada que no pudiera haber logrado desde Qawaran. Quería estar contigo".

Se le aceleró la sangre cuando sus ojos, llenos de esperanza, recorrieron sus labios. "Me alegro de que hayas venido".

Sus ojos estaban oscuros por la pasión anticipada.

Se hundió de nuevo en la silla y cerró los ojos, tratando de controlar su necesidad de tomarla allí mismo.

"Háblame, Anna. Sobre cualquier cosa".

Ella se rió, capaz de leer su mente. "París entonces. Es como café con nata".

Sacudió la cabeza. "Tú, Anna, estás obsesionada con la comida estos días. Debes estarlo, porque he oído describir París de muchas maneras, pero ninguna así".

"No, en serio. Es una ciudad tan cremosa. Recuerdo la primera vez que vine aquí con Abduallah". Su rápida mirada hacia él fue para comprobar si le molestaba la referencia a Abduallah. A pesar del amor que sentía por su hermano, no pudo evitar sentir una punzada de celos. Lo controló al instante. "Me pareció más hermoso que todo lo que había visto. La luz era tan suave, los edificios tan antiguos y grandiosos, la gente tan elegante".

Cerró los ojos para ver mejor lo que ella describía. "Es todo eso y más".

"Y te conocí aquí".

Sintió que se alejaba. "Lo que nunca entendí fue por qué Abduallah no te hizo compañía aquella noche en el bar del hotel. ¿Dónde estaba?"

Ella parpadeó suavemente, mirando hacia la llanura, más allá de la cual la ciudad brillaba a través de una bruma neblinosa. Pero él sabía que ella no estaba pensando en la ciudad, su mirada estaba demasiado abstraída.

"Zahir. ¿No lo entiendes? Estaba con amigos. No estábamos juntos entonces. No éramos pareja pero él quería fingir que lo éramos, por tu bien".

"Por mi bien. ¿De qué estás hablando?"

"Abduallah, él..."

"¿No quería admitir que su matrimonio había fracasado?"

Levantó brevemente las cejas. "Algo así".

No entendió su tono resignado. "No debería haberse preocupado. Estas cosas pasan. Y habría facilitado las cosas entre tú y yo".

"No podría traicionarlo".

Le revolvió un mechón de pelo por encima del hombro. "Y yo que pensaba que le habías traicionado".

"No. Sólo me había traicionado a mí mismo".

"¿Y eso qué quiere decir?"

"Era la primera vez, desde aquella vez de la que te hablé, cuando tenía catorce años, que había estado con un hombre".

"¿Aparte de Abduallah, quieres decir?"

Suspiró. "Cambiemos de tema". Le cogió de la mano mientras ambos miraban por la ventana. "París. Es una ciudad para pasear". Miró a la puerta tras la cual sabía que descansaban los guardaespaldas. "¿Tienen que ir a todas partes con nosotros?"

"Por supuesto".

"¿Pero no estaría bien, sólo por una vez, que estuviéramos solos? Te quiero a ti. Toda para mí".

Se rió. "Eres una chica codiciosa y egoísta".

Le encantaba cuando se reía. Estudió su rostro. Sus líneas estaban relajadas y en sus ojos

brillaba el humor. El pelo corto le había crecido últimamente y le caía sobre la cara en suaves ondas hasta rozarle el cuello. Ella lo recorrió con los dedos, no sólo disfrutando del tacto del espeso cabello, sino también del destello de sensualidad que se encendió en sus ojos al contacto con ella. Se sentó de nuevo frente a él, decidida.

"¿Soy codicioso? Tal vez debería dejar de ser tan codicioso. Sí, no quisiera que pensaras que estoy tan fuera de control".

"Mujer", gruñó, "es la única vez que te digo que no me hagas caso. Sé codiciosa". Se inclinó y le frotó las palmas de las manos con firmeza por las piernas.

"No", dijo primorosamente, "no estaría bien, no con tanta gente alrededor".

"Están al otro lado de una puerta por la que nadie se atrevería a entrar sin antes llamar y esperar mi orden de entrar".

Sus manos subieron por su cuerpo y la atrajeron hacia él. No pudo resistirse a su atracción más que a la gravedad.

La besó larga y duramente, hasta que ella se tumbó debajo de él, con las manos alrededor de sus caderas, atrayéndolo más hacia él.

Luego se separó de sus labios, sonriendo. "Ahora no, Zahir. Matta se despertará pronto y se unirá a nosotros".

Como si fuera una señal, llamaron a la puerta, ordenaron brevemente que entraran y Matta, somnoliento, tropezó hacia ellos: un inocente que esperaba que le abrieran los brazos, que esperaba que le tranquilizaran y reconfortaran y lo recibió.

Con Matta medio dormido en el regazo de Anna, Zahir los abrazó y le besó el pelo.

Rozó con la mano el pelo de Matta y se volvió hacia Zahir. "Y no sólo guardaespaldas, ¿por qué no darle también unos días libres a Muma Yemena? Sé que tiene relaciones en París".

"Qué considerada eres, Anna. Nada que ver con el hecho de que tú también lo quieres todo para ti".

"Sólo quiero que estemos juntos, los tres solos, como una familia normal".

"¿Normal? ¿Qué tiene eso de bueno?"

"Todo".

Ella cerró los ojos mientras la mano de él le recorría la cara, alrededor de los ojos y la boca.

"No hay nada 'normal' en ti".

"No digas eso", susurró.

Sintió sus labios sobre sus párpados, aún cerrados para que él no pudiera ver el daño que le habían causado sus palabras.

"Eres extraordinario en un sentido muy positivo, emocionante. Lo ordinario para mí es algo sin interés. Abre los ojos".

Ella lo hizo. "Entonces quizás seamos dos inadaptados juntos".

Sonrió. "Quizás".

Todavía le dolía. Se apartó mientras el avión daba dos tumbos en la pista y el ruido de los frenos llenaba la cabina, despertando a Matta por segunda vez. Se alegró de la distracción de Zahir, que levantó a Matta en brazos y lo sentó en su regazo para mirar por la ventanilla.

No quería ser una inadaptada. Quería sentirse normal.

"Entonces, Matta, ¿qué crees que deberíamos hacer primero en esta hermosa ciudad?"

Matta se frotó los ojos y miró por la ventana. "No lo sé".

"Algo muy especial, creo".

"¿Comida?", sugirió Anna.

Zahir se rió. "Por supuesto. ¿Y qué más, eh Matta? ¿Te acuerdas de lo que hablamos anoche?".

A Matta se le iluminaron los ojos. "¡Disneyworld!", gritó.

ESA MISMA TARDE, con Matta cabeceando somnoliento sobre los hombros de Zahir, caminaron por las frondosas calles del barrio del Marais, seguidos a discreta distancia por un solo guardaespaldas. Una luz intensa se filtraba entre las hojas quemadas por el sol y el bullicio de los transeúntes, los compradores y la gente que se detenía a contemplar los hermosos edificios históricos del distrito.

"¿Dónde está exactamente tu casa?"

"Tengo dos casas aquí. Una para la familia, junto a los Campos Elíseos, y otra para mí". Se volvió hacia el viejo edificio que tenían enfrente. "Aquí."

Miró hacia el edificio de cuatro plantas. "Vaya casa".

"Quería estar en medio de todo". Levantó a Matta por encima de su cabeza, cogió al niño dormido en brazos y, tras marcar un código de seguridad, entró en el gran patio, repleto de enormes tinas de naranjos. El guardia de seguridad entró inmediatamente en un edificio contiguo, dejándolos a los tres solos por primera vez.

Anna miró asombrada el enorme espacio diáfano. "Vaya. Nunca habría creído que esto existiera dentro de un edificio del siglo XVII".

La ostentosa fachada del siglo XVII había dado paso a la vida del siglo XXI en el interior. Los suelos de madera pintados de negro, junto con las paredes de yeso blanco y los muebles minimalistas hablaban de sencillez y lujo al mismo tiempo. Era Zahir hasta la médula.

"Lo rediseñé para adaptarlo a mis necesidades".

"¿Y *necesitas* una piscina a lo largo de toda la casa?", dijo Anna mientras se acercaba a la pared de cristal que separaba la piscina, iluminada desde arriba por un alto techo abovedado de cristal.

"Por supuesto. Me encanta el agua".

"Un rey del desierto que ama el agua".

"Todos los reyes del desierto respetan al máximo el agua".

Zahir dejó caer suavemente a Matta en el sofá y lo cubrió con una suave manta de angora. Sonrió y se recostó contra la pared. Le encantaba verlo con Matta. Una vez acomodado, se acurrucó para dormir, cansado de tanta emoción y dulces.

"Tu casa es preciosa".

Sonrió, sus labios se curvaron sexymente mientras se acercaba a ella y le quitaba la chaqueta de los hombros.

"Me gustan las cosas bonitas. Sobre todo cuando se reducen a su estado original". Tiró la chaqueta al sofá de cuero y le rodeó la cintura con las manos.

Ella se apartó, riendo. "Tengo que llevar a Matta a la cama. Está agotado. Menos mal que comió bien antes. Está fuera de combate".

Zahir lo levantó suavemente. "Lo llevaré a la cama".

ANNA BEBIÓ un sorbo de vino y observó cómo las llamas del fuego ascendían por la chimenea, prendiendo trozos de pelusa que se quedaban pegados a la chimenea antes de salir despedidos hacia el cielo. Siempre le habían gustado las chimeneas y, aunque aún era verano, Zahir la había

complacido.

Bostezó y se estiró en la alfombra. No recordaba cuándo se había sentido tan relajada. Sonrió al oír a Zahir darle las buenas noches a Matta en bedu por el interfono. Siguió un silencio en el que Anna supo que Zahir había besado a su hijo. Cerró los ojos y sintió que se le entornaban de emoción. Era todo lo que siempre había deseado y todo lo que nunca se había atrevido a soñar.

Anna no oyó a Zahir volver a entrar en la habitación. No lo necesitaba. Sintió su presencia como si fuera algo tangible, como un cambio en el aire, una tensión en el éter. La rodeó con el brazo y se unió a ella en el suelo, frente al fuego.

Suspiró, un profundo suspiro de satisfacción que a ella le decía más de lo que podrían decirle las palabras. Estaban solos, con el futuro por delante, y todo ante ellos. Juntos eran tan fuertes. Ella estiró las piernas y las enroscó sobre las de él como si su cuerpo fuera el suyo. Nada podía romper este vínculo. Nada. Inclinó la cabeza hacia arriba, apoyada en su hombro, y oyó el siseo del fuego cuando una llama preocupó a un trozo de madera resinosa y la luz parpadeó en el techo.

"Gracias por lo de hoy. Significó todo para mí. Ha sido precioso".

"Fuiste tú quien lo hizo encantador. No yo. Eres tú quien hace que estas cosas sucedan, las hace funcionar, las hace completas."

Las palabras salían directamente de su corazón, ella podía sentirlo en el timbre de su voz y en la sencillez de sus palabras. Cada vez que decía algo importante, lo expresaba en los términos más sencillos. Y así era él, pensó. Honesto, recto. Un hombre "bueno". Alguien a quien se le podía confiar cualquier cosa. Tal vez incluso la verdad. Excepto que él no quería saber la verdad sobre Abduallah.

Ella se movió. "Zahir. Sobre Abduallah, yo..."

Frunció el ceño. "No hace falta que me digas nada. Ya te dije una vez que mi recuerdo de Abduallah, tal como era y lo que representaba, es importante para mí".

"Pero..."

La silenció con el dedo antes de que recorriera sus labios. "Pero, nada. Todo lo que necesito saber está aquí, en las líneas de tu cuerpo, en la curva de tus labios. No necesito saber nada más". Le besó el pelo. "Confío en ti, Anna, como nunca he confiado en nadie".

Y ella podía verlo en sus ojos. Estaban desnudos, indefensos por primera vez. Pero aún así, en lo más profundo de su ser, había un miedo vacilante y vacilante que se negaba a extinguirse.

La besó, aquietando su mente, empujando el miedo hacia abajo, hasta que ya no pensó más en él. Como todo lo que hacía, su mente estaba completamente concentrada en ella, sus labios se movían sobre los suyos con fuerza y pasión, pero esta vez también con una exquisita dulzura que era más alucinante que todo lo anterior.

Ella abrió la boca bajo la de él y él se apartó y le tocó los labios, su dedo recorrió su boca antes de que sus labios rodearan su dedo y su lengua lo recorriera en toda su longitud. Vio cómo sus ojos se oscurecían al concentrarse en sus labios. Retiró lentamente el dedo y volvió a besarla con la misma intensidad, pero ahora con más fuerza y profundidad.

Poco a poco fue abrochándole los botones de la camisa a través de los agujeros, tomándose su tiempo para abrirla más y dejar caer un beso sobre cada centímetro de piel recién descubierto.

Sonrió, como si le ofrecieran un festín, mientras empujaba la camisa desabrochada y descendía una vez más, con sus labios arrastrando besos por su vientre hasta el sujetador. Le besó los pechos por encima del sujetador, sin hacer ademán de desabrochárselo. Su lengua siguió la curva de la parte superior del satén. El corazón le latió con fuerza. Sus manos la inmovilizaban

para que no pudiera moverse. Era la tortura más exquisita. Quería responder. Intentó mover las piernas, las caderas, pero él se sentó ligeramente encima de ella para que no pudiera moverse. Luego, muy despacio, le desabrochó el sujetador y apartó suavemente la endeble pieza de satén blanco.

Sus pechos subían y bajaban irregularmente con su respiración entrecortada, sus pálidos pezones se erguían tensos por la expectación. La lenta sonrisa descendió primero sobre uno y luego sobre el otro. Un delicado pellizco y una larga y lenta succión antes de pasar al otro. La tensión de su contacto se hizo más profunda en su interior, agitándola y tirando de ella como si estuviera atrapada en una red de deseo a lo largo de la cual el más leve movimiento creaba las ondas correspondientes que amplificaban la estimulación original.

Ella levantó la cabeza hacia la de él, pero él se limitó a retroceder, sonriendo. "No, *habibti*, recuéstate. Quiero hacerte el amor".

Ella se derritió ante sus palabras. Habían tenido mucho sexo, pero era la primera vez que esas palabras cruzaban sus labios. Y lo que más deseaba era que le hicieran el amor. Así que se quedó tumbada, como una marioneta adorada, mientras él movía sus hilos, dándole vida con sus labios y sus caricias.

Él se movió hacia abajo, apartándole la ropa, un poco más deprisa ahora, se dio cuenta ella, cuando empezó a perder el control. Y sus labios descendieron hasta sus muslos, acariciándolos con una sensación que se transmitió a través de cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo.

Volvió a caer en un dichoso medio estado de sumisión a los escalofríos de deseo que recorrían su cuerpo y que absorbían cada parte pensante de su cerebro. Ahora sólo había sensaciones y Zahir. Ambos estaban inextricablemente unidos. Se movían como uno solo mientras Zahir creaba magia con su boca y su lengua que, con cada roce, la disparaba a un lugar que tenía menos conexión con lo físico y más con lo emocional.

Entró en espiral rápidamente y, mientras ella le agarraba por los hombros, sus gritos llenaron la habitación. Sólo entonces se levantó, satisfecho. Con su característico movimiento mínimo y eficaz, se dio la vuelta y se arrancó la corbata, se quitó la chaqueta y se despojó del resto de su ropa.

Ella observaba en un pesado estado de relajación, sonriendo ante la belleza de su cuerpo que se iba revelando poco a poco. La anchura de los hombros y la fuerza de los músculos que había debajo. Su cintura no era la de un joven afilado, sino tan fuerte y musculosa como el resto de su cuerpo. Era el cuerpo de un hombre, con sus cicatrices, músculos y tendones. Era *su cuerpo de hombre*.

Se giró, la miró y se le cortó la respiración. Era tan hermosa. Pasó las palmas de las manos por sus piernas, sus muslos, su sexo, su vientre, sus pechos antes de hundir los dedos en su pelo y acercar su boca a la suya en un beso que era una promesa de lo que estaba por venir. Luego saboreó su cuello, sus pechos, su hombro -deteniéndose cada pocos segundos para observar cómo su piel se tensaba con la piel de gallina- antes de seguir adelante, hundiendo la nariz en su pelo, respirando profundamente su fragancia. No era el perfume, ni el champú, sino ella. Tenía la frescura de la pureza, de la hierba recién cortada, de un día en la playa, del desierto después de una ducha. No tenía necesidad de conocerla más que eso. Era su esencia.

Se echó hacia atrás y se arrodilló ante ella, levantándole las caderas para poder penetrarla. Con las piernas de ella apretadas a su alrededor y él enterrado profundamente dentro de ella, sintió la familiar sensación de intensa excitación, así como de intenso alivio. Se sentía como en

casa. Ella se estremeció bajo él y echó la cabeza hacia atrás con un eco de la misma felicidad que lo llenaba a él.

Su cuerpo respondió a la estimulación de sus sentidos como siempre hacía con ella, empujando profundamente dentro de ella, deseando el contacto más intenso posible. Ella se retorcía a su alrededor y contra él, buscando aún más estimulación, y él se maravillaba de su delgadez bajo sus manos. Sus dedos rodearon sus caderas y su trasero: tan ligeros que sintió que la llenaba por completo.

Volvió a sentir la abrumadora necesidad de cuidarla, de quererla, contra la que había estado luchando desde que supo que no podía ser suya. Había vuelto a luchar contra ella cuando llegó a Qawaran, creyendo que no sentía más que una lujuria que debía satisfacer. Pero ahora sentía que ya no podía luchar contra ello y, por primera vez, se dejó inundar por su necesidad de abrazar y querer.

Sus manos la estrecharon contra él y, con cada movimiento de ella y de él, se dio cuenta de que le estaba haciendo el amor tanto a él como él a ella. Y se sentía bien.

Sus labios buscaron los de ella y se dieron un beso que era tan diferente de sus otros besos como la luz de la oscuridad. Aún había fuego, pero también un deseo que no era egoísta, sino generoso y gozoso. Conectados, cayeron sobre sus costados, moviéndose el uno contra el otro, no con abandono, sino con sensual cuidado, como uno solo.

Lentamente, muy lentamente, sus labios se separaron y Anna se dejó caer sobre la alfombra. Allí permanecieron, con la mirada fija en él, mientras él seguía empujando y soltando, tan rítmico como el flujo y reflujo de la arena, que formaba y volvía a formar las colinas de arena que se extendían como olas por el desierto. Sólo después de que ella gritara, él dejó escapar su propio control y se abandonó a la dicha de la sensación abrumadora.

SE TUMBARON juntos viendo llegar la oscuridad en silencio. Anna se acurrucó en sus brazos como nunca antes lo había hecho. Sabía que algo había cambiado para él y que, por eso, también había cambiado para ella. Pero no se atrevía a preguntar, cuestionar o intentar que él se lo explicara por si mataba algo de la magia que sentía. Lo *sabía* mejor si no se lo explicaba. Porque lo que sabía era que acababan de hacer el amor por primera vez. Y las cosas nunca volverían a ser como antes.

Quería retener y conservar para siempre presentes las últimas veinticuatro horas. Habían sido las mejores de su vida. Había llegado a conocer a Zahir y a saber de sus fortalezas y vulnerabilidades. Y habían sido sus vulnerabilidades las que habían llegado a su corazón.

Su corazón. Nunca había imaginado que hablaría de su corazón. Sonrió, sus labios se movieron contra la cálida piel de él mientras se curvaban. Seguramente no se había imaginado su cercanía. Él no sólo quería vivir su pasión con ella, sino que era amable, cariñoso y considerado. No, no podía ser sólo su imaginación. Tal vez, sólo tal vez, había encontrado un hogar con él.

9

Zahir pasó la mayor parte de la noche despierto en un estado de alerta. Había oído el estallido de los pájaros que habitaban su jardín y los parques y plazas de los alrededores, y había observado cómo la pálida y lechosa luz del amanecer de una mañana nublada se abría paso a través del entramado de ramas del exterior del dormitorio y se introducía en la gran habitación, desplazando sombras de luz y oscuridad sobre la pared blanca.

Había estado aquí cientos de veces, viendo lo mismo, pero nunca se había sentido así.

Locura de verano, pensó, sintiendo el latido constante del corazón de Ana bajo su mano. Pero sabía que no pasaría como las estaciones. El otoño llegaría, las hojas caerían y él seguiría deseando a Anna. El invierno causaría estragos, pero su pasión permanecería intacta. Y entonces volvería la primavera, trayendo consigo la renovación y el fortalecimiento de todo lo bueno.

Y ahora sabía lo que era bueno.

La sintió agitarse bajo sus caricias. Se movía sensualmente en la cama. Le encantaba cómo se movía, como si su cuerpo disfrutara del contacto con la sábana, encontrando placer en su tacto, sensibilizándose y preparándose para lo que le deparara el día.

Ella gimió ligeramente y rodó hacia él, mordiéndole juguetonamente en el costado, mientras subía la cabeza hasta tenerla junto a la suya. Sonrió.

"Estaba teniendo el sueño más increíble".

"¿Sobre mí?", añadió, sabiendo que la arrogancia la divertiría.

Sacudió la cabeza. "Eres un caso perdido. No, no sobre ti". Frunció el ceño. "En realidad, la ausencia de ti". Lo miró para asegurarse de que no se ofendía y él esbozó una sonrisa cortés.

"¿La ausencia de mí?" Gruñó.

"Soñaba que era un abogado cualificado, que viajaba por todo el mundo, libre para aceptar el caso que quisiera".

"¡Tú y tu libertad, otra vez!" Intentó no sonar serio, trató de tapar la herida que sus palabras habían creado y por su expresión parecía que lo había conseguido.

Ella sonrió. "Sí, yo y mi libertad". Se dio la vuelta como si quisiera levantarse de la cama, pero él la agarró de la mano. No quería que le dejara, y menos con la palabra "libertad" en los labios. Tarde o temprano tendría que vérselas con ella. Pero no ahora.

"¿Dónde crees que vas?"

Anna se rió y volvió a caer en la cama. "Por Matta. Ya debe estar despierto".

"Dejemos dormir a los niños".

"No es propio de él. Normalmente ya está rebotando por las paredes".

"Sigue profundamente dormido, si no le habríamos oído por el interfono. Está cansado de toda la actividad de ayer. Necesitará dormir".

"Quieres decir que es conveniente que duerma".

"Da la casualidad de que eso también es cierto". La mano de Zahir se enroscó alrededor de la curva de su cintura y recorrió ligeramente su cuerpo antes de atraerla hacia él una vez más. "Ahora, ¿dónde estábamos?"

Antes de que Anna pudiera protestar, los labios de Zahir se aseguraron de que no iba a ninguna parte.

Pasó otra hora antes de que se fuera a duchar.

ZAHIR NO RECORDABA cuándo se había sentido tan en paz. Escuchó cómo corría la ducha, mezclándose con la lluvia que ahora se inclinaba contra la ventana, y disfrutó de la sensación de pesadez que le invadía hasta los huesos. ¿Cómo lo había conseguido? ¿Cómo había llegado al punto de conquistar su corazón? Ni siquiera lo había visto venir. Porque no había estrategia de la que ser consciente. Porque ella lo hizo simplemente por el hecho de ser Anna: generosa y generosa. Astuta. Sonrió. Debería haber sabido que la única forma de ganarle era utilizar métodos con los que no estaba familiarizado en absoluto.

Se apoyó en la cama cuando ella salió de la ducha y la vio vestirse.

"¿Crees que esto es un deporte para espectadores?" Dijo sin mirar por encima del hombro.

"Mucho. A menos que quieras convertirlo en un deporte de participación del público". Empezó a levantarse de la cama.

"¡No!" Ella soltó una risita. "Vuelve a la cama. Tengo que levantar y preparar a Matta".

"Te dije que deberíamos haber traído a su enfermera".

Se acercó y se sentó a un lado de la cama. Le apartó un mechón de pelo que le caía sobre el hombro. Su dedo acarició el estribo de su sonrisa.

"Zahir. Ahora somos una familia. No necesitamos una enfermera".

No había pensado que pudiera sentir más de lo que sentía. Pero se equivocaba. La atrajo hacia sí y la besó suavemente en los labios.

Cuando volvió a reclinarse en la cama, su mano recorrió su pelo, su espalda y se detuvo en su trasero.

"Entonces, ve, prepara a Matta y pasaremos un día en familia".

Se rió. "Tan normal". Se levantó y empezó a alejarse. Luego miró hacia atrás con el ceño ligeramente fruncido. "Sabes, eso es lo que siempre quise".

"¿Y ahora? ¿Te basta con ser 'normal' o es la libertad lo que sigues anhelando? ¿Libertad para ser la mujer que siempre has soñado ser, sin las trabas de un marido exigente?". Cubrió la seriedad de su pregunta con una sonrisa. "Dime Anna. ¿Qué es lo que más deseas?"

Su ceño se frunció y sonrió. "Soy una mujer, Zahir. Lo quiero todo". Y salió de la habitación. Puede que ella lo tomara a la ligera, pero él sabía que decía la verdad. Sintió que su luz se apagaba. Tal vez él nunca sería suficiente para que ella borrara su pasado, para que creyera que lo tenían todo juntos, que no necesitaba seguir buscando ese algo escurridizo que la llevaba una y otra vez a esa meta de libertad.

A LA VUELTA de la comida, Zahir y Anna levantaron a Matta a la de tres, balanceándolo entre los dos mientras él chillaba de alegría.

La lluvia había disminuido hasta convertirse en una ligera llovizna y Matta, disfrutando del recuerdo de los días lluviosos en Nueva York, había insistido en que caminaran bajo la lluvia. Riendo, se detuvieron frente a un bar muy iluminado.

"Mira, mamá, ahí está el tío James". Señaló a un hombre alto, con el pelo rubio cuidadosamente despeinado y una enorme sonrisa amistosa, que estaba a punto de entrar en el bar. "¡Tío James!" Matta se acercó corriendo al hombre, cuya cara se iluminó aún más al verle.

"¡Mattie! ¡Mírate! Has crecido tanto. Pronto serás tan alta como tu papá".

Zahir sintió que la ira inundaba su cuerpo. ¿Quién era ese desconocido que levantaba a Matta en el aire? Zahir frunció el ceño y miró a Ana, que sonreía al desconocido antes de mirar fijamente a Zahir.

"Zahir". Anna caminó hacia Matta y el desconocido. "Este es James."

James besó a Anna en ambas mejillas y Zahir pudo ver que entre ellos existía un verdadero afecto. Entonces James se volvió hacia él.

"El hermano de Abdie". Debe serlo. Os parecéis tanto".

James le tendió la mano, que Zahir cogió de mala gana.

"El hermano de Abduallah, si te refieres a él."

Matta se colgó del brazo de James.

James sonrió, una amplia sonrisa desarmante. "Claro que sí. Y eres tal y como él lo describió".

"De verdad". La fría respuesta de Zahir fue contenida en comparación con la fría ira que llenaba sus venas.

Anna miró de uno a otro. "Entonces, James, ¿qué te trae a París?"

"Trabajo y placer. Siempre placer". Se rió.

Zahir los observó charlar tranquilamente antes de que Anna pusiera fin a la conversación tras echarle una rápida mirada.

"Debemos irnos. Pero tened cuidado".

Se dieron más besos antes de seguir caminando por la calle. Zahir se giró una vez para ver a James desaparecer en el bar y sus ojos se fijaron en el interior y en la música que retumbaba en la calle.

Caminaron en silencio por los Campos Elíseos, mientras el tráfico ahogaba la incesante conversación de Matta con Anna y sus pacientes respuestas. Zahir sintió que se encerraba en sí mismo. Siempre su primera línea de defensa, lo sabía. Pero, por el momento, las implicaciones de lo que acababa de ver lo hacían necesario.

Giraron por una calle lateral y se detuvieron ante una impresionante casa adosada.

"¿Esto es todo?"

"Sí."

Anna enarcó las cejas. "¿Te refieres a todo?"

"Por supuesto. Mi hermana vive sólo en un ala y el resto es para visitar a la familia".

La puerta se abrió de par en par y un sirviente les hizo pasar al elegante salón, donde la hermana de Zahir, Firyal -más grande que la vida-, celebraba la corte rodeada de su familia, más grande que la media.

Anna observó a Zahir con aprensión. No podía no haberse dado cuenta de que James, el íntimo amigo de Abduallah, era gay y había entrado en un bar gay. Pero no hizo ningún

comentario. Anna se acomodó para escuchar a su cuñada, a la que sólo había visto una vez en la boda, y ver jugar a sus hijos.

No se sorprendió cuando Zahir no se unió a ellos.

"Firyal, debo irme. Tengo negocios."

Firyal asintió amablemente, aunque obviamente esperaba que se quedara. Parecía que sus hermanas y su familia actuaban como si Zahir fuera Dios. No me extraña que le chocara tanto cómo le trataba Anna.

"Anna". Él asintió y Anna se levantó de un salto y caminó con él hacia la puerta.

"Zahir, ¿quieres hablar? ¿Quieres saber algo?"

Sacudió la cabeza. "Lo que quiero es alejarme un tiempo".

"¿Puedo ir? Estoy seguro de que Firyal cuidará de Matta".

Sacudió la cabeza y cerró la puerta delante de ella. Había tanto que necesitaba decirle, tanto que quería tranquilizarle. Pero se sentía impotente ante su intransigencia. Era un solitario. Acostumbrado a hacer las cosas, a resolverlas, solo. Se dio la vuelta y volvió al salón. Sólo esperaba que él resolviera bien las cosas.

La tarde transcurrió con Anna pasando el tiempo con la hermana de Zahir, una mujer con la que apenas tenía nada en común, salvo los niños. Matta jugaba y conversaba fácilmente con sus primos, su tía y sus amigos. Se sentía orgullosa de la facilidad con la que encajaba y aliviada al ver cómo su carácter afable se ganaba a la gente. La vida no sería tan dura para Matta como lo fue para su padre.

Anna no podía evitar mirar cada vez con más frecuencia su reloj. Habían pasado horas y aún no había rastro de Zahir, ni una palabra en su teléfono. Lo conocía muy bien y sabía que necesitaba estar solo. Pero también tenía miedo. ¿Qué ocurría cuando los parámetros definidos del mundo de un hombre fuerte se desintegraban; cuando una creencia fuertemente arraigada se evaporaba ante tus ojos? El hecho de que no hubiera habido ninguna reacción externa, ni siquiera un parpadeo de expresión que revelara la confusión que ella sabía que había en su interior, sólo la preocupaba más.

"No te preocupes por Zahir. Es un hombre ocupado".

"Lo sé. Es sólo que..."

"¿Te preocupas por él? Eso es cosa de mujeres. ¿Por qué no dejas a Matta conmigo? Deja que pase la noche con sus amigos y asista a la fiesta de cumpleaños de su primo. Entonces podrás concentrarte en Zahir".

Anna sonrió. Anna no podía decir "no" aunque quisiera porque sabía que Zahir la necesitaba. Firyal no entendía lo que estaba pasando, pero con Matta divirtiéndose, era cierto, les daría la oportunidad de tener la conversación que ella sabía que necesitaba tener con él. Para asegurarse de que entendía bien lo de Abduallah.

ZAHIR NO SUPO cuánto tiempo caminó por las calles de París. Con el cuello de la chaqueta levantado, se protegía ligeramente de la llovizna gris. Una vez alguien gritó y él levantó la vista y se detuvo, justo antes de que un taxi pasara a toda velocidad por delante de él. Saludó con la mano al hombre que le había salvado la vida.

Levantó la cara hacia la lluvia, deseando que lavara el tormento que había ido creciendo en él desde que vio por primera vez a James, el amigo de Abduallah, tan obviamente de un mundo del que Zahir no sabía nada: un mundo en el que James había intimado con Abduallah, un mundo del

que Zahir había sido excluido. Dos mundos: polos opuestos y Abduallah había creído que no podía pertenecer a ambos. Si Zahir lo hubiera sabido. Pero claro que lo había sabido, en el fondo, sólo que no había querido pensar en ello. No encajaba en ninguna de sus pulcras cajas.

Cerró los ojos y se desplomó contra el tronco de un árbol que bordeaba el bulevar, ajeno a los curiosos. La corteza húmeda y resbaladiza, pero de textura áspera, se clavó en su columna vertebral y disfrutó de la incomodidad. Al menos podía sentir algo más que el dolor de haber defraudado a su hermano más querido.

Le había fallado. Lo había matado. Anna no, su familia no. Él lo había hecho.

Y tendría que vivir con ese conocimiento todos los días de su vida.

"No", la palabra salió como un gemido bajo. Zahir se apartó del árbol y caminó hacia el Pont Neuf. Se agarró a la piedra húmeda como si su vida dependiera de ello y observó cómo el Sena fluía resbaladizo bajo el puente, con su superficie moteada por la lluvia de un verde grisáceo bajo el cielo cada vez más bajo. Y pensó en su hermano: su dolor, su sufrimiento y su amor. Sintió que el frío dolor le invadía y deseó que nunca se fuera.

ANNA ESPERÓ mientras la oscuridad se apoderaba de la casa vacía. No era frecuente que estuviera sola y sintió el peso del silencio a su alrededor, dejando que se asentara y le diera tiempo y paz para pensar.

Tenía miedo. ¿Cómo se tomaría Zahir el descubrimiento de que Abduallah era gay? ¿Cómo afectaría eso al preciado recuerdo que Zahir tenía de él? ¿Estaba realmente tan aferrado al machismo como Abduallah había creído? Y, sobre todo, ¿qué pensaría Zahir de ella? Casada con un gay, aunque sólo durante unas semanas. ¿Pensaría que se había casado con él sabiéndolo y queriendo casarse para formar parte de la rica familia de Abduallah? Ella no lo sabía. Todo lo que sabía era que la revelación había sacudido a Zahir hasta la médula y que tendría un efecto dominó en todo lo demás. Sólo tenía que esperar.

Debió de quedarse dormida, porque cuando despertó, una luna brumosa y mojada por la lluvia proyectaba su débil luz sobre ella, tumbada en la chaise longue frente a las ventanas francesas. Era tarde. El largo crepúsculo se había desvanecido en una densa y brumosa luz añil. Se movió, se frotó los ojos y se preguntó qué la habría despertado. La puerta se cerró suavemente y Zahir entró en la habitación, encendiendo una tenue lámpara.

Parecía agotado, sombrío. Estaba de pie junto a ella, con el pelo alborotado, la ropa empapada, el agua cayendo sobre el suelo de madera, las gotas de su manga formando gotas oscuras que se expandían sobre la manta que la cubría. Ella se estremeció e instintivamente se apartó. Estaba mirando a un desconocido.

"Intentaste decírmelo, ¿verdad?"

Incluso su voz sonaba extraña a sus oídos: áspera, desacostumbrada. Ella asintió, pero él no lo vio; se dio la vuelta y repitió la pregunta.

"Intentaste decírmelo, ¿verdad?"

"Sí, lo intenté".

"Podrías haberte esforzado más, Anna".

Sacudió la cabeza, la injusticia le daba fuerzas para enfrentarse a ese desconocido. "Eso no es justo. Lo intenté, pero dejaste claro que no querías oír lo que tenía que decir".

"Un bar gay. Un hombre gay. ¿Era este hombre, James, el amante de mi hermano?"

El tono ronco y torturado con el que pronunció las últimas palabras le desgarró el corazón.

Nunca había oído ese tono de vulnerabilidad en él. Reveló una faceta de Zahir que había permanecido oculta durante mucho tiempo, ella lo sabía, incluso para sí mismo, y rompió su separación. Ya no era un extraño.

"No lo creo. Confidente más cercano, más bien. Que yo sepa Abduallah era célibe. No le gustaba ser gay".

"Oh."

A pesar del suave repiqueteo de la lluvia que caía ahora, ocultando temporalmente la luz de la luna, Ana pudo oír un rico significado en la agrietada palabra de una sílaba.

"Pensó que te avergonzarías de él".

"Pues yo no. Nunca podría avergonzarme de él".

Se levantó, se acercó a él y puso una mano en el brazo de Zahir. "Entonces, ¿qué le hizo pensar que serías tú?".

Zahir se encogió de hombros. "Yo, supongo. La persona que soy: el luchador, el hombre de negocios, siempre duro, siempre en blanco y negro".

"Abduallah no te conocía y creo que tú ni siquiera te conoces. Esa no es la persona que eres. No en el fondo".

"Y luego está nuestra cultura, nuestra sociedad. Es fuerte, pero no inflexible".

"La dificultad de Abduallah residía en aceptar quién era, él mismo. Sentía que no lo aprobarían, sentía que no encajaría, pero más que eso no podía aceptar su propia naturaleza. Se odiaba a sí mismo".

"No", el gemido formó vagamente la palabra.

"Lo siento, pero lo hizo."

"Y pensé que era usted -aunque indirectamente- que *usted* y sus conexiones eran responsables de su muerte".

"Zahir, intenté salvarlo. Me casé con él por ignorancia y me divorcié en cuanto me di cuenta de la verdad. Estaba divorciada cuando llegamos a París. Sólo vine con él a verte porque me lo suplicó, porque quería ayudarle. Quería que creyera en sí mismo. Sus amigos, amigos como James, querían ayudarle. Tuvo la opción y eligió no vivir". Miró hacia el patio bañado por la lluvia bajo la ventana. "Ni siquiera para Matta".

Zahir se volvió entonces, su rostro cansado, sus ojos inefablemente tristes.

"Te equivocas, Anna. Yo fui responsable de la muerte de mi hermano. Pensé que eras desleal, pero estabas siendo leal a Abduallah y te doy las gracias por ello. Mantuviste tu fe en él hasta el final -y más allá-, incluso mentiste por él cuando no te convenía hacerlo. Pensé que eras lo contrario de lo que yo apreciaba, cuando en realidad eras mucho más leal de lo que yo podría ser jamás".

"No, Zahir, eso es ridículo. Hiciste lo que pudiste".

"Pero no fue suficiente, ¿verdad?"

La amargura de su tono la sorprendió.

Anna se arrodilló en la cama y apretó su cálido cuerpo contra el húmedo de él, intentando atraerlo hacia ella, pero él se resistió, sus ojos la miraban con una distancia que la heló. Aun así, no se detuvo. Rodeó con las manos los hombros de él, que se resistía, y las metió en el material húmedo de su camisa.

"Zahir, detente. Detén esto. No puedes hacerlo todo. No puedes controlarlo todo. No puedes salvar a todos".

Sacudió la cabeza. "Usted no lo entiende. Él *era* el mundo por el que yo luchaba. ¿Sin eso?

¿Dónde está el sentido?"

"Mira a tus hermanas, mira a Matta. Y Abduallah... te quería por lo que eras, absolutamente. Así que no pienses que tus sacrificios fueron en vano. No lo fueron. Le han dado a tu familia, y a tu gente, todo. Sin ti, no tendrían nada".

"Pero Abduallah habría estado vivo".

"Eso no lo sabes".

De repente, la tensión de su cuerpo se desvaneció, como si algo severo que lo había mantenido unido se hubiera liberado. Ella le acarició la mejilla, aquel rostro tan convincente y arrogante, ahora vulnerable en extremo.

"Murió por mi culpa".

"No." Nunca lo había visto tan desolado, tan fuera de control. Sus manos no encontraron resistencia y lo acercó a ella para que escuchara, para que entendiera. "No, no murió. Murió porque no pudo aceptar las cartas que la vida le había repartido".

La miró con ojos apesadumbrados. Ella nunca lo había visto así, nunca habría imaginado que él dejaría que algo lo afectara de esa manera. La miró como si no hubiera oído una palabra de lo que le había dicho, como si no hubiera sentido el contacto de sus manos sobre su cuerpo.

Cerró los ojos, perdido en un mundo de dolor en el que no quería que entrara nadie más. "Se alejó de su familia porque creía que no podíamos entenderlo y que lo condenaríamos".

"Tú no le conocías, pero él tampoco te conocía a ti". Ella le rodeó la espalda con los brazos, entrelazando los dedos, y se sorprendió al sentir cómo él se estremecía. Pero se negó a soltarle.

"No intentes consolarme. No hay consuelo que valga".

Pero no se dejaría apartar y le abrazó con más fuerza aún.

Él se defendió de ella con suavidad pero con firmeza, apartándole los brazos hasta que ella se enfureció y la golpeó. Le cogió la mano y bajó la mirada.

"No quiero tu comodidad. ¿No lo entiendes?"

"Duro. Porque lo vas a conseguir tanto si crees que lo quieres como si no".

Zahir sonrió entonces. "Recuerda, Matta te dijo que no me regañaras si hacía algo mal".

"¿Y desde cuándo acepto consejos de mi hijo?".

Sacudió la cabeza. "Una cosa más, dime, ¿Quería Abduallah volver a casa?"

La destrozaba verle tan destrozado, pero esta vez, fueran cuales fueran las consecuencias, tenía que decir la verdad.

"No. No podía enfrentarse a ti."

Se dio la vuelta para que ella no pudiera verle la cara y la atrajo ciegamente hacia él, rodeándole la cintura con el brazo, atrayéndola hacia su cuerpo. Y ella lo abrazó como habría abrazado a Matta cuando acudió a ella en busca de consuelo.

"Zahir", dijo con suavidad. "No había nada que pudieras haber hecho. Abduallah iba camino de la autodestrucción antes de que lo conociera. Era un hombre que no estaba contento con lo que era y no quería enfrentarse a la verdad sobre sí mismo. Ni siquiera su amor por Matta pudo salvarlo".

Se volvió hacia ella y nunca antes había visto su rostro tan abierto, tan sombrío. Era como si le hubieran arrancado toda la vida y sólo viera dolor. Su mirada se desvió de la de ella y se posó en sus labios, pero no hizo ningún movimiento. Anna tuvo que pasarle las manos por la nuca, apretarle el pelo con los dedos y acercarle la cara a la suya. Necesitaba tranquilizarlo, demostrarle su amor por él y, sobre todo, quería volver a conectar con él. Lo sentía distante y ella tenía que salvar esa distancia antes de que fuera insalvable.

Sus labios estaban fríos. Pero ella mantuvo los suyos allí, presionando suavemente, sintiendo los suyos con los suyos, insistiendo en una calidez de sentimientos que sabía que estaba allí. Pero seguía sin sentir que él estaba presente. Volvió a separarse.

"Zahir, por favor."

Le llevó el dedo a la cara y se lo pasó por la mejilla. "Sólo te he visto llorar una vez. Cuando suplicabas por tu hijo. ¿Y ahora?"

Él la miró con la vieja chispa: si era curiosidad u otra cosa, a ella le daba igual. Sólo se alegraba de ver algo.

"Ahora, estoy suplicando por ti."

Vaciló sólo un instante, sus ojos recorrieron su rostro antes de acercar sus labios a los de ella y besarla con todo el calor y la necesidad que ella hubiera deseado. Pero se apartó demasiado pronto. En silencio, le subió el jersey y apretó sus manos frías contra su cálido vientre, haciendo que los músculos de ella se contrajeran por la sorpresa. Deslizó las manos bajo el sujetador y cerró los ojos mientras sus pulgares rozaban con fuerza sus pezones. Pero sus manos inquietas no se quedaron ahí; se deslizaron por debajo de su cuerpo y, antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba haciendo, la levantó en brazos y la tumbó en la cama.

Jadeó cuando sus cálidos labios siguieron a sus frías manos y sintió el calor húmedo de su boca sobre sus pezones, apretándolos hasta que sintió la espiral instantánea del deseo arremolinarse en su interior, anulando todo lo demás.

Entonces sus labios se acercaron a los de ella en un beso tan intenso que ella apenas se dio cuenta de que se había quitado la ropa que quedaba entre ellos hasta que sintió el suave deslizamiento de él en su interior. Jadeó contra sus labios y se dejó llevar por su ritmo acelerado. Esta vez no hubo suavidad, ni un prolongado goce sensual en su relación amorosa. La intensidad del beso se reflejaba en la intensidad de sus ojos y de su cuerpo. Era como si estuviera desesperado por establecer esa conexión con ella, no sólo en el plano físico, sino también en el emocional. Alcanzaron el clímax rápidamente: sus cuerpos se excitaron mutuamente como siempre, pero sus mentes no quisieron ni pudieron prolongar la experiencia sensorial.

Después se tumbaron, uno frente al otro, abrazados, con las piernas aún entrelazadas, la mejilla de Anna apretada contra el pecho de Zahir, sintiendo los latidos de su corazón y rezando para que no se alejara de ella, para que hubiera superado el dolor y pudiera seguir adelante, más fuerte que antes. Pero él era tan orgulloso, tan controlador, que ella no podía imaginar qué efecto tendrían sus conocimientos recién adquiridos.

EL DOLOR DOLÍA MÁS, si cabe, pensó Zahir, después de haber hecho el amor con Anna. Era como si hubiera elegido abrazar el sentimiento, en lugar de hacer lo que siempre había hecho y enterrarlo tan profundamente que ni siquiera él supiera que estaba ahí. La miró. Estaba quieta, con la mejilla apoyada en su pecho. Sabía que tenía los ojos abiertos, podía sentir el aleteo de sus pestañas contra su pecho. Comprendió la razón de su silencio. Le estaba dando el único consuelo que podía darle. Ella misma. Ahora lo era todo para él. Lo era todo para él. Y el amor que acababan de hacer no le demostró lo mucho que él sentía por ella.

Pero lo haría.

10

Anna se desplazó por la pantalla del ordenador hasta llegar a los resultados de su primera tarea universitaria. Lo leyó y sintió cómo una sonrisa se dibujaba lentamente en su rostro.

Miró a Zahir por encima de la mesa del desayuno. Estaban sentados fuera, en la terraza trasera de la casa, rodeados de exuberantes plantas verdes y altos árboles que se alzaban hacia un cielo azul pálido. Después de la noche anterior, no habían hablado más. El rostro de Zahir bajo el suave sol de la mañana estaba más abierto que antes, pero lo que leyó allí no la reconfortó. Levantó de pronto los ojos hacia los suyos, las arrugas del ceño se hicieron más profundas, mientras sus ojos le devolvían un poco de la luz de su sonrisa.

"¿Buenas noticias?"

"A+!" Giró el portátil para que él pudiera verlo.

"¿Te sorprende? A mí no".

"Aliviado es lo que estoy".

Miró el correo electrónico abierto en la pantalla del ordenador. "Y una nota personal del tutor invitándote a participar en la corriente de honores. Tenemos que salir a celebrarlo".

Sacudió la cabeza, sonriendo. "Debemos quedarnos y celebrarlo".

"Una idea excelente. Matta quiere quedarse otra noche en casa de Firyal, así que tendremos la noche para nosotros".

"Y día".

"Un día para enmendar mi comportamiento de anoche".

Enarcó una ceja. "¿Tu comportamiento? Si te hubieras portado mal te habría echado la bronca. Pregúntale a Matta".

"Quizás no esté mal, pero sin duda puedo estar mejor y es eso lo que me gustaría demostrarte".

"¿De verdad? ¿Por dónde te gustaría empezar?"

Se miraron durante un momento: ella, juguetona, y Zahir, que de pronto reveló una suavidad que ella nunca había visto. Él se acercó y le acarició la mejilla con los dedos.

"¿Por dónde quieres que empiece?"

Se llevó la palma de la mano a los labios y la besó, antes de mirarle coquetamente a los ojos. "Podría exigir una disculpa, supongo".

"Lo tienes. Soy todo de lo que me has acusado: arrogante, terco, frío".

"Cierto. Así que si te arrepientes de eso, ¿significa que vas a cambiar?"

Volvió a sentarse en su silla. "Desgraciadamente no. No puedo".

"Bien. Porque he aprendido a calentar tu frialdad".

"Desde luego que sí".

"Y sé cómo llegar a tu terquedad".

Frunce el ceño. "Terco es simplemente otra palabra para apegarse a las creencias de uno".

"Sí, y sé que te cuesta entenderlo, pero a veces, sólo a veces, te equivocas. Y aferrarte a lo que crees cuando te equivocas, es simplemente tonto".

"Siempre estoy abierto a argumentos racionales".

"Menos mal que voy a ser una abogada de primera, ¿no?". Sonrió. "Así que sólo me quedan tus maneras mandonas y arrogantes. Y tampoco tienes que disculparte por ello, porque lo echaría de menos si desapareciera. Quiero decir, ¿dónde estaría la diversión en despreciar a un hombre mandón?".

"¿Te atreves a despreciarme?"

"Por supuesto. ¿Y dónde estaría la emoción en burlarse de un hombre humilde?"

"Diversión y emociones. ¿Eso es todo lo que buscas de mí?"

Sus ojos marrones se habían calentado y formaban la conexión ardiente que ella había estado buscando. Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios cuando se quitó la sandalia, levantó el pie por debajo de la mesa y recorrió con el arco del pie la pantorrilla de él, sus muslos, antes de encontrar su objetivo y acariciarlo íntimamente. Sus ojos se cerraron momentáneamente al sentir la suave caricia de su pie, que se arqueó para abrazarlo, con los dedos amoldándose a su forma cada vez más dura.

"Exactamente."

"Ven aquí". Su voz era ronca, roncamente excitada.

"Ahí estás otra vez, siendo mandona." Su pie no dejó de moverse. "Te dije que no respondo a los hombres mandones."

"Me respondes bien, de noche, en la oscuridad. Entonces reconoces la verdad de mis palabras. Quizás necesite mostrarte por qué necesitas venir a mí ahora".

Le agarró el pie y lo recorrió con el pulgar, tocando suficientes puntos de presión como para encender varias partes de su cuerpo a la vez. Con el pie apoyado de nuevo en su regazo, donde reanudó sus caricias, sus manos subieron por la pierna desnuda, recorriendo brevemente las curvas húmedas de su sexo por encima de las bragas, antes de volver a arrastrar las uñas por la pierna.

Le cogió el pie y lo dejó caer al suelo.

"Ven aquí", repitió.

No tenía más remedio que ir. "Es sólo porque quiero", dijo a la defensiva mientras se sentaba en su regazo. "Puedes ser muy persuasivo". Él acercó su cara a la suya en un beso que le hizo olvidar por qué estaba a la defensiva. Metió las manos bajo su camisa, quería sentirlo más, necesitaba que su ropa desapareciera. Se separó de sus labios y se levantó, disfrutando de la mirada de lujuria descarada de él mientras se quitaba las bragas. Le bajó la cremallera con cuidado hasta que pudo sujetarlo con las manos mientras se sentaba a horcajadas sobre él, rozando la superficie de su excitación con la suya.

"Mujer. Me estás tomando el pelo".

"Como he dicho, me gusta provocar".

Dos fuertes manos tiraron de ella hacia él y cesaron las burlas.

SABÍA LO QUE ESTABA HACIENDO, pero no quería parar. Era demasiado placentero aunque resultara ineficaz. La mañana había transcurrido haciendo el amor apasionadamente fuera, en el jardín de bijoux, dominado por nada más que los pájaros, los árboles y el cielo. Había aprovechado la manzanilla, suavemente elástica y picante, para recostar el cuerpo tierno y pálido de su amante, la única amante que tendría en el verdadero sentido de la palabra, ahora lo sabía. Vio cómo su piel se erizaba bajo el frío de la ligera brisa y se ruborizaba bajo el fuego interno que encendían sus embestidas, y sintió que se hundía cada vez más en aquella mujer que le había cambiado la vida. Sólo cuando el pálido cielo azul se tornó gris y se quedaron tumbados, con los corazones latiendo y la suave lluvia cubriendo sus cuerpos bañados en sudor, sintió que ella empezaba a enfriarse y la llevó a la cama.

No volvió a hacer el amor con ella inmediatamente, sino que se limitó a dedicar tiempo al placer de contemplar la belleza de Anna: su cabello rubio y fresco, más rubio donde el duro sol del desierto había atrapado las hebras superiores, más dorado por debajo. Un cabello fino que caía como la seda sobre la almohada y su antebrazo moreno y musculoso. Le encantaba observar su placer: no era superficial, sino algo profundamente sentido que se tomaba su tiempo para formarse y su tiempo para disiparse. Le encantaba observarla y asimilar el hecho de que, de algún modo, ella había llegado a significar más para él que él mismo.

Extrañamente, el pensamiento no le horrorizó, era tan acertado. Ella le completaba de un modo que él ni siquiera sabía que era necesario. Lo único que le horrorizaba era cómo la había utilizado: las cosas furiosas y amargas que le había dicho cuando creyó que no sólo estaba casada con su hermano sino que, más tarde, estaba embarazada de él; la fuerza con la que la había obligado a casarse con él; la forma en que había atrapado a esta mujer hermosa y libre que no merecía volver a estar atrapada.

Se tumbó a su lado, pero sin tocarla durante mucho tiempo. Sus ojos revoloteaban de vez en cuando y se sumía en un ligero sueño antes de despertar con aquel lento y placentero estiramiento de los miembros, el mismo placer sensual que obtenía al sentir las finas sábanas de algodón contra su cuerpo. Entonces se volvía, sabiendo que él estaba allí, consciente de que él seguía observándola pero totalmente despreocupada, le devolvía la mirada.

Sólo entonces se acercó a ella. Necesitaba conocerla, cada parte de ella, necesitaba grabarla en su memoria. Su mano vaciló brevemente antes de que sus dedos presionaran ligeramente las sienes de ella y luego rozaran su rostro, su cuello. Allí se quedó, fascinado por el sólido empuje de la piel que contenía su pulso, el latido de su corazón. Pero no podía tocar aquella pequeña porción de piel: contenía demasiadas cosas que deseaba. Le daba miedo porque parecía algo tan frágil para contener tanta vida.

Entonces su mano se acercó a la de él y entrelazó sus dedos con los de él y los empujó juntos por encima de ellos, una unión de carne, hueso y tendones a la suave luz de la tarde de llovizna. Giró sus manos primero hacia un lado y luego hacia el otro. La piel morena de él contrastaba fuertemente con la carne blanca como la luna de ella; los dedos y la mano de él, grandes y musculosos, obedecían al vaivén y el tirón de los dedos blancos y finos de ella.

Luego se llevó las manos a los labios, cerró los ojos y besó sus puños unidos. Abrió los ojos y siguió contemplando sus manos entrelazadas como un corazón.

"Algo ha cambiado".

Sus palabras eran tan suaves que parecían salir de un eco de sus propios pensamientos. Cuando ella le miró, se dio cuenta de que las palabras eran suyas. Asintió con la cabeza.

"Sí".

"Dímelo".

"No puedo. No te gustará".

"Eso nunca te ha impedido contarme cosas antes. Pruébame".

¿Cómo podía expresar con palabras lo mucho que ella era ahora para él, cómo sentía que sus vidas y sus almas estaban entrelazadas de un modo que sabía que repugnaría a la mujer que siempre había afirmado que su único deseo era vivir independiente de la gente, de la familia, ser libre? Sería lo único que la alejaría. Y nunca más podría usar la fuerza para retenerla.

"Te mostraré en su lugar."

Nunca antes había oído su voz tan tierna, nunca había sentido su tacto tan tentativo como si explorara lo desconocido. No sabía si estaba inseguro de su reacción o de la suya propia. Lo único que sabía con certeza era que algo había cambiado en él.

Sabía que se sentía responsable de la muerte de su hermano, culpable de que su dura visión del mundo hubiera atrapado a su hermano en una vida de la que podría haberlo rescatado si hubiera sido más abierto. Era como si el conocimiento hubiera agrietado la dura coraza con la que Zahir se enfrentaba al mundo.

Se mantuvo encima de ella y la besó insistentemente en los labios. Colocó sus rodillas entre las de ella, abriéndole las piernas, y sintió allí el pulso de su cuerpo, mientras él le besaba el pulso en el cuello y bajaba aún más. Metió cada mano bajo sus pechos y chupó cada pezón por turnos hasta quedar satisfecho. Pero ella no. Gimió y levantó las caderas para rodearle con las piernas. Pero él aún no estaba preparado. Sonrió y sacudió la cabeza mientras sumergía la boca para besarla más abajo, mucho más abajo, chupando y mordisqueando su piel sensible y saboreando su excitación hasta que ella se estremeció y gritó su nombre.

Ahora le tocaba a ella, que se deslizó rápidamente por la cama y se lo metió en la boca, deseando saborearlo como él la había saboreado a ella. Sintió cómo sus nalgas se contraían bajo sus manos mientras tiraba de él y se lo metía en la boca, disfrutando de la sensación de su miembro contra sus labios, de su sabor contra su lengua y del hecho de que por fin estaba perdiendo el control.

Apartó la boca y miró el extremo de su oscuro pene, del que colgaba una gota, suspendida, una joya sólo para ella. Su cuerpo temblaba de necesidad y el de él también. Sus manos bajaron para rodear su trasero y levantarla para poder penetrarla, pero ella se lo impidió, totalmente concentrada en aquella gota. Despacio, muy despacio, extendió la lengua y lamió el extremo del pene: aquella gota se deslizaba por su garganta como el licor más exquisito.

Él gimió y la empujó hacia atrás, con las piernas flexionadas pegadas al cuerpo, mientras la penetraba hasta la empuñadura con un rápido movimiento. Ahora no había vacilación. Bombeó dentro de ella, sin esperar su reacción, sino en el momento con ella, y se corrieron juntos por primera vez. Zahir gritó el nombre de Anna con alivio, como si la hubiera perdido y acabara de encontrarla.

ERA TARDE cuando Ana se despertó. Había soñado con el desierto: sus amplios espacios abiertos, su calor resplandeciente y el palacio construido en la ladera de la montaña, sólido y dominante. Tuvo una sensación residual de paz y suspiró, abriendo los ojos a la suave melodía del atardecer parisino. La sensación de paz la abandonó de inmediato al ser sustituida por el pánico. En su sueño se había sentido feliz, tranquila, en casa. El corazón le late deprisa. Nunca podría sentirse en casa allí porque no era su casa. Miró a Zahir, que yacía a su lado. Inusualmente, estaba muy

quieto, mirando hacia arriba, a la luz rosada del sol que se filtraba entre las hojas. Qawaran era el hogar de Zahir y el suyo sólo mientras él quisiera que estuviera allí. Tenía que recordarlo y, por lo general, lo hacía durante el día. Sólo en sueños se sentía segura.

De repente, una sensación de pánico se apoderó de ella. Algo había ocurrido en su mente. Ella lo sabía. Había empezado con el descubrimiento de que su hermano era gay y había terminado con su relación amorosa. Aquel día tenía una cualidad diferente: una tristeza, una sensación casi de desesperación, de aprovechar el momento en lugar de observarlo. Con gran claridad, Anna se dio cuenta de que todo había terminado. Zahir había superado por fin su necesidad de ella. Por eso había desaparecido la urgencia; por eso se había calmado. Ya no la necesitaba.

Ella se quedó allí en estado de shock, sin querer moverse, sin querer incitarle a la acción, a un discurso que reforzaría sus temores.

Casi se estremece cuando la mano de él se acerca a la suya y la aprieta con fuerza en un puño antes de soltarla. Se levantó de un salto y recogió su ropa.

"¿Adónde vas?"

Sacudió la cabeza, reacia a hablar, a enfrentarse a lo que sabía que era cierto, y se vistió.

"¿Adónde vas?", repitió.

"Sólo salí a dar un paseo."

Zahir abrió la boca para hablar, ya fuera para hacer más preguntas o para sugerirle que la acompañara, pero ella no lo supo porque cerró la boca antes de decir nada. Una prueba más de que no la quería.

Instintivamente se apartó de él. No pudo soportar más ver la indiferencia en su rostro y salió de la habitación antes de hacer más el ridículo de lo que ya había hecho.

NO SE FUE MUCHO TIEMPO. Sólo el tiempo suficiente para que él recogiera sus cosas, listo para la mañana siguiente, y se dejara caer de nuevo en la cama. Se sentía cansado, más cansado de lo que se había sentido nunca, incluso cuando sus músculos gritaban tras días de marcha forzada por el desierto reseco. Entonces había sentido un propósito. Ahora, no sentía nada. Sólo vacío.

Ella había retrocedido ante él como si pensara que intentaba contenerla, retenerla contra su voluntad. Bueno, ¿no era eso precisamente lo que había ocurrido? Él le había quitado su libertad, lo único que ella quería, y ella se había marchado porque necesitaba recuperar ese espacio. Siempre se lo había dicho, siempre le había contado sus sueños sin rodeos. Y ahora los hechos eran evidentes. Él la quería. Ella quería ser libre. Así que él le daría su libertad.

La puerta se cerró tras ella, empujada por el viento. Sonrió. Anna no podía ir ni venir de incógnito, en silencio. La oyó vacilar en el salón, oyó el patinar de su bolso cuando lo arrojó desordenadamente al suelo y el sonido de sus cansados pasos acercándose.

Creyéndole dormido, se quitó la ropa y se metió en la cama a su lado. No había nada más que el aire frío de la noche de verano que soplaba por las pálidas cortinas y el tictac del despertador a su lado. Eran las tres de la madrugada. ¿Dónde había estado? No lo sabía y ahora sabía que no era asunto suyo.

No supo cuánto tiempo permaneció tumbado, observándola, viendo las luces de la ciudad parpadear entre los árboles. Fuera, París estaba bañada por la lluvia, como una acuarela. Como un cuadro del cuaderno que había descubierto por la noche, mientras ella estaba fuera. Pequeñas y primitivas acuarelas de escenas del desierto, de Matta y de un pájaro en vuelo. El halcón -su

halcón- estaba retratado tanto en pleno vuelo, con las alas flexionadas contra las turbulentas corrientes de aire que soplaban sobre el desierto, como con la capucha puesta. Los colores se atenuaban en esta última, que también era un estudio de una mano, oscura, fuerte y curtida. Su mano. No hacía falta ser un genio para ver sus deseos y miedos manifestados en esas imágenes.

Dormía boca arriba, con el pelo sobre las mejillas sonrojadas y una mano apoyada en la cama, aún caliente por el calor de su cuerpo. Las sábanas estaban bajadas, revelando las pálidas curvas de sus omóplatos y su columna vertebral hundiéndose en la parte baja de su espalda. Su rostro no estaba tranquilo en este sueño. Sus párpados parpadeaban mientras veía escenas desconocidas desarrollarse dentro de su cabeza, escenas que él nunca conocería, pero que podía adivinar. Se apartó de su rostro, necesitando un respiro del pesar que lo devoraba, y miró por la ventana por la que corría la lluvia a chorros, distorsionando el mundo; convirtiéndolo en un lugar enloquecido, agrietado, como el barniz de cáscara de huevo de un cuadro de una obra maestra. Su necesidad de control siempre había manchado todo lo que había hecho y todo lo que había dicho. Pero ahora nada estaba bajo control; nada estaba completo.

Había visto a Anna como alguien que amenazaba con fracturar su mundo y por eso la trató de la única forma que podía: la tomó y la hizo suya. Pero no había funcionado. En cambio, ella había destrozado su control desde dentro.

Le apartó suavemente el pelo de la cara. Ella se removió un poco, pero luego se tranquilizó y volvió a dormirse.

El calor le inundó y alargó la mano hacia ella, pero se detuvo antes de poder tocarla. Era un calor que lo llenaba y anulaba cualquier necesidad de control: lo controlaba y ya no le importaba. Hubo una sensación de alivio, una sacudida de prioridades. De repente, las cosas parecían extremadamente sencillas.

Se apartó de ella.

Tan simple ahora. No había nada más importante que ella y lo que necesitaba y quería. Y él sabía lo que era. Nunca había intentado ocultarlo. Siempre había querido su libertad: ser quien podía ser, no quien todos esperaban que fuera.

Ahora sólo podía darle una cosa: su independencia.

Esperó a que se despertara. Sus ojos se calentaban de verla, grabando en su mente su belleza, grabando en su mente a la mujer que amaba.

Las horas pasaban a la deriva mientras su mente se agitaba y él la escuchaba girar y girar; los momentos en que su respiración se agitaba eran seguidos rápidamente por la respiración profunda del sueño. Sólo cuando empezó a amanecer, ella cruzó la fría línea que los separaba y le acarició suavemente la cara, deteniéndose cerca de sus ojos.

"Estás llorando". Su sorpresa hizo que las palabras fueran ligeras y confusas.

Cerró los ojos con fuerza. "No, no lo estoy."

"Entonces, ¿cómo llamas al agua que cae de los ojos? ¿No *ma-ush-shafa*, no agua curativa?"

"No. Todo lo contrario".

Besó primero un ojo cerrado y luego el otro con una ternura que le hizo doler el corazón.

"Abre los ojos".

No lo hizo inmediatamente. Pero cuando lo hizo, le cubrió la mano con la suya y se la apartó de la cara.

"¿Qué pasa?"

Sacudió la cabeza y rodó fuera de la cama, con la cabeza entre las manos durante unos segundos antes de levantarse y empezar a vestirse.

"Es temprano. ¿Adónde vas?" Su voz era débil como si viniera de kilómetros de distancia. La distancia hizo más fácil hacer lo que tenía que hacer.

"Lejos. De vuelta a Qawaran".

"Pero no he terminado mi trabajo aquí. Unos días más por lo menos. ¿Y Matta?"

"Me voy solo. Tú te quedas. Matta puede quedarse una semana más y luego tendrá que volver conmigo. Puede que vuelva contigo más tarde".

Se deshizo de las sábanas y saltó de la cama desnuda y furiosa. Agarró su camisa con un puño y agitó la mano, con los ojos encendidos.

"Así que ya está. ¿Has tenido suficiente? ¿Y qué si no lo he hecho?"

Se alegró. Apenas sintió la ira de su espíritu y el tumulto de sus emociones gritándole. Apenas podía sentirlo porque no eran nada al lado del dolor de las suyas.

"Tendrás lo que siempre has querido, tu libertad".

No volvió a darse la vuelta. No podía. Podría haber amenazado su determinación. Necesitaba darle lo que ella quería. Sin eso, ella siempre le guardaría rencor. La puerta se cerró detrás de él cerrando una parte de él para siempre.

11

Los largos días deseando que sonara el móvil se habían convertido en semanas y luego en meses en los que su único respiro eran los estudios. Pero el dolor no había disminuido en absoluto; en todo caso, había aumentado: esa falta de él, ese dolor.

Desde su escritorio había observado cómo las hojas verdes del verano se convertían en el rico torrente de las hojas del otoño. El semestre de verano había terminado y Matta regresaba de Qawaran dentro de una semana, para empezar su nuevo curso en París. Y seguía sin recibir noticias directas de Zahir hasta ahora -hasta que llegaron los papeles que legalizaban su generosidad-, el mismo día en que recibió la confirmación de los resultados de sus exámenes.

Miró el papel que confirmaba sus resultados y no sintió nada. Quería compartirlo con alguien, pero no había nadie. Impulsivamente, marcó el número de Zahir en su teléfono móvil, pero inmediatamente volvió a su asistente. Como siempre.

Apagó el móvil y lo tiró por el sofá. Se había ido y ni siquiera contestaba a sus llamadas. Se sentó rígida, con los brazos cruzados y la mirada perdida en la habitación.

Le había dicho que le daba su libertad y así era. Miró con desagrado los papeles que le había hecho llegar, esparcidos por la mesita: las escrituras de la casa de París, de ella; los enormes ingresos mensuales, de ella. Tenía todo lo que podía desear. Miró la lujosa casa, de la mejor calidad, pero tan sencilla y honesta en su diseño, tan Zahir. Lo tenía todo. No tenía nada.

Se había ido para siempre.

Se repitió las palabras. Intentando creérselas. Pero no pudo. ¿Cómo podía desaparecer tanto en la nada? Un truco de magia, tal vez. No era real. No podía ser real. Como un espejismo de agua en un desierto seco y caluroso, ¿quizá era un truco de la luz, una imaginación que desaparecería con el tiempo, sin nada más que un cambio de luz? Pero ella estaba sentada observando cómo las motas de polvo apenas se movían en la quietud de la habitación, viendo cómo el sol tardío proyectaba suaves rayos de luz sobre el suelo y sintiendo el silencioso vacío de aquel lugar que sabía que no iba a cambiar. Porque no era sólo exterior; el vacío también estaba en el interior.

Se acercó a la nevera y sacó una botella de champán, la que había elegido para celebrar sus exámenes con Zahir, aún imaginando que él aparecería. Pero no estaba aquí, ¿verdad? Sólo estaba ella. Y tenía más que celebrar que sus exámenes. Tenía la independencia que Zahir le había dado.

Descorchó y se sirvió un vaso. Tan tensa que casi temblaba, observó con exagerada

concentración la efervescencia del líquido dorado pálido en su vaso, mientras recordaba el último intercambio frío de Zahir con ella. No se dio cuenta de que el vaso estaba lleno y no dejó de servir hasta que fue demasiado tarde. E incluso entonces no le importó. Se limitó a ver cómo caía sobre el vaso y se derramaba sobre la madera pulida de la mesa. ¿Qué más daba? Dejó de servir y se quedó mirándolo, tragó saliva y respiró hondo. Claro que importaba.

Se dio la vuelta y levantó el vaso hacia nadie.

"Por mí y por mi éxito".

Pero ella no bebía. No bebías cuando estabas embarazada, era malo para el niño. Eso es lo que todo el mundo decía.

Sintió que una oleada de náuseas la invadía al sentir el olor del alcohol y apenas llegó a tiempo al cuarto de baño. Con las manos aún apretando los lados de la taza, se miró en el espejo y vio un rostro pálido, agotado, con los ojos ensombrecidos y sin vida a pesar de la vida extra que llevaba dentro.

¿Quién la querría ahora, con este aspecto? Había vuelto a adelgazar y sabía que a Zahir le gustaban las curvas en una mujer. Tal vez ya había sido sustituida por una mujer más curvilínea, menos exigente, más fácil de encajar en los estrictos parámetros de su corta y seca vida.

Entonces afloraron los temores que la acechaban.

Puede que no te quiera a ti, pero querrá a tu bebé.

Podía querer todo lo que quisiera. Nunca se enteraría. Ella no mostraba mucho y tendría que excusarse con Matta durante los últimos meses para detener los mimos. Pero podía arreglar que él estuviera en Qawaran durante los últimos meses. Gracias a Dios por las túnicas qawaraníes que todavía llevaba. Lo ocultaban todo. ¿Y cuando naciera el bebé? Ni siquiera podía pensar con tanta antelación.

Volvió a la mesa y abrió las escrituras de la casa con el fondo de la copa. El champán se había derramado sobre el papel y su mancha se había extendido por la costosa textura del papel.

"Tengo todo lo que siempre he querido", susurró. "Todo lo que le dije a Zahir que quería me lo ha dado ahora".

El silencio dentro de la casa contrastaba con los gritos de los niños en los jardines de la plaza de abajo.

Se giró -la tensión, la ira y la frustración se fundieron en una sola- y arrojó el vaso contra la chimenea de mármol. Se rompió en centenares de pedazos, haciéndose añicos y resbalando por el duro suelo de madera.

"¡Todo!", gritó. "Me ha dado todo menos lo que yo quería desde el principio".

Se levantó de golpe y trató de calentar el frío que parecía filtrarse en su interior; se frotó frenéticamente los brazos de arriba abajo, tratando de estimular la circulación que parecía haber entrado en estado de shock.

"No. Está bien." Se paseó. "Quería libertad. Tengo libertad". Se detuvo, dándose cuenta de repente de lo que significaba exactamente la libertad. "Me liberé de todo. Estoy aislada, sola". Se sentó y apoyó la cabeza en las manos. Gimió. Nunca había querido que eso sucediera, nunca había imaginado ni por un minuto que realmente querría mantener su conexión con alguien.

Pero no quería seguir con ella. Zahir había hecho lo que siempre se había propuesto, librarse de su obsesión por ella y ahora él también era libre. Y lo había aprovechado al máximo. No se había quedado para celebrar su mutua libertad, sino que se había marchado en cuanto pudo.

Pasaron horas antes de que Anna se moviera, de que pudiera pensar con la suficiente claridad a pesar de su dolor como para darse cuenta de dónde estaba o de lo que debía hacer. Sólo cuando

se encendieron las farolas se dio cuenta de que había permanecido sentada en la misma posición toda la noche.

Se levantó rígida y miró a su alrededor. Limpió el alcohol rancio y se puso la túnica. De algún modo, con ellas puestas, se sentía más cerca de Zahir, más cómoda, más ella misma. Fue al teléfono y llamó a Qawaran. Esta vez quería hablar con su hijo.

Pero Matta no estaba disponible: se encontraba en el desierto en una expedición de caza con Zahir. Sonrió. Sabía que a él le gustaría. Y pronto lo vería allí. Zahir le había dado la custodia compartida y le permitía el libre acceso. Tenía previsto ir a Qawaran a finales de mes para recoger a Matta y traerlo de vuelta para empezar el curso de otoño en París. Pero sabía muy bien que Zahir no volvería a verla. Había terminado con ella. Nunca le había prometido nada más que un breve tiempo juntos. Pero, oh, cómo ella había creído lo contrario.

Rara vez lloraba. Zahir se había dado cuenta. Había llorado cuando suplicó por Matta; había llorado cuando suplicó a Zahir y lloraba ahora, por sí misma. Por su yo perdido, sola en su mundo de libertad. Después de todo, no era la captura lo que estaba evitando, sino un hogar lo que buscaba: un hogar emocional, un hogar con personas que la querían y un lugar en el que se sentía segura. Lo había encontrado y, de algún modo, lo había dejado escapar.

Se levantó de un salto y se miró al espejo. Vio una mirada feroz en sus ojos, la de una guerrera -una guerrera del desierto- que no iba a cruzarse de brazos y dejar que su hombre se fuera sin luchar. Por el bien de Matta, se ceñiría al querido horario de Zahir, pero se aseguraría de ver a Zahir en Qawaran. De alguna manera.

RESPIRÓ HONDO. Cómo había echado de menos el olor del desierto -polvoriento pero limpio- y los sonidos del desierto -el repiqueteo de las palmeras datileras y el canto de los pájaros-, los sonidos y los olores de la libertad. Había pasado tiempo con Matta, que estaba deseando -un poco asustado y un poco emocionado- empezar su nuevo colegio en París. Pero no había visto a Zahir, siempre ocupado, incapaz de ser molestado. Zahir podría estar decidido a no verla. Pero había subestimado la determinación de ella por verle.

ODIABA LA CETRERÍA, con su malla de jaulas y sus pájaros encapuchados. Era todo lo que la asustaba: las afiladas garras del pájaro flexionándose en sus perchas, el mudo arrastrar de sus patas, la insinuación de poder aún en sus plumas ahora lisas e imperturbables. Esperar. Simplemente esperando hasta que se les permitiera volar. Zahir nunca esperaría que ella estuviera allí. Por lo tanto, allí debía estar.

Parecía exactamente el mismo. No se lo había esperado. Cuando se miró en el espejo vio a una mujer cambiada. Pero Zahir, a pesar de las autorrecriminaciones y la culpa que se había echado a sí mismo por la muerte de Abduallah, tenía exactamente el mismo aspecto. Había vuelto a endurecerse. Aun así, aunque acabara en fracaso, tenía que decirle algo que nunca le había dicho.

"¡Zahir!" Su voz era suave pero ella sabía que él la había oído porque sus hombros se congelaron. No se dio la vuelta.

Se acercó a él y primero le miró a la cara, con los ojos entrecerrados mientras miraban fijamente a la brillante luz del sol del desierto. Él no la miró, ni hizo ademán de saber que ella

estaba allí. Siguió su mirada hacia el halcón, que volaba en círculos.

"¿No vas a hablar conmigo?"

"¿De qué hay que hablar? Supuse que habías venido a ver a Matta y no a mí. En cuyo caso has venido al lugar equivocado. Estará en la sala de la escuela a esta hora".

"Lo sé. Vengo de allí".

"¿Y encontró todo satisfactorio? ¿Está suficientemente preparado para comenzar su nueva escuela?"

Ella asintió, sin saber si reír o llorar ante su frialdad. "Sí. Todo es satisfactorio. Matta está feliz y bien y deseando empezar en París".

Levantó la mano enguantada hacia el halcón. "Bien".

El pájaro se posó en su brazo, la brisa de su paso echó el pelo de Anna hacia atrás, era tan fuerte. Respiró hondo mientras admiraba el pájaro. El mismo pájaro al que meses atrás no quería acercarse.

"¿Puedo?" Por primera vez, Zahir la miró, pero ella no pudo leer nada en sus ojos negros. Asintió con frialdad.

Levantó la mano y acarició tentativamente las plumas del pájaro. No eran blandas, sino que tenían la resistencia a la tracción de un tejido fino diseñado para un uso duro. Engañoso.

"Es hermoso".

"Es un salvaje domesticado. Ya no sé si eso es algo hermoso".

Le tocó el brazo e insistió en que la mirara. "No puedes devolverlo a la naturaleza".

"No. Es demasiado tarde para eso".

Acarició al pájaro, pero mantuvo la mano firme en el brazo de Zahir. "Ha conocido tu tacto y siempre lo deseará".

Zahir dejó caer bruscamente la capucha sobre la cabeza del pájaro, que se relajó de inmediato y hundió la cabeza en su cuerpo.

"Cautivo una vez más". Se volvió hacia ella, con el brazo y el pájaro extendidos a un lado.

Sacudió la cabeza, absorta en la belleza del rostro y el cuerpo de Zahir. Era tan robusto como la tierra y tan digno y recto como su pueblo. El viento agitaba su tocado, lo único que se movía alrededor de un rostro duro y firme. Se dio la vuelta y contempló las llanuras que se extendían eternamente y se preguntó cómo había podido anhelar lo que había más allá de ellas cuando lo que había deseado había estado ante ella todo el tiempo. Pero, a juzgar por su expresión inmóvil, se preguntó si ya era demasiado tarde.

"¿Cautivo, o tal vez simplemente en casa ahora?"

Sus ojos se entrecerraron aún más.

"¿Por qué estás aquí?"

"Te dije que recogieras a Matta."

"No aquí, en la cetrería. No tienes más asuntos conmigo. Pensé que lo había dejado claro".

La conmoción se apoderó de sus entrañas, retrocedió como si la hubieran golpeado físicamente y se dio la vuelta, dándose cuenta de repente de que había cometido un grave error al venir a verle. Pero el dolor de su corazón, que frotaba instintivamente, le decía lo contrario. Fuera lo que fuera lo que él sentía, ella tenía que saberlo porque no podía seguir sin saberlo. Se volvió hacia él.

"Eso fue lo único que dejaste claro. Nada es tan blanco o negro como quieres creer".

Se encogió de hombros. "La gente complica demasiado las cosas. Con nosotros, fue sencillo. Nunca te hice falsas promesas. Teníamos un trato: yo te quería hasta que me aburriera y tú

querías tu libertad. Bueno, eso es lo que pasó. Y tenía que pasar". Añadió en voz más baja.

Los jirones de fuerza que le quedaban a Anna se disolvieron con aquel golpe final. Había confiado en sus emociones al volver con él y se había equivocado. No podía creer que todo lo que habían hecho hubiera llegado a esto. Pero aparentemente así era. Zahir no la amaba después de todo.

"Lo siento. I-"

"Creo que deberías irte, ¿no? Volver a Matta y luego al final de la semana volver a París como estaba previsto".

"Como estaba previsto", murmuró en voz baja. "Así que ya está. No te volveré a ver".

"Ya que estás aquí, por supuesto, debes unirte a nosotros para la cena".

Su fría cortesía era peor que cualquier abuso. Ahora era una extraña para él y no podía haberlo dejado más claro.

"Por supuesto. No se me ocurre nada más bonito". Dos podrían jugar a ese juego.

Pasó su halcón a un cuidador para que lo devolviera a la cetrería y regresó con ella a palacio. "Confío en que tus estudios vayan bien".

"Por supuesto. Todo va según lo previsto. Estudiando a tiempo completo debería completar mi primer año en seis meses".

"Y entonces tendrás todo lo que siempre has querido".

Se detuvo. "No. No lo haré". Se habían detenido en el vestíbulo público del palacio y una barrida de coches entró de repente en el patio exterior.

"Lo siento, Anna. Dime qué es lo que te falta y haré que alguien se ocupe de ello por ti".

"No es algo de lo que alguien pueda ocuparse. No puedes delegar esto. Necesito decirte algo, Zahir. Tenemos que hablar".

"Ahora no. Tengo asuntos que atender. Te veré en la cena". Asintió formalmente y se dio la vuelta, aparentemente olvidado de todo pensamiento sobre ella.

Retrocedió, incapaz de separarse completamente de él. Se detuvo entre las sombras del palacio y estudió su rostro. Quería recordar cada matiz, cada línea grabada por la experiencia, el dolor, la tristeza y la felicidad de aquel rostro. Quería alimentar su alma con él porque sabía que su tiempo con él era limitado. Se dio cuenta de que podría ser la última vez que lo viera.

Vio cómo saludaba al pequeño grupo familiar que salía del convoy de coches, trayendo a una preciosa joven de ojos oscuros y piel morena. Por el lenguaje corporal de todos, era evidente que la mujer se ofrecía a Zahir.

Anna no pudo seguir mirando, se dio la vuelta e intentó caminar sin tropezar por el pavimento irregular de uno de los caminos más antiguos y en desuso que rodeaban el palacio, alejándola de Zahir y sus invitados. Se sentía entumecida, apenas sentía los bordes afilados de la piedra desmoronada bajo sus finas sandalias ni el sol abrasador sobre su cabeza. Era como si no tuviera sustancia física, sólo un profundo y puro dolor. De algún modo, consiguió volver a su habitación. Allí cerró la puerta de un portazo y se concentró en respirar, en ralentizar el corazón que amenazaba con salírsele del pecho.

"¿VIENES A CENAR ENTONCES?"

Anna levantó la vista del cuaderno en el que había estado garabateando, sorprendida por la

pregunta de Matta.

Matta se tumbó en el suelo boca abajo para colorear. No detuvo la fuerte presión de su lápiz sobre el papel, que se movía irregularmente arriba y abajo, para hablar con ella. Parecía poder concentrarse mejor en una conversación si estaba ocupado con otra cosa al mismo tiempo. Anna deseaba tener esa capacidad. De momento, lo único que podía hacer era tumbarse estirada en un sofá, con un ventilador estratégicamente colocado a su lado para intentar mantener a raya el calor, el mareo y el agotamiento.

"No, no lo creo, cariño, me siento cansado."

"Muma Yemena no pensó que lo estarías".

"¿Y eso por qué?"

"Por nuestros invitados". Matta dejó de trabajar en su cuadro y le dirigió una mirada profunda y preocupada. "Por la señora que se aloja aquí".

Sintió un escalofrío correr por sus venas. "Ab Zahir dijo que eran negocios."

"La gente dice que Ab Zahir necesita una nueva dama ya que estás en París todo el tiempo."

Anna apenas podía hablar, pero tuvo que hacerlo para asegurarse de que Matta la entendía. Se levantó y lo rodeó con los brazos, conteniendo el escozor de las lágrimas que amenazaban. "No debes escuchar lo que dice la gente. Sólo son habladurías. Y sea lo que sea lo que Ab Zahir decida hacer, no te preocupes. Él y yo te queremos y te querremos siempre. Nada de lo que haga cambiará eso".

"Mamá, no soy sólo yo; estoy preocupada por ti".

Apenas podía respirar de amor y pena. "Pero no debes preocuparte por mí".

"Y yo también me preocupo por mí. Solías amar a Ab Zahir como me amas a mí. Y ahora no. ¿Quizás no me ames más pronto si soy traviesa?"

"Siempre te amaré. Y siempre lo amaré".

"¿De verdad? ¿Cuánto quieres a Ab Zahir?"

Le estaba matando contarle estas cosas a su hijo pequeño, pero no tenía más remedio que revelarle sus sentimientos más profundos si quería tranquilizarle.

"¿Recuerdas aquel cuento que te leía sobre la liebre que amaba a su bebé hasta la luna y de vuelta?".

Guardó silencio un momento y Ana observó con el corazón encogido cómo él rebuscaba entre su selección de lápices de colores y elegía uno, con el ceño fruncido por la concentración, no sabía si en sus palabras o en su dibujo. "Nunca he visto una liebre".

"Bueno, ¿sabes cuando pierdes de vista al halcón y crees que se ha ido más allá de donde puedes entender? ¿Crees que se ha perdido pero no es así?".

"Sí."

"Bueno, yo amo a tu Ab Zahir más allá de donde puedo ver, más allá de lo que sé."

¿"Mucho más allá de lo que puede volar un halcón"? Vaya. Es un largo camino".

"Sí, supongo que sí". Satisfecho con la respuesta, Matta continuó inmediatamente donde lo había dejado, coloreando el contorno de un halcón. La lengua de Matta asomó entre los labios fruncidos por la concentración. Se le hinchó el corazón. Le encantaban todas las pequeñas cosas de Matta. Y lo echaba mucho de menos cuando ella no estaba. Pero no podía hacer nada al respecto. Este era su mundo, ya no el suyo. Pero pronto volvería a París. Tendría dos mundos. Lo mejor de dos mundos, se recordó a sí misma.

"¿Te gusta, mamá?" Levantó el cuadro a medio terminar, en el que las líneas iniciales, muy apretadas, de color cuidadoso habían dado paso a trazos amplios y rápidos que sobrepasaban el

contorno del pájaro. Era una ilustración de la impaciencia. Era algo que había heredado de ella.

"Los colores son exactamente los adecuados y has captado la energía del pájaro con esos trazos rápidos".

Lo miró críticamente. "Ab Zahir dijo que tengo que mantenerme dentro de las líneas. Pero es difícil".

"Sí, es difícil." Y confía en Zahir. Matta ya estaba inquieto, queriendo pasar a lo siguiente, mirando a sus amigos jugar con una pelota en el patio.

"¿Puedo ir, mamá?"

"Espera, un momento". Ella lo agarró para evitar que se apartara. "Recuerda que mañana me iré y tú me seguirás dentro de unas semanas. Pero verás a tus amigos al final del curso. Dentro de poco. Y harás muchos amigos nuevos en París. Y tus otros primos estarán allí".

"Sí."

"Y tenemos unos días antes de que empiece el colegio. ¿Qué tal otro viaje a Disneyworld?"

"Genial. ¿Puedo llevar a algunos amigos?"

"Por supuesto que puedes. Sólo acláralo primero con Ab Zahir".

Una ráfaga de besos y abrazos y luego desapareció en una nube de polvo. Vio cómo el trozo de colorante caía sobre el suelo de mármol.

Sí, ella amaba a Zahir, más de lo que el halcón podría volar. Pero no iría a cenar, no se despediría de él. No podía soportar verlo mirando a otra mujer como una vez la había mirado a ella.

12

Zahir observó el polvo que se levantaba y se asentaba tras el rastro de vehículos que marcaba el final de la visita de unos parientes lejanos y de la encantadora Aisha. A pesar de que él había negado rotundamente su interés, su familia había alentado la visita y, como era de esperar, había acabado en desastre. Tenían buenas intenciones y nunca había conocido a nadie más hermosa que la joven, ni a nadie que le dejara más frío.

Durante toda la interminable cena se había sentado rodeado de conversaciones que no podía soportar escuchar. Pensaba en una mujer tan espinosa como Aisha era plácida, tan luchadora como Aisha era sumisa y tan compleja como Aisha era directa. Debería querer a Aisha. Cualquier hombre sensato lo haría. Pero, en lugar de eso, su mente estaba concentrada en una mujer que tocaba su cuerpo y su mente como una virtuosa, creando una magia que él ansiaba cada día que pasaba.

Pero, ¿qué podría dar él -un destructor del amor y de la vida- a alguien? ¿Especialmente a alguien como Anna? Le había dado lo único que ella quería y lo único que él podía darle. Ella nunca le había dicho que lo amaba, nunca le había dicho que quería algo distinto a sus sueños de libertad.

Y, a pesar de haberle pedido expresamente que cenara con ellos, Anna no se había unido a ellos en el comedor, que había estado lleno de gente y risas, pero que se había sentido vacío sin ella. De repente se le ocurrió la idea de que ella podría haber escuchado cotilleos sobre su visitante. Pero lo descartó. Anna no era de las que se creían los cotilleos. No, era de las que hacían lo que querían. Había luchado por su libertad y la había conseguido. No había venido a cenar porque simplemente no quería cenar con él. La conversación que decía que quería tener con él obviamente no era urgente. No podía ser tan importante como preparar su viaje de regreso a París. Se marchó al amanecer, dejando un mensaje en el que decía que tenía que ir de compras a Riad y que se reuniría allí con Matta antes de ir a París. Y desapareció sin intentar volver a ver a Zahir.

"¡Ab Zahir! Mira."

Zahir se volvió hacia su hijo, una grata distracción del dolor que sentía por su pérdida, una distracción que adormecía el dolor hasta convertirlo en una sorda pesadez de la que nunca podría escapar.

Matta extendió el brazo, firme y fuerte, con el pequeño halcón posado encima. El orgullo que mostraba el niño le recordó a Ana. La expresión del rostro era la misma: determinación y coraje

a pesar de una naturaleza sensible. Si Matta se le parecía físicamente, le enorgullecía ver que poseía el encanto y el carácter esencialmente alegre de su madre. Era alguien que mostraba exactamente lo que pensaba y sentía en su expresivo cuerpo y rostro.

"Excelente, pero asegúrate de estar firme para ella. Cualquier nerviosismo o duda se traicionará en tu brazo y ella se agitará".

"Soy fuerte, Ab Zahir. Mamá lo dice. Todo saldrá bien. ¿Hasta dónde volará?"

"Es joven y no tan fuerte como el peregrino".

Matta estaba absorto en el pájaro, observando cada movimiento de sus ojos, cada parpadeo de sus plumas. "No tanto como el amor de mamá por ti entonces".

Zahir se quedó helado. "¿Qué has dicho?"

Matta levantó su pájaro en alto, moviéndolo a la luz aún distraído y absorto por su belleza y la sensación de propiedad. "Nada".

"Dijiste algo sobre tu madre. Matta, dime".

La sensación de urgencia de Zahir llegó a Matta, que giró la cabeza hacia Zahir. "No mucho. Sólo que mamá dijo que te quería más allá de donde podíamos ver volar al halcón. Eso es grande, ¿no?".

Zahir siguió la mirada de Matta hacia el lejano horizonte. *Era* grande. También era imposible. Tal vez Matta había oído mal. Pero no, no era el tipo de cosa que el chico inventaría. El halcón podía volar eternamente, encontrar su libertad en cualquier lugar.

Por primera vez en meses, la pesadez que le agobiaba se disipó y se sintió ligero de posibilidades. Rápidamente le siguieron las dudas. ¿Era su amor lo bastante grande para abarcar sus defectos? Los saltos extremos de la duda y la felicidad reflejaban los movimientos inciertos y erráticos del joven halcón de Matta en su primer vuelo. Era todo lo contrario de cómo le gustaba ser a Zahir. Era descontrolado, errático. Pero eso no era la vida, ¿verdad? Lo había aprendido defraudando a Abduallah. Si existía la más remota posibilidad de que Anna lo quisiera, entonces necesitaba saberlo. Y sólo había una manera de averiguarlo.

EL VIENTO AZOTABA las hojas que acababan de ponerse marrones, arrancándolas prematuramente de su precario soporte. París vivía con el rugido del viento y el golpeteo de la lluvia en su ventana. Cada día pasaba más despacio que el anterior mientras el mundo se transformaba bruscamente en un otoño que Anna aún no podía considerar. Su mente parecía haber entrado en una especie de éxtasis, incapaz de seguir adelante y de desprenderse de la vida que le había traído el verano.

Pero tenía que hacerlo. Zahir seguía adelante con su vida y ella también debía hacerlo. Suspiró y releyó la carta que había recibido del abogado de Zahir. Había estado ordenando sus papeles en lugar de contemplar los árboles devastados que se retorcían y giraban con el viento borrascoso que soplaba frente a su ventana, pero volvía una y otra vez a la carta. Le pedía que asistiera a una reunión. Sobre qué, no lo decía. Pero sólo podía significar una cosa. Zahir quería el divorcio. Ella no podía afrontarlo. Sus náuseas matutinas estaban empeorando en lugar de mejorar. Parecía que iba a estar enferma los nueve meses, igual que con Matta. Pero lo que realmente no podía soportar era el final definitivo de su relación. No podía soportar descubrir que él se iba a casar con otra. No creía que pudiera seguir adelante si él lo hacía.

Así que se había perdido la reunión a la que debería haber asistido esa mañana y se había quedado, en cambio, decidida a limpiar la masa de papeles que había acumulado de alguna manera. Se obligó a leer otro papel antes de tirarlo a la papelera. Luego otro, y entonces su mente volvió a los árboles agitados y al cielo plomizo, imaginándolo como el cielo del desierto: tan grande y brillante. Salió de su ensoñación y siguió ordenando los papeles, preguntándose cómo había podido encontrar fuerzas para estudiar tanto.

Se sentó pesadamente en su silla y suspiró. La verdad era que era una bendición tener algo que la distrajera del hombre que le había robado el corazón y le había dejado unos recuerdos preciosos. Se llevó la mano al estómago y sintió una profunda tristeza, seguida rápidamente de rabia. Tiró todos los papeles a una cesta. Seguiría estudiando, pero ya no era su vida. Sólo habían sido su vida cuando no había amor en ella. Pero ahora que había experimentado el amor, todo lo demás era secundario.

Desde su regreso a París, la vida había vuelto a la normalidad. Ahora vivía allí. No era su casa, nunca lo sería, pero era simplemente un lugar donde vivía. Matta iba a la escuela, aunque a una exclusiva donde se codeaba con los ricos y la realeza, y ya se había asentado bien tras una semana escasa. Echaba de menos a Zahir, pero éste le había prometido que lo visitaría pronto. Para ver sólo a Matta, pensó Anna con pesar.

Había intentado descubrir más cosas sobre Zahir a través de Matta, había intentado entretejer en su charla y jugar cualquier cosa que le revelara lo que Zahir sentía por ella. Pero parecía que no había nada que decir. Zahir se guardaba sus sentimientos, como siempre. Sólo sabía que la señora se había ido a casa y que él aún no había solicitado el divorcio. Ni ella tampoco. Pero los tiempos habían cambiado y parecía que él quería seguir adelante. Bueno, tendría que seguir adelante sin la ayuda de ella. ¿Había alguien más como él había insinuado? ¿Era la joven que había visto en palacio hacía sólo unas semanas?

Si Matta lo sabía no lo dijo.

Miró el reloj. Uno de los hombres de Zahir debería estar devolviendo a Matta de la escuela. Se encogió de hombros sobre la dishdasha, que colgaba en pliegues sueltos alrededor de su esbelta figura, ocultando su vientre suavemente redondeado. Nadie debía saberlo. Matta no lo sabía y ella quería que siguiera siendo así el mayor tiempo posible.

Llamaron a la puerta. Esperó a que el ama de llaves la abriera. No quería encontrarse cara a cara con ninguno de los hombres de Zahir. Pero entonces recordó que su ama de llaves estaba horneando. Anna caminó por el pasillo de baldosas hasta la puerta, poniéndose la bata.

"¡Mamá!" Matta abrazó las piernas de Anna. Sólo entonces levantó la vista y miró directamente a los ojos de Zahir, negros, fríos y distantes. Le dolió ver la frialdad dirigida a ella: ojos que habían sido tan cálidos para ella, pero ahora... nada.

"Anna."

"Zahir". Se apretó el pecho, dispuesta a seguir respirando. "Matta. Creo que hay galletas frescas en la cocina. ¿Por qué no vas a ver?"

Haciendo ruidos de avión en lugar de una simple respuesta, Matta salió tarareando de la habitación, golpeando la puerta tras de sí.

"¿Qué haces aquí?"

"Te perdiste la reunión que te pedí esta mañana, así que he venido a verte. Quiero hablar contigo sobre la escolarización de Matta. No estoy contento con ella".

Ella le indicó que se sentara, demostrando que podía ser tan formal y gélida como él. "¿Es así?"

Zahir siguió de pie. "Su educación está mal".

"¿En qué sentido?"

"Porque está aquí en París, y no conmigo en Qawaran."

Sorprendida, Anna dio un paso atrás. No se había imaginado, ni por un minuto, que él quisiera hablar con ella sobre llevar a Matta de vuelta a Qawaran. "Ah, una buena razón académica concreta entonces".

"Tiene que volver conmigo".

"Pero estamos de acuerdo".

"He cambiado de opinión".

Anna respiró hondo. Responder con ira o frustración no la llevaría a ninguna parte. "Por favor, tome asiento."

Zahir se sentó donde le indicaron y Anna se sentó cuidadosamente enfrente, con la columna vertebral recta para no mostrar las curvas de su vientre.

"Gracias.

"Matta tiene excelentes informes escolares. Le va muy bien y la escuela tiene una reputación excelente".

"Él va a volver conmigo."

"No. Se queda conmigo". No levantó la voz. Ya no era la misma mujer desesperada y asustada de antes. Y Zahir tenía que agradecérselo. "Parece que te gusta jugar a este juego".

"No es un juego".

"Entonces no te importará si no ganas".

"Sabes que siempre gano".

Anna decidió ignorar el desafío. "¿Quieres un café?"

"Gracias.

Ahora también sabía cómo jugar a sus juegos: con decoro, pero siempre consiguiendo lo que quería. Se levantó con cuidado de que la bata cubriera su figura y llamó al timbre antes de volver, con el mismo cuidado, a su silla de respaldo duro.

"¿Has estado bien?" Conocía las palabras, la forma de hacerlo, si las preguntas eran necesarias o no. Y en este caso no lo eran. Parecía tan fuerte y tan guapo como siempre.

"Sí, gracias. ¿Y usted?"

Ella asintió con la cabeza, esperando que él no notara el hecho de que en lugar de haber aumentado de peso durante su embarazo, se había mantenido igual con las constantes enfermedades y su rostro se había vuelto más delgado. "Sí, estoy bien".

"Veo que llevas ropas Qawaranianas. Debes haberles cogido el gusto".

"Son cómodos".

"Te sientes libre con ellos, supongo".

Ella asintió. "Sí."

"Y la libertad es, por supuesto, todo para ti. Más que tu marido, más que tu hijo..."

"No vengas aquí y empieces a discutir conmigo".

"Sólo estoy describiendo una verdad. Es una verdad, ¿no?"

Lo había sido, pero ya no lo era. Le miró a los ojos, pero se negó a responder. Que él acudiera a ella, después de meses de silencio, para discutir, la enfurecía.

"Anna. ¿Tu vida es como querías que fuera? ¿Tu libertad?"

Su voz se había calmado, la breve llamarada de ira había desaparecido. Pero ella había deseado que permaneciera, porque sin ella sólo había una cruda cortesía que no significaba nada.

No había sarcasmo ni amargura en sus palabras. Sólo quería saber; una pregunta educada.

"Sí. Siempre he querido ser libre, ser independiente, y lo soy".

Volvió a sentarse en su silla. No le gustó cómo asentía pensativo. Sintió que sus esperanzas aumentaban. Quizá realmente había venido a verla.

"¿Y tú?"

Asintió una vez. "Sí. Todo va según lo previsto".

"Por supuesto que lo es".

Se hizo un gran silencio entre ellos. Ella tuvo que romperlo, antes que soportar su intensa mirada.

"¿Así que vuelves mañana?"

"Depende".

"¿Sobre qué? No sobre Matta, espero".

Él la miró desde debajo de los párpados bajos. "No. Vendré a por él cuando esté preparada. No le estoy esperando".

"Bien". Bien no era una palabra adecuada para expresar el alivio absoluto que sentía.

"No. Estoy esperando a una mujer."

A Anna se le revolvió el estómago; cualquier esperanza recién nacida de que él estuviera aquí por ella se esfumó. Así que había una mujer. "Ya veo."

Llamaron a la puerta y entró el ama de llaves cargada de café y pasteles. Ambos se sentaron en silencio mientras ella los preparaba. Anna sirvió una pequeña taza de café a Zahir, concentrándose en calmar sus temblorosas manos, y luego una para sí misma que no tocó. Sólo habló cuando la puerta se cerró tras el ama de llaves.

"¿Y esta mujer se muestra reacia?"

"Un poco. Pero la conozco bien y estoy seguro de que no tendrá ninguno de los problemas que tuviste cuando te mudaste a Qawaran".

"Bueno, eso es bueno para ella. Y bueno para ti entonces".

"Sí. Pero le vendría bien hablar contigo de ello".

"Si necesitas mi ayuda, quizá estés perdiendo tu toque".

"No." Se inclinó hacia delante. "Puedo asegurarte que es muy receptiva a mis caricias".

Anna se propuso no sentir nada ante sus palabras, pero no lo consiguió. Respiró hondo y agitadamente para evitar al menos temblar. Concéntrate, concéntrate en las palabras. "¿Entonces qué? ¿No quiere vivir en Qawaran?"

"No está segura en este momento. Necesita tiempo para decidirse". Se sentó y le dio un sorbo a su café, sin dejar de mirarla. "¿Quizás podrías hablar con ella, contarle sobre el lugar?"

El dolor le recorrió las extremidades desde el corazón. Era de verdad. Otra mujer entraría en la vida que había sido suya y que nunca había apreciado tanto como debería. Sólo en los últimos meses, cuando había ganado todo lo que siempre había dicho que quería, se había dado cuenta de lo que había perdido, de lo que nunca había valorado, de lo que realmente había estado deseando todo el tiempo. Pero ahora no había ninguna posibilidad.

"¿Qué podría decirle yo que tú no pudieras?"

"Creo que eres la única persona a la que escucharía".

"Estoy sorprendido. Habría pensado que sería la última persona".

"No. Tú eres la única persona que ha experimentado lo que ella experimentará. Te gustó bastante en Qawaran, ¿no?"

Ella asintió.

"Entonces podrías decirle lo que piensas del palacio como lugar para vivir. ¿Qué le dirías?"

No podía mirarle a los ojos. Parecía atravesarla hasta el alma. Se removió en su asiento. "Es un lugar muy satisfactorio".

¿"Satisfactorio"? Eso no le diría mucho. Ella querría saber cómo era".

Ana cerró los ojos al recordar los altos muros, la luz que se filtraba por los antiguos corredores, la vista que se prolongaba eternamente, el manantial eterno de agua que daba vida y curaba.

"Es mágico", susurró, con la frente empapada de sudor. Parecía que le habían arrancado las palabras. Se sentía débil. Pero no podía ser débil. No ahora, no delante de Zahir.

"Bien. Entonces no debería tener reparos en vivir allí".

Anna juntó las manos y se frotó los dedos mientras intentaba reunir fuerzas y asegurarse de que le sacaban la bata del estómago.

"Espero que sea suficiente para ti."

"No. Ella querría saber sobre la tierra".

Anna bajó la mirada mientras su mente captaba recuerdos de un calor abrasador que brillaba de blanco, jugando con espejismos de agua, horizontes de un sol poniente que derramaba su rica luz sobre el extenso paisaje; de ramblas secas esculpidas por el agua y el tiempo que se abrían camino hacia las montañas.

Ella asintió y tragó saliva, mirándole a los ojos. No disimularía. Cuanto más recta estuviera, antes acabaría esta horrible entrevista. "También es mágico".

"¿Y el clima?"

Anna sintió que se hundía. Esta inquisición parecía estar durando una eternidad. Pero no podía echarse atrás.

"Extremo".

Notó que su rostro decaía ligeramente ante la ambigua palabra, como si sugiriera una crítica.

"¿No disfrutaste del clima?"

"¿Cómo no disfrutar de la lluvia que caía después de tanto sol; luego la luz del sol seguida del brillo de las estrellas...?", se detuvo en seco.

"¿Entonces la gente, mi familia?"

"Son amables. Tu nueva esposa no tendrá problemas con ellos. Disfrutará de su compañía".

"Esto suena de lo más satisfactorio. Estoy seguro de que encontrará sus palabras muy reconfortantes. ¿Hay algo más que haya olvidado? ¿Qué hay de mí? ¿Qué le parecería vivir conmigo? ¿Tienes algún consejo para ella?"

Ella le miró entonces a los ojos, sin creer que él pudiera arrastrarla por el dolor de cada elemento de la vida viviendo con él, a través de los ojos de otra persona.

"Le diría..." pero no pudo continuar, oyó, y sintió, que su voz se quebraba.

"Continúa".

"No querrás que hable con ella de ti".

"¿Por qué no?"

"Porque le diría la verdad sobre ti".

"No temo a la verdad". Sus ojos brillaron.

"Sí. Ella probablemente ya se da cuenta de lo arrogante, bastardo insensible que eres, que no se detendría ante nada para conseguir lo que quiere. Que incluso arrastraría a su ex-mujer..."

"Todavía no 'ex'-"

"Su ex-esposa a lo largo de ayudar a engatusar a hacer lo que quiere. "

"¿Y qué diría esa zalamera? Dime, Anna, ¿era tan malo vivir conmigo?" Él estaba inclinado hacia delante, mirándola, sus ojos ya no eran fríos, sino calientes, abrasadores, deseantes.

Ella le miró a los ojos, sobresaltada. "¿Mal? Ella negó con la cabeza, sintiendo la punzada de las lágrimas en la parte posterior de sus párpados. "No. Tú eras... todo. Ni bueno, ni malo, sólo tú".

"Sólo yo. Bueno, esperemos que sea suficiente para ella".

Se dejó caer en la silla, agotada, pero había una cosa más que tenía que solucionar. "No puedo tener a Matta viviendo en Qawaran al cuidado de otra mujer. No la conozco, por el amor de Dios. No puedo permitirlo, Zahir, por favor, no vuelvas a hacer esto".

"Una vez hicimos un trato. Y cumplimos ambas partes del trato. ¿Puedo preguntar, Anna, valió la pena tu parte del trato? ¿Tu libertad?"

Cerró los ojos. "Basta, Zahir. ¿Qué es lo que quieres de mí?"

"Quiero la verdad. Ahora no tienes a nadie a quien proteger, ninguna razón para no decirme la verdad. ¿Tienes lo que querías, lo que creías que te daría la libertad? ¿Lo tienes?"

¿Cómo podía siquiera pensar que ella había disfrutado de la vida lejos de él estos últimos meses? Sí, sus estudios y Matta y vivir en París le habían traído alegría. Pero era insignificante al lado de la nostalgia con la que había tenido que vivir. Había hecho lo que tenía que hacer, pero era como caminar dormida, seguir el ritmo, esperar a poder volver a la cama y soñar con el hombre en cuyos brazos deseaba estar.

"Sí."

Se levantó de un salto y se acercó a la ventana.

"Y no", añadió.

Entonces se volvió hacia ella. "Deja de jugar conmigo, mujer y dímelo directamente".

"¿No has aprendido nada a estas alturas? Nada es recto. Nada es blanco o negro".

"Algunas cosas lo son, Anna. Algunas cosas lo son".

"Así que dime. ¿Valió la pena tu parte del trato? ¿Te has librado de tu obsesión por mí? ¿Son tus noches y tus días pacíficos ahora?"

Su mandíbula rechinó con una tensión que chispeó negra en sus ojos. "Nunca me dejas".

Sus labios se entreabrieron, un escalofrío recorrió su cuerpo y tragó saliva.

"Necesito saberlo", continuó. "Y entonces te dejaré para siempre. Tu libertad. ¿Valió la pena? ¿Es lo que realmente quieres? ¿Era Anna?" Se levantó y se paró sobre ella, sus manos apretándose y soltándose como si se impidiera a sí mismo alcanzarla. "Necesito saberlo".

Se lamió los labios resecos. "El regateo es una herramienta muy útil".

Su ceño fruncido podría haber sido un arma en sí mismo. "Sólo es útil si ambos tienen algo que el otro quiere".

"Oh, tengo lo que quieres. Y no estoy hablando de Matta".

Se acercó a ella y le pasó los dedos por el pelo, sujetándole la cara con sus grandes manos. Ella podía sentir la aspereza y la ternura de sus dedos.

Su cara estaba cerca de la de ella ahora, sus labios, a un suspiro de distancia. "Dime qué es lo que tienes, lo que quiero. Dímelo ahora, Anna, antes de que me vuelva loco".

"Esto". Rompió la delgada distancia que los separaba y apretó suavemente sus labios contra los de él. Ninguno de los dos se movió, simplemente mantuvieron el suave contacto de sus labios, atesorándolo, dejando que la conexión fluyera por sus cuerpos, por cada nervio, fibra, músculo, vena, hasta llenarlos a los dos.

Entonces se separaron. Pero la conexión se restableció, forjada por un beso. Estaba en los

ojos de él cuando la miró y estaba en los ojos de ella cuando contempló la única cosa de la que la libertad la había excluido, el único hombre sin el que no podía vivir.

"Te amo Zahir. Tú me haces libre. Eres todo lo que quiero".

"Anna." Medio gemido, medio gemido. Ella sintió su nombre presionado en sus labios mientras los suyos encontraban los suyos en un beso que le devolvió la vida, le devolvió la pasión sin la que no podía vivir. Él se apartó como si de repente dudara de sus palabras. "Te quiero, Anna. Me has enseñado a amar, me has obligado a mirar en mi interior y encontrar ese amor. Y lo he encontrado. Pero, ¿estás segura de que me quieres, después de todos los errores que he cometido, después de cómo os he fallado a ti y a mi hermano?".

Ella sonrió a este hombre, tan fuerte y sin embargo a ella ahora, sin miedo a mostrar su verdadero yo. "Sin errores, sin fallos. Sólo un corazón que a veces se equivoca. Los corazones hacen eso".

"Vuelve a Qawaran conmigo".

Sonrió. "Eso depende".

"¿Sobre qué?"

"Sobre qué clase de trato puedo hacer."

"Ya veo. Y entonces, a cambio de tu bondad, ¿qué es lo que quieres de mí?"

"Amor eterno por mí y por tus hijos".

"De acuerdo. Ya siento ese amor por ti y Matta".

"Necesito más que eso".

Frunció el ceño. "Te quiero, Anna. Quiero a Matta. Siempre te querré. Prometo cuidarte, quererte, adoraros a los dos para siempre. ¿No es suficiente?"

Ella negó con la cabeza. "No, necesito" -tomó su mano y la llevó con fuerza contra su cuerpo, aplanando su palma alrededor de los bordes de su vientre obviamente embarazado para que no le quedara ninguna duda- "que tú también la ames".

Suspiró y dejó caer su frente contra la de ella. Cerró los ojos y le acarició el vientre sin su ayuda.

"Estás embarazada". Él exhaló las palabras en lugar de decirlas y ella sintió su alegría en cada terminación nerviosa de su cuerpo.

"Sí. Me han hecho un escáner. Es una niña".

"Una hermana para Matta", murmuró él mientras acercaba sus labios a los de ella en un breve beso. Ella quería más, pero él le sostuvo la cara entre las palmas de las manos, tentadoramente cerca, pero no lo suficiente como para besarla. Ella frunció el ceño cuando una sonrisa se dibujó en sus labios. "Es mi turno de ser codicioso porque, Anna, eso no es suficiente para mí".

"¿Qué quieres decir?"

"También necesitará un hermano".

Ella le devolvió la sonrisa. "Por supuesto. Se lamió los labios. "Supongo que el trato está hecho", susurró.

"Te lo tomas bien", le dijo mientras la atraía hacia sí en un beso que hizo que su cuerpo temblara y su corazón se llenara de alegría.

EPÍLOGO

Varios años después...

Anna levantó del pecho a su segundo hijo, de seis semanas, y le besó la cabeza. Se ajustó la ropa y sostuvo al bebé dormido en los brazos extendidos de su niñera justo cuando Zahir entró en la habitación.

"¡Zahir! No te esperaba. Pensaba que aún estarías en la reunión con esos periodistas extranjeros".

Cogió al bebé de la niñera y lo acunó en sus brazos. A Anna se le hizo un nudo en la garganta. Ver a Zahir cambiar a lo largo de los años con cada nuevo hijo que traían al mundo la conmovía. El bebé emitió un gruñidito de satisfacción y enseguida se quedó dormido, acurrucado en sus brazos. Zahir le acarició la mejilla y luego miró a Anna con una expresión tan llena de amor que a ella se le saltaron las lágrimas.

"Lo habría sido si hubiera sido yo con quien querían hablar. Pero han venido a verte a ti. El hecho de que hayas abierto el primer bufete femenino con sucursales en Oriente Medio parece haber sido noticia en todo el mundo."

"¡Ja!" dijo Anna triunfante mientras se levantaba y se miraba en el espejo, colocándose la bata en su sitio. "Tal y como esperaba. Centrará la atención de todos en asuntos legales que han sido barridos de la vista... hasta ahora".

Miró por el espejo a Zahir, que devolvía el bebé dormido a su niñera. La puerta se cerró tras la niñera y Zahir se acercó a ella por detrás y le rodeó la cintura con los brazos, atrayéndola contra su duro cuerpo. El deseo la invadió y cerró los ojos brevemente, dejando que las seductoras sensaciones viajaran a esas partes de ella que nunca se saciaban de él. Movió la cabeza para permitir que sus labios encontraran los puntos sensibles de su cuello.

"Tú", murmuró, "tienes la habilidad de centrar la atención de todo el mundo en ti". La besó de nuevo, más abajo, más cerca de sus pechos ultrasensibles por la lactancia. Ella gimió y se retorció contra su erección. "Incluidos los míos", añadió. Luego suspiró y se apartó. "Sin embargo, parece que hoy tengo que compartirte con el mundo. Han traído cámaras. Tu trabajo sobre los derechos de la mujer y la violencia doméstica ha despertado mucho interés".

Suspiró. "Interés positivo y negativo. Me cuesta lidiar con lo negativo".

"Por supuesto. Pero debes recordar que siempre te cubriré las espaldas, como se dice en

Estados Unidos. Y, por otro, todo lo que tienes que hacer es simplemente hablar desde tu corazón y te los ganarás".

"¿Mi corazón? ¿Será suficiente?"

La abrazó. "Anna, querida, será más que suficiente". Suspiró al ver su evidente duda. "Dime ahora por qué te has visto impulsada a crear la empresa".

"Ya sabes por qué".

"Dímelo. Así lo tendrás presente cuando te reúnas con los periodistas".

"Por lo que me pasó cuando era pequeña". Hace una pausa. "Quiero que las mujeres sepan que, sea cual sea su origen, vengan de donde vengan, pueden ser quienes quieran ser. Pueden seguir sus sueños y hacerlos realidad".

"A menos que sus vidas se compliquen por hombres exigentes". El tono de Zahir era ligero, pero Anna sabía que lamentaba su actitud autoritaria con ella al principio de su relación.

Pensó en sus palabras mientras caminaban cogidos de la mano por el pasillo hacia su despacho. Se detuvieron frente a la sala donde esperaban los periodistas.

"Habría encontrado una manera, ya sabes. Para dejar Qawaran... con Matta. La cosa fue, mi amor, que no quise. Desde el primer momento en que te vi, hace tantos años, supe que eras mía y que yo era tuyo". Se encogió de hombros. "Eso era todo. En resumen". Se encogió de hombros. "Claro que había algunos... *problemas que teníamos* que resolver".

Sonrió. "Y lo hicimos, ¿verdad? Y somos más fuertes por ello". Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. "Ahora, ¿estás lista para dejar atrás el anonimato y salir a la palestra?".

Se mordió el labio, pero asintió con la cabeza y se irguió mientras él abría las puertas dobles, exponiéndola a un aluvión de focos y flashes de cámaras. Respiró hondo, sonrió y se puso a la vista del público, sintiendo la mano de Zahir en la parte baja de su espalda. Sonrió a las cámaras, sabiendo que él tenía razón. Él siempre estaría a su lado y ella podría enfrentarse a cualquier cosa con la fuerza de su amor.

EL FIN

¡Compre ya el próximo libro de la serie!



Una historia de amor que no debe durar...

Aquí tienes una reseña de La *amante perdida del jeque para que te hagas una idea de* lo que te espera.

"Estaba lleno de magia, romance y personajes maravillosos que te ayudan a conectar con la historia fácilmente. Esta es una de mis historias más queridas sobre jeques. Lo recomiendo TOTALMENTE". (Apple Books US)

La amante perdida del jeque

POSTFACIO

Gracias por leer *La novia de ganga del jeque*. Espero que les haya gustado. Las reseñas son siempre bienvenidas: me ayudan a mí y a los posibles lectores a decidir si les gustará el libro.

Este es el segundo libro de la serie de los Reyes del Desierto, que comprende:

Se busca: Una esposa para el jeque
La novia de ganga del jeque
La amante perdida del jeque
Despertada por el jeque
Reclamada por el jeque
Se busca: Un bebé para el jeque

El tercer libro, *La amante perdida del jeque*, está protagonizado por Razeen y Lucy.

¡Feliz lectura!

Diana

LA AMANTE PERDIDA DEL JEQUE

LIBRO 3 DE REYES DEL DESIERTO-RAZEEN



Una historia de amor que no debe durar...

Lucy Gee navega hasta Sitra para encontrar a su hermana desaparecida, Maia, que fue vista por última vez en brazos del Rey. Lucy no tiene relaciones duraderas, pero cuando conoce al Rey se enamora de él. Sólo tiene que controlar su atracción el tiempo suficiente para encontrar a Maia, pero no tanto como para perder su corazón. Dos semanas bastarán.

El jeque Razeen ibn Shad nunca estuvo destinado a ser rey. Pero, con su padre y su hermano muertos, está decidido a cumplir con su deber, aunque eso signifique contraer un matrimonio concertado con una princesa sitrana para ganarse la aprobación de sus compatriotas. Pero tiene dos semanas antes de tener que elegir esposa. Dos semanas para tener una aventura con Lucy. ¿Qué podría salir mal?

Extracto

El rey Razeen ibn Shad miró a través de las tranquilas aguas de la bahía, plateadas bajo la luz de la brillante luna, y observó a su viejo amigo subir a bordo del yate. Había sido una buena noche: cena y conversación con alguien que no era su empleado ni su súbdito, alguien que no quería nada de él. Las risas y los recuerdos compartidos hicieron que la soledad posterior fuera aún más difícil de soportar. Pero no tenía elección. Su país era lo primero.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando un destello blanco en las tranquilas aguas llamó su atención. Entrecerró los ojos y vio a un nadador: los brazos cortando el mar en una elegante acción diseñada para moverse rápido por el agua, diseñada para no perturbar la tranquila superficie, diseñada para no ser visto. Y habría funcionado si no hubiera estado observando tan de cerca.

Se acercó a la sombra de las palmeras que bordeaban la playa y observó el tenue movimiento del agua. La playa estaba prohibida hasta que terminara el estudio científico del arrecife de coral que estaba realizando su amigo. Hasta entonces, nadie tenía permiso para estar aquí. La última vez que habían tenido intrusos, habían perdido parte del coral para siempre. Se aseguraría de que no volviera a ocurrir.

Lucy salió del mar sobre la arena aún caliente, se escurrió el agua de su larga melena y caminó por la playa. Después de un día preparando la comida bajo cubierta, necesitaba un baño, y menudo baño. El agua estaba tan caliente como el aire suave que ahora acariciaba su cuerpo. Respiró profundamente el aire perfumado y miró a su alrededor.

La playa era una media luna perfecta de arena blanca bajo las palmeras. A un lado de la pequeña bahía, un promontorio rocoso se adentraba en el agua, marcando el comienzo del arrecife de coral que los científicos del barco habían venido a estudiar.

Había viajado por todo el mundo, pero ningún lugar se acercaba a la perfección de este paraje virgen. La arena blanca era casi luminosa bajo la luz de las estrellas y los tres cuartos de luna. La playa estaba vacía: sin luces, sin gente y sin más sonidos que el lejano ulular de un búho y el seductor chapoteo y arrastre de las olas. Estaba completamente sola. La única señal de habitación era una mansión baja en una bahía vecina y el yate, que se balanceaba perezosamente cerca del arrecife.

Perfecto. O lo habría sido si no hubiera tenido que poner en marcha su plan al día siguiente.

Comprar ahora

OTRAS OBRAS DE DIANA FRASER

-British Billionaires-

El matrimonio por contrato del multimillonario

El CEO imposible del multimillonario

El bebé secreto del multimillonario

Conjunto de libros de multimillonarios británicos (serie completa)

-Los jeques del diamante-

A las órdenes del jeque

A las órdenes del jeque

El placer del jeque

Diamond Sheikhs Boxed Set (serie completa)

-Secretos de los jeques-

La venganza del jeque por seducción

El amor secreto del jeque

La trampa matrimonial del jeque

Secretos de los jeques (serie completa)

-Los jeques de Havilah-

El bebé secreto del jeque

Comprado por el jeque

La amante prohibida del jeque

Ríndete al jeque

Llevada al harén del jeque

The Sheikhs of Havilah Boxed Set (serie completa)

-Reyes del desierto-

Se busca: Una esposa para el jeque

La novia de ganga del jeque

La amante perdida del jeque

Despertada por el jeque

Reclamada por el jeque

Se busca: Un bebé para el jeque

Caja de los Reyes del Desierto (1-3)

Caja de los Reyes del Desierto (4-6)

Caja de los Reyes del Desierto (serie completa)

-Romance italiano-

La amante perfecta del italiano

Seducida por el italiano

El italiano apasionado

Una Navidad accidental

Romance italiano en caja (serie completa)

- Romances contemporáneos de pueblos pequeños-

-Los Mackenzie-

Un lugar llamado hogar

Secretos en Parata Bay

Escapada a Shelter Springs

Lo que ves en las estrellas

Segunda oportunidad en Whisper Creek

Verano en el Lakehouse Café

The Mackenzies Boxed Set (Libros 1-3)

La caja de los Mackenzie (Libros 4-6)

La caja completa de los Mackenzie

-Lantern Bay-

Tuyo para dar

Tuyo para atesorar

Tuyo para atesorar

Tuya para siempre

Para siempre

Tuya para amar

Lantern Bay Box Set (Libros 1-3)

Lantern Bay Box Set (Libros 4-6)

Caja completa de Lantern Bay

-Romance medieval-

Reclamar a su dama

Seduciendo a su dama

Despertando a su Dama

Caballeros de Norfolk (1-3)

Defendiendo a su Dama

Honrando a su Dama

* * *